

# SIMENON

# MAIGRET



El puerto de las brumas



**Un mundo de novela**  
**[www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)**



En el Quai des Orfèvres, sede de la Policía Judicial, le llamaban «el hombre», pues ignoraban su nombre. Lo habían recogido en los Grands Boulevards, le interrogaron en siete idiomas, pero no contestaba. ¿Padecía amnesia, locura tal vez? Días después logran identificarlo: es un ex oficial de la Marina que trabajaba como capitán de puerto en Ouistreham, un pueblecito normando. Maigret es el encargado de acompañar al capitán a su casa y, ante ese paisaje marítimo difuminado por la niebla, el célebre comisario se plantea las mismas preguntas que lo asaltan al inicio de cada investigación. Nada más penetrar en la bruma, Maigret siente aflorar el miedo.

Georges Simenon

# **El puerto de las brumas**

**Comisario Maigret - 12**

Título original: *Le port des brumes*

Georges Simenon, 1932

Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: lector\_número\_13



## Índice de contenido

Cubierta

El puerto de las brumas

El gato, dentro de la casa

La herencia

La alacena

El Saint-Michel

Nuestra Señora de las Dunas

La caída en la escalera

El director de orquesta

La investigación del alcalde

Conspiración de silencio

Los tres del barco

El banco de las Vacas Negras

La carta inconclusa

La casa de enfrente

## El gato, dentro de la casa

Al abandonar París, hacia las tres de la tarde, todavía hormigueaba la multitud en el pálido sol del languideciente otoño. Después, a la altura de Nantes, se encendieron las luces del compartimento. En Evreux era ya noche cerrada.

Y ahora, a través de los cristales por los que se deslizaban gotas de vaho, se vislumbraba una densa niebla que difuminaba con una aureola los faroles de la vía.

Maigret, arrellanado en su rincón, con la cabeza apoyada en el borde del asiento y los ojos entornados, continuaba observando maquinalmente a los dos personajes que tenía delante, tan distintos el uno del otro.

El capitán Joris dormía, con la peluca atravesada en su cráneo y el traje arrugado.

Julie, con las manos apoyadas en el bolso de imitación de piel de cocodrilo, fijaba la mirada en un punto cualquiera del espacio, intentando conservar la serenidad pese a su cansancio.

¡Joris! ¡Julie!

El comisario Maigret, de la Policía Judicial, estaba acostumbrado a que ciertas personas irrumpiesen bruscamente en su vida, se le impusiesen durante días, semanas o meses, para luego hundirse de nuevo en la multitud anónima.

El ruido de los boguies acompañaba sus pensamientos, idénticos en el inicio de cada investigación. ¿Resultaría ésta apasionante, trivial, repugnante o trágica?

Maigret, con una vaga sonrisa flotando en los labios, miraba a Joris. ¡Curioso hombre! Porque durante cinco días, en el Quai des Orfèvres, le habían denominado «el hombre», por no poder llamarle de otra manera.

Un personaje al que la policía detiene en los Grands Boulevards, por sus alocadas idas y venidas en medio de autobuses y coches. Le interrogan en francés. No obtienen respuesta. Lo intentan en siete u ocho idiomas. Nada. El lenguaje de los sordomudos no surte mayor efecto en él.

¿Un loco? Lo registran en el despacho de Maigret. El traje que lleva es nuevo, la ropa interior nueva, los zapatos nuevos. Todas las etiquetas de sastrería y camisería han sido arrancadas. No lleva documentos ni cartera. Cinco billetes de mil francos metidos en uno de los bolsillos.

¡Una investigación exasperante por demás! Rastreos en ficheros centrales y fichas antropométricas. Telegramas a toda Francia y al extranjero. ¡Y «el hombre» sonríe afablemente de la mañana a la noche, pese a los extenuantes interrogatorios!

El tipo, cincuentón, paticorto y ancho de hombros, no protesta, no alborota, sonríe y a ratos parece hacer un esfuerzo de memoria para desanimarse al instante.

¿Amnesia? Se le escurre de la cabeza una peluca gris, y se comprueba que una bala le hirió la cabeza como máximo dos meses atrás. Los médicos se quedan admirados: ¡rara vez se ha visto operación tan excelentemente realizada!

Nuevos telegramas a hospitales y clínicas de Francia, Bélgica, Alemania, Holanda...

Cinco días enteros de meticulosas investigaciones. Resultados estrafalarios, obtenidos analizando las manchas de la ropa, el polvo de los bolsillos.

Han aparecido restos de raba, o sea, de huevas de bacalao secadas y pulverizadas, que se prepara en el norte de Noruega y se utilizan como cebo para la sardina.

¿Procede «el hombre» de allí? ¿Es escandinavo? Existen indicios de que ha realizado un largo viaje en ferrocarril. Pero ¿cómo ha podido viajar solo, sin hablar, y con ese aspecto alelado que de inmediato llama la atención?

Su retrato aparece en los periódicos. Llega un telegrama de Ouistreham: «¡DESCONOCIDO IDENTIFICADO!».

A continuación del telegrama llega una mujer, más bien una muchacha, que se presenta en el despacho de Maigret, con cara cansada, torpemente



maquillada: ¡Julie Legrand, la sirvienta del «hombre»!

Éste ha dejado de ser «el hombre». Tiene nombre y estado civil. Es Ivés Joris, ex capitán de la Marina Mercante, capitán del puerto de Ouistreham.

¡Julie llora, no entiende nada, le suplica que le hable! Él la mira con expresión dulce, afable, como mira a todo el mundo.

El capitán Joris desapareció de Ouistreham, un puertecillo entre Trouville y Cherburgo, el 16 de septiembre. Estamos a finales de octubre.

¿Qué ha sido de él durante esas seis semanas de ausencia?

«Se fue a la esclusa cuando la marea de la noche, como de costumbre. Yo me acosté. Al día siguiente, no estaba en su habitación».

Entonces todos pensaron que, con la niebla, Joris había dado un paso en falso y se había caído al agua. Lo buscaron con bicheros. Luego supusieron que se trataba de una fuga.

—¡Lisieux, tres minutos de parada!

Maigret sale a estirar las piernas al andén, llena otra pipa. Se ha fumado ya tantas desde que han salido de París que la atmósfera del compartimento está cargadísima.

—¡Viajeros al tren!

Julie ha aprovechado para darse unos toques en la nariz con la borla. Aún tiene los ojos un poco enrojecidos de haber llorado.

¡Qué curioso! Hay ratos en que está guapa y parece muy fina. Pero hay otros en que, sin que se sepa por qué, surgen los modales de campesina un poco zafia.

Endereza la peluca al capitán, a «su señor», así lo llama ella, y mira a Maigret como diciéndole: «¿Acaso no puedo cuidarle?».

Y es que Joris no tiene familia. Hace años que vive solo con Julie, a la que llama su ama de llaves.

«Me trataba como a una hija».

Y no se le conocen enemigos. Ni aventuras. Ni pasiones.

Un hombre que, tras correr mundo durante treinta años, no pudo resignarse a la inactividad. Entonces, pese a estar jubilado, solicitó el puesto de capitán de puerto en Ouistreham. Se construyó una casita... Y una buena noche, el 16 de septiembre, desapareció de la circulación para reaparecer en París seis semanas después en semejante estado.

A Julie le humilló encontrárselo vestido con un traje de confección. Siempre lo había visto con uniforme de oficial de la Marina.

Está nerviosa, incómoda. Su semblante, cada vez que mira al capitán, trasluce a la vez ternura y un vago temor, una insuperable zozobra. ¡Es él, qué duda cabe! Es su señor. Pero, al mismo tiempo, no acaba de serlo.

—Se curará, ¿verdad? Yo le cuidaré.

Y el vaho de los cristales se troca en gruesas gotas turbias. El ancho rostro de Maigret se balancea un poco con el traqueteo. Continúa observando plácidamente a ambos personajes: Julie, que le ha hecho notar que hubieran podido viajar en tercera, según su costumbre, y Joris, que se despierta, pero apenas dirige una vaga mirada a su alrededor.

Nueva parada en Caen. La siguiente es Ouistreham.

«¡Un pueblo de un millar de habitantes!», le ha dicho a Maigret un compañero nacido en la comarca. «El puerto es pequeño, pero importante por el canal que enlaza la ensenada con la ciudad de Caen, donde navegan barcos de cinco mil toneladas e incluso más».

Maigret no intenta imaginar el escenario de los hechos. Sabe que ese juego induce siempre a error. Espera, y su mirada se dirige sin cesar hacia la peluca, que disimula la cicatriz todavía sonrosada.

Cuando desapareció, el capitán Joris tenía el cabello frondoso, muy moreno, apenas plateado en las sienes. ¡Otro motivo de desesperación para Julie! ¡No quiere ver ese cráneo desnudo! Y cada vez que la peluca se ladea, ella se apresura a enderezarla.

—A fin de cuentas, quisieron matarle.

Le dispararon, de eso no cabe duda. Pero también le cuidaron de manera admirable.

Se fue sin un céntimo y apareció con cinco mil francos en el bolsillo.

¡Y aún hay más! Julie abre de súbito el bolso.

—Se me olvidaba que he traído el correo del señor.

No gran cosa. Prospectos de casas de artículos navales. Un recibo correspondiente a la cuota del Sindicato de Capitanes de la Marina Mercante. Postales de amigos aún en activo, una de ellas desde Punta Arenas.

Una carta de la Banque de Normandie, de Caen. Un formulario impreso con casillas rellenas a máquina:

«Nos complace confirmarle que hemos abonado en su cuenta número 14 173 la cantidad de trescientos mil francos que se sirvió usted transferir a través de la Banque Néerlandaise de Hamburgo».

¡Y Julie no cesa de repetir que el capitán no es rico! Maigret mira alternativamente a esos dos personajes sentados frente a él.

La raba de bacalao, Hamburgo, los zapatos de fabricación alemana...

El único que podría aclararlo todo es Joris. Éste, que repara en que Maigret le está mirando, esgrime una cordialísima sonrisa.

—¡Caen! Los viajeros para Cherburgo siguen viaje. Los viajeros para Ouistreham, Lion-sur-Mer, Luc...

Son las siete. En el andén, el aire es tan húmedo que la luz de los faroles apenas traspasa la capa lechosa.

—¿Qué medio de transporte tenemos ahora? —pregunta Maigret a Julie, mientras la multitud los empuja.

—Ya no hay. En invierno, el trenecito sólo hace el trayecto dos veces al día.

Hay taxis en la estación. Maigret tiene hambre. No sabe lo que se encontrará allá y prefiere cenar en la cantina.

El capitán Joris sigue tan correcto como siempre. Come lo que le sirven, como una criatura que confía en quienes le guían. Un empleado de ferrocarriles ronda un instante entorno a la mesa, le observa, se acerca a Maigret.

—¿No es el capitán de puerto de Ouistreham?

Y hace girar el dedo índice en la frente. Una vez obtiene confirmación, se aleja impresionado. Julie, por su parte, se aferra a los detalles materiales.

—¡Doce francos por esta cena, que ni siquiera está guisada con mantequilla! Hubiéramos podido comer al llegar a casa.

En ese instante, Maigret piensa: «Una bala en la cabeza, trescientos mil francos...».

Y su aguda mirada sondea los ojos inocentes de Joris, al tiempo que se dibuja en su boca un pliegue amenazante.

El taxi que los lleva es un antiguo coche particular, con asientos desvencijados y juntas que rechinan. Los tres ocupantes están apretujados en el fondo, ya que los asientos plegables están rotos. Julie se halla encajonada entre ambos hombres, que la aplastan alternativamente.

—¡Ahora no recuerdo si eché la llave de la puerta del jardín! — murmura, asaltada de nuevo, conforme se acercan, por sus zozobras de ama de casa.

Al salir de la ciudad, se hunden literalmente en una barrera de niebla. Surgen un caballo y un carro, fantasmas, apenas a dos metros. Y árboles y casas fantasmas se suceden a ambos lados del camino.

El taxista aminora la velocidad. Pese a que circulan apenas a diez kilómetros por hora, un ciclista irrumpe de la bruma y embiste un alerón del coche. Se detienen. No se ha hecho daño.

Atraviesan el pueblo de Ouistreham. Julie baja el cristal:

—Vaya hasta el puerto y cruce el puente giratorio. Párese en la casa que está al lado mismo del faro.

Entre el pueblo y el puerto se extiende una franja de carretera como de un kilómetro, desierta, perfilada por las luciérnagas de las farolas. En la esquina del puente, una ventana iluminada, y ruido.

—La Buvette de la Marine —dice Julie—. Ahí están siempre metidos los que trabajan en el puerto.

Al otro lado del puente casi no existe ya carretera. El camino se pierde en las ciénagas que forman las orillas del Orne.

Allí sólo se alza el faro y una casita de una planta, circundada por un jardín. Maigret observa a su acompañante, que se apea con la mayor naturalidad del mundo y se encamina hacia la verja.

—¿Ha visto usted, señor comisario? —exclama Julie, alborozada—. ¡Ha reconocido la casa! ¡Estoy segura de que recobraré del todo el conocimiento!

E introduce la llave en la cerradura, abre la puerta, que rechina, y se interna en la avenida cubierta de grava. Maigret paga al taxista y corre para alcanzarla. Al marcharse el coche, ya no se ve nada.

—¿Quiere usted encender una cerilla? No acierto a encontrar la cerradura.

Una llamita. La mujer logra abrir la puerta. Una forma oscura pasa rozando las piernas de Maigret. En el pasillo, Julie da el interruptor de la luz, mira sorprendida el suelo, murmura:

—¿Verdad que ha salido el gato?

Mientras habla, se despoja del sombrero y del abrigo con un ademán familiar, cuelga todo en la percha, abre la puerta de la cocina y da la luz, indicando sin quererlo que allí suelen hacer vida los habitantes de la casa.

Una cocina clara, con paredes de azulejos; una espaciosa mesa de madera blanca pulida con arena; cobres resplandecientes. El capitán se sienta maquinalmente en su butaca de mimbre, junto a la estufa.

—Estoy segura de que eché fuera al gato al marcharme, como de costumbre. —Habla para sí. Se inquieta—. Sí, no cabe duda. Las puertas están bien cerradas. Escuche, señor comisario, ¿podría usted inspeccionar la casa conmigo? Tengo miedo. —Tanto que apenas se atreve a encabezar la marcha. Abre la puerta del comedor, cuyo perfecto orden, *parquet* y muebles demasiado lustrosos, dan fe de que nunca se utiliza—. Mire detrás de las cortinas, ¿me hace el favor?

Hay un piano, lacas de China y porcelanas que el capitán debió de traer de Extremo Oriente.

Acto seguido pasan al salón, en el que reina el mismo orden; todo conserva el mismo estado que el escaparate de la tienda donde se compró. El capitán los sigue satisfecho, casi arrobado. Suben la escalera, tapizada con una alfombra roja. Hay tres habitaciones, una de las cuales no se utiliza.

Y, por todas partes, esa limpieza, ese meticuloso orden, un tibio olor a campo y a cocina.

No hay nadie escondido. Las ventanas están atrancadas. La puerta del jardín está cerrada, pero la llave se ha quedado fuera.

—Tal vez el gato haya entrado por un tragaluz —dice Maigret.

—No hay ningún tragaluz.

Regresan a la cocina. Julie abre una alacena.

—¿Puedo ofrecerle una copita de algo?

En medio de esas idas y venidas rituales, mientras sirve aguardiente en unas copitas adornadas con florecitas, la invade una intensa angustia y rompe a llorar.

Mira de reojo al capitán, que se ha sentado en su sillón. El espectáculo le duele tanto que vuelve la cabeza, balbucea para cambiar el hilo de sus pensamientos:

—Le prepararé el cuarto de los invitados —le dice a Maigret entre sollozos. Descuelga un delantal blanco para enjugarse los ojos.

—Prefiero instalarme en el hotel. Supongo que habrá alguno...

Julie consulta un pequeño reloj de péndulo, como los que se ganan en las ferias, cuyo tictac forma parte de la cotidianeidad de la casa.

—¡Sí! A esta hora aún encontrará a alguien. Está al otro lado de la esclusa, detrás mismo de la taberna que ha visto usted.

No obstante, está a punto de pedirle que se quede. Parece como si le diese miedo quedarse a solas con el capitán, a quien no se atreve ya a mirar.

—¿De veras cree usted que no hay nadie en la casa?

—Usted misma ha podido comprobarlo.

—¿Volverá mañana por la mañana?

Lo acompaña hasta la puerta, que cierra con presteza.

Y Maigret se interna en una niebla tan densa que no ve dónde pone los pies. Aun así, da con la verja. Nota que pisa la hierba y los guijarros del camino. Al mismo tiempo, le llega un lejano clamor que tarda en identificar.

Parece el mugido de una vaca, pero es más dolorido, más trágico.

—¡Imbécil! —masculla entre dientes—. Si es la sirena de la niebla.

Se orienta con dificultad. Bajo sus pies, a pico, ve agua que parece exhalar humo. Está en el muro de la esclusa. Oye rechinar manivelas en algún sitio. Ya no recuerda por dónde el coche atravesó el agua y, al avistar una angosta pasarela, se dispone a cruzarla.

—¡Cuidado!

¡Es asombroso! La voz suena muy cerca. Pese a que la sensación de soledad es total, a menos de tres metros de él se yergue un hombre cuya figura apenas acierta a vislumbrar.

Comprende al punto la advertencia. La pasarela que se disponía a cruzar se mueve. Están abriendo la puerta de la esclusa, y el espectáculo resulta tanto más impresionante cuanto que, ahí al lado, a pocos metros, no es ya un hombre lo que surge, sino un auténtico muro, tan alto como una casa. Por encima de ese muro, luces tamizadas por la niebla.

¡Está pasando un buque al alcance de la mano del comisario! Cae junto a él una guindaleza y alguien la recoge, la lleva hasta una bita y la encapilla.

—¡Atrás! ¡Cuidado! —grita una voz, arriba, en el puente de mando del vapor.

Segundos antes todo parecía muerto, desierto. Y ahora Maigret, que camina a lo largo de la esclusa, repara en que la niebla está repleta de formas humanas. Alguien gira una manivela. Otro corre con una segunda amarra. Unos aduaneros aguardan a que echen la pasarela para subir a bordo.

Todo eso sin ver nada, en medio de la húmeda nube que se convierte en gotas de agua en los pelos de los bigotes.

—¿Quiere pasar?

Es al lado mismo de Maigret. Otra puerta de la esclusa.

—Espabile, si no tendrá que esperar un cuarto de hora.

Cruza asíéndose al pasamanos, oye burbujear el agua bajo sus pies y, a lo lejos, los aullidos de la sirena. Conforme avanza, ese universo de niebla se colma, bulle intensamente, dotado de una vida misteriosa. Un punto luminoso llama su atención. Se acerca y ve a un pescador, en una barca amarrada al muelle, hundiendo y alzando una amplia red sujeta con ganchos.

El pescador mira a Maigret con curiosidad y se pone a seleccionar pescaditos en un cesto.

Entorno al buque, la niebla, más luminosa, permite vislumbrar el ajetreo. En cubierta se oye hablar inglés. En el muelle, un hombre, tocado con una gorra con galones, visa papeles.

¡El capitán del puerto! ¡El sustituto de Joris!

Hay otra persona, un hombrecillo también de baja estatura, pero más flaco, más nervioso, que bromea con los oficiales del buque.

A fin de cuentas, el universo se reduce a unos metros cuadrados de relativa claridad y a un gran agujero negro en el que se adivina la tierra firme y el agua. El mar se alza allá, a la izquierda, apenas susurrante.

¿No fue una noche semejante cuando Joris desapareció de repente de la circulación? Visaba papeles, como su compañero. Sin duda bromeaba. Vigilaba la apertura y el cierre de la esclusa, las maniobras. No necesitaba

ver. Le bastaban algunos ruidos familiares. ¡Aquí nadie mira por dónde camina!

Maigret, que acaba de encender una pipa, se irrita porque no le gusta sentirse torpe. Se reprocha su lentitud de hombre de tierra adentro, a quien espanta o maravilla cuanto atañe al mar.

Se abren las compuertas de la esclusa. El buque se interna en un canal un poco menos ancho que el Sena a su paso por París.

—¡Perdón! ¿Es usted el capitán del puerto?... Comisario Maigret, de la Policía Judicial. Acabo de traer a su compañero.

—¿Está aquí Joris? O sea, que era él... Me lo han dicho esta mañana. Pero ¿es verdad que está...?

Un pequeño ademán tocándose la frente con el dedo.

—¡De momento, sí! ¿Pasa usted toda la noche en el puerto?

—Nunca más de cinco horas seguidas. ¡Lo que dura una marea, vaya! En cada marea hay cinco horas durante las cuales los barcos tienen suficiente agua para penetrar en el canal y hacerse a la mar. La hora varía cada día. Hoy acabamos de empezar y hay faena hasta las tres de la mañana. —Es campechano. Trata a Maigret como a un compañero, pues en definitiva ambos son funcionarios—. ¿Me permite? —Mira hacia el mar, donde no se ve nada. Sin embargo, anuncia—: Un velero de Boulogne que ha amarrado a los pilotes mientras abren las compuertas...

—¿Les anuncian a ustedes los barcos?

—Las más de las veces, sí. Sobre todo los vapores. La mayoría recorre un itinerario regular, transportando carbón de Inglaterra, regresando desde Caen con mineral...

—¿Viene usted a tomar algo? —propone Maigret.

—No, hasta que no acabe la marea. Tengo que estar aquí. —Grita órdenes a hombres invisibles cuya ubicación exacta conoce—. ¿Le han encargado a usted la investigación?

Se oye un rumor de pasos procedente del pueblo. Un hombre pasa por encima de una puerta de la esclusa y, en el instante en que uno de los faroles lo ilumina, se vislumbra el cañón de una escopeta.

—¿Quién es?



—El alcalde, que va a cazar patos. Tiene un chozo en el Orne. Su ayudante ya estará allí, preparándolo todo para la noche.

—¿Cree usted que encontraré abierto el hotel?

—¿El Univers? Sí. Pero apresúrese. El dueño acabará en seguida la partida de cartas y se irá a dormir. De la cama no le sacan ni por todo el oro del mundo.

—Hasta mañana —dice Maigret.

—¡Sí! Estaré en el puerto a las diez, para la marea.

Aunque no se conocen, se estrechan la mano. Y prosigue la vida en medio de la niebla, donde uno se tropieza con un hombre sin verlo.

No es siniestro, en sentido estricto; es otra cosa, una vaga inquietud, una angustia, una opresión, la sensación de un mundo desconocido que nos es ajeno y que prosigue su vida propia entorno a nosotros.

Esas tinieblas pobladas de gente invisible. Ese velero, por ejemplo, que aguarda su turno allí cerca y que apenas se adivina.

Maigret pasa de nuevo junto al pescador, inmóvil bajo su farol. Quiere decirle algo.

—¿Qué, pican?

El otro se limita a escupir en el agua mientras Maigret, furioso por haber pronunciado esa estupidez, se aleja.

Lo último que oye antes de entrar en el hotel es el ruido de los postigos cerrándose en el primer piso de la casa del capitán Joris.

¡Julie, muerta de miedo! ¡Y el gato que se escapa cuando entraron en la casa!

—¿Va a pasarse la noche armando bulla esa sirena de la niebla? —rezonga Maigret con impaciencia al ver al dueño del hotel.

—Mientras haya niebla... Al final uno se acostumbra.

Tuvo un sueño agitado, como cuando se hace una mala digestión o, de niño, se espera un gran acontecimiento. Dos veces se levantó y arrimó la cara a los fríos cristales, pero sólo se veía la calle desierta y el movedizo haz luminoso del faro, que parecía querer traspasar una nube. Insistente, la sirena de la niebla sonaba más violenta, más agresiva.

La última vez, consultó el reloj. Eran las cuatro, y unos pescadores cargados con cestos se encaminaban hacia el puerto al estruendoso ritmo de sus zuecos.

Casi sin transición, sonaron unos golpes precipitados en la puerta y ésta se abrió sin aguardar respuesta, dando paso al rostro descompuesto del hotelero.

Pero había transcurrido tiempo. El sol brillaba en las ventanas. Pese a todo, la sirena de la niebla, machacona, seguía sonando.

—¡Dese prisa! El capitán se está muriendo.

—¿Qué capitán?

—El capitán Joris. Julie ha llegado corriendo al puerto para que les avisen a usted y a un médico.

Maigret, con el pelo revuelto, se pone el pantalón, se calza los zapatos sin atarse los cordones y se pone la chaqueta olvidándose del cuello postizo.

—¿No toma usted nada antes de salir? ¿Una taza de té? ¿Una copa de ron?

¡No! No tenía tiempo. Fuera, pese al sol, apretaba el frío. La calle estaba todavía húmeda de rocío.

Al cruzar la esclusa, el comisario divisó el mar, muy tranquilo, pero tan sólo se veía una pequeña franja, pues una larga capa de niebla, a escasa distancia, velaba el horizonte.

Un hombre lo interpeló en el puente.

—¿Es usted el comisario de París? Soy el guarda rural. Me alegro de que esté usted aquí. ¿Le han dicho ya...?

—¿El qué?

—Por lo visto ha sido espantoso. ¡Mire! Ahí está el coche del médico.

Y las barcas de pesca se balanceaban suavemente en el antepuerto, desplegando en el agua reflejos rojos y verdes. Algunas velas estaban izadas, sin duda para que se secasen, mostrando su número pintado en negro.

Había dos o tres mujeres delante de la casita del capitán, allá, junto al faro. La puerta estaba abierta. El coche del médico rebasó a Maigret y al guarda rural, que se aproximó más al comisario.

—Hablan de envenenamiento. Parece que tiene la cara verdosa.

Maigret entró en la casa en el preciso instante en que Julie, deshecha en llanto, con los ojos hinchados y las mejillas encendidas, bajaba lentamente la escalera. Acababan de echarla de la habitación en la que el médico examinaba al moribundo.

Bajo el abrigo, que se había puesto aprisa y corriendo, llevaba un largo camisón blanco, y calzaba zapatillas sin calcetines.

—¡Es horroroso, señor comisario! No puede usted imaginárselo. ¡Suba rápido! A lo mejor...

Maigret entró en la habitación cuando el médico, tras haberse inclinado sobre la cama, se incorporaba. Su rostro dejaba traslucir claramente que no había nada que hacer.

—Policía.

—Ah, ya, pues... se acabó. Quizá tarde dos o tres minutos. O mucho me equivoco, o es estricnina.

Fue a abrir la ventana, pues la boca abierta del moribundo parecía tratar de aspirar aire. Y de nuevo aparecieron, como en un cuadro irreal, el sol, el puerto, las barcas con las velas desplegadas y los pescadores, que volcaban en las cajas cestos enteros de rutilantes pescados.

Debido al contraste, el rostro de Joris parecía más amarillo, o más verde. Resultaba indefinible. Una tonalidad neutra, incompatible con la idea que uno se hace de la carne.

Sus miembros se retorcían, animados por sobresaltos mecánicos. Y, sin embargo, su rostro permanecía apacible, sus rasgos inmóviles, su mirada fija en la pared.

El médico le había tomado de una muñeca para comprobar el debilitamiento del pulso. En un momento dado, indicó a Maigret por señas: «¡Ojo! Es el final».

Entonces ocurrió una cosa inesperada, emocionante. No podía saberse si el desventurado había recobrado la razón. Sólo se veía un rostro inerte.

No obstante, ese rostro se animó. Los rasgos se crisparon como el rostro de un niño a punto de romper a llorar. Una lamentable mueca de ser muy desdichado, que no puede más.

Y dos lagrimones trataron de abrirse paso.

Casi en ese instante se oyó la voz sorda del médico:

—¡Se acabó!

¿Era posible? ¡Todo había acabado en el momento mismo en que Joris derramaba dos lágrimas!

Y pese a que esas lágrimas vivían aún, mientras rodaban hacia la oreja, que las absorbió, el capitán había muerto.

Sonaban pasos en la escalera. Abajo, Julie sollozaba en medio de las mujeres. Maigret salió de la habitación y dijo lentamente:

—¡Que no entre nadie en la habitación!

—¿Ha...?

—¡Sí! —masculló.

Y regresó a la soleada estancia donde el médico, a fin de asegurarse, preparaba una jeringuilla para ponerle una inyección en el corazón.

Un gato blanco se había encaramado a la tapia del jardín.

## La herencia

Abajo, en algún sitio, sin duda en la cocina, sonaban los estridentes chillidos de Julie, que se debatía en medio de las vecinas.

Y por la ventana, que había permanecido abierta de par en par, Maigret vio gente que llegaba del pueblo, medio andando, medio corriendo, niños en bicicleta, mujeres con una criatura en los brazos, hombres calzados con zuecos. Era un pequeño cortejo desordenado, gesticulante, que alcanzó el puente, lo cruzó y se encaminó hacia la casa del capitán exactamente como si acudiese atraído por un circo ambulante o un accidente de automóvil.

Al cabo, fue tal la algarabía que Maigret cerró la ventana, cuyas cortinas de muselina tamizaron el sol. Y el ambiente tomó a ser dulce, discreto. El empapelado era rosa, los muebles claros estaban bruñidos. Un jarrón lleno de flores presidía sobre la chimenea.

El comisario miró al médico, que observaba a la luz un vaso y una jarra colocados en la mesilla de noche. Mojó incluso el dedo en un resto de agua y se tocó la punta de la lengua.

—¿Es eso?

—Sí. El capitán debía de tener costumbre de beber agua por la noche. Por lo que veo, esta vez lo hizo hacia las tres de la mañana, pero no entiendo por qué no llamó.

—Por la sencilla razón de que era incapaz de hablar y aun de emitir el menor sonido —rezongó Maigret.

El comisario llamó al guarda rural y le encomendó que avisase al alcalde y al juzgado de Caen. Abajo seguían oyéndose idas y venidas. Fuera, en el tramo de carretera que no llevaba a ningún sitio, la gente del pueblo se congregaba formando corros. Algunos, para esperar más cómodos, se habían sentado en la hierba.

El mar subía, invadía ya los bancos de arena que había a la entrada del puerto. Humo en el horizonte: un barco que aguardaba el momento de dirigirse a la esclusa.

—¿Tiene usted idea de lo...? —comenzó a decir el médico.

Pero calló al ver que Maigret estaba ocupado. Entre ambas ventanas, había un escritorio de caoba que el comisario había abierto. Y, con la expresión obcecada que solía adoptar en tales ocasiones, hacía un inventario del contenido de los cajones. Visto así, parecía un bruto. Había encendido su gruesa pipa, de la que arrancaba lentas bocanadas. Y sus enormes dedos manipulaban los objetos que encontraban sin el menor respeto aparente.

Fotografías, por ejemplo. Las había por docenas. Muchas fotografías de amigos, casi todos con uniforme de marino, casi todos de la misma edad que Joris. Éste había mantenido relaciones con sus compañeros de la escuela de Brest, que le escribían desde todos los rincones del mundo. Fotografías con formato de postal, ingenuas, de una trivialidad universal, tanto si llegaban de Saigón como de Santiago. «Un saludo de Henry». O: «¡Por fin, el tercer galón! ¡Saludos! Eugène».

Las cartas, en su mayoría, iban dirigidas al «capitán Joris, a bordo del *Diana*, Compañía Anglonormanda, Caen».

—¿Hace mucho que conocía usted al capitán? —preguntó Maigret al médico.

—Unos meses, desde que estaba en el puerto. Antes el capitán navegaba en uno de los barcos del alcalde. Estuvo a su mando durante veintiocho años.

—¿Un barco del alcalde?

—Sí, de Ernest Grandmaison, el director de la Compañía Anglonormanda. En realidad, es el único propietario de los once vapores de la sociedad.

En otra fotografía se veía al propio Joris, en esta ocasión a los veinticinco años, ya achaparrado, cara anchota, sonriente, pero con expresión obcecada. ¡Un auténtico bretón!

Por último, en un envoltorio de tela, había diplomas, desde el de estudios primarios hasta el título de capitán de la Marina Mercante, papeles oficiales, la partida de nacimiento, la cartilla militar, el pasaporte...

Un sobre cayó al suelo. Maigret lo recogió. El papel estaba ya amarillento.

Debía de reinar confianza en casa del capitán Joris, ya que el sobre ni siquiera estaba cerrado. En el interior, en un papel escrito con cuidada caligrafía de brigada, se leía:

Yo, el abajo firmante, Yves-Antoine Joris, natural de Paimpol, de profesión marino, lego mis bienes muebles e inmuebles a Julie Legrand, a mi servicio, en recompensa por tantos años de abnegación.

Le encargo que haga los legados siguientes:

Mi lancha al capitán Delcourt; la vajilla de porcelana china a su mujer; mi bastón de marfil labrado a...

Pocas personas, de las que constituían el pequeño mundo del puerto que Maigret había visto hormiguar en medio de la niebla nocturna, habían sido olvidadas. Hasta el esclusero recibía una red de pesca, «el trasmallo que está en el cobertizo», según decía el testamento.

En ésas, se oyó un ruido insólito. Julie, aprovechando un momento de distracción de las mujeres, que preparaban un grog «para levantarle el ánimo», se había abalanzado a la escalera. Abrió la puerta de la habitación con ojos enloquecidos, se precipitó hacia la cama y retrocedió, sobrecogida, impresionada por la muerte.

—Pero... —Se desplomó en la alfombrilla, gritando palabras apenas inteligibles—. No es posible. Mi pobre señor..., mi..., mi...

Maigret, muy serio, levemente encorvado, la ayudó a incorporarse y la condujo, pataleando, a la habitación contigua, que era la de la muchacha. La habitación estaba sin hacer. Había ropa tirada en la cama, agua con jabón en la jofaina.

—¿Quién llenó la jarra de agua que está en la mesilla de noche?

—Yo... Ayer por la mañana. Cuando puse flores en el cuarto del capitán.

—¿Estaba usted sola en la casa?

Julie jadeaba; iba serenándose, pero al mismo tiempo le sorprendían las preguntas de Maigret.

—¿Qué está pensando usted? —exclamó ella de pronto.

—Yo no pienso nada. Cállese. Acabo de leer el testamento de Joris.

—¿Y qué?

—Hereda usted todos sus bienes. Es usted rica.

El único efecto de estas palabras fue provocar nuevas lágrimas.

—Al capitán lo han envenenado con el agua que había en la jarra — añadió Maigret.

Julie, mirándolo con ojos brillantes y llenos de desprecio, chilló:

—¿Qué quiere usted decir, ¿eh? ¿Qué quiere usted decir?

Estaba tan nerviosa que asió al comisario por el antebrazo y, enardecida, se lo sacudió. Un poco más, y le hubiera arañado, golpeado.

—Tranquila. Cálmese. La investigación sólo está empezando. No insinúo nada. Simplemente, me informo.

Llamaban a la puerta. Era el guarda rural.

—El juez no podrá venir hasta primera hora de la tarde. El señor alcalde ha vuelto esta mañana de cazar y dormía; en cuanto esté listo, vendrá.

Todo el mundo estaba en tensión. La casa entera respiraba desasosiego. Y aquella multitud, fuera, esperando no se sabía el qué, aumentaba la sensación de nerviosismo, de desorden.

—¿Tiene intención de quedarse aquí? —preguntó Maigret a la muchacha.

—¿Por qué no? ¿Adónde voy a ir?

Maigret, tras pedir al médico que abandonase el cuarto del difunto, cerró éste con llave. Dejó únicamente a dos personas acompañando a Julie: la mujer del guarda del faro y la de uno de los escluseros.

—No deje entrar a nadie más. Si es preciso, intente dispersar con tacto a los curiosos.

El comisario salió, cruzó los grupos y se encaminó hacia el puente. La sirena de la niebla seguía aullando a lo lejos, aunque, como los vientos soplaban de tierra adentro, apenas se la oía. La temperatura era muy suave. El sol brillaba por momentos. El mar subía.

Llegaban dos escluseros del pueblo para asumir sus funciones. Maigret se topó en el puente con el capitán Delcourt, con quien hablara la noche anterior, que se le acercó.

—Entonces, ¿es verdad lo que dicen?

—Sí, a Joris lo han envenenado.



—Pero ¿quién?

La multitud comenzaba a alejarse de la casa del capitán. El guarda forestal, gesticulando, iba de corro en corro contando Dios sabe qué. Todo el mundo seguía con los ojos al comisario, que acaparaba el interés general.

—¿Empieza ya su marea?

—Todavía no. Faltan aún unos tres pies de agua. Fíjese: ese vapor que ve anclado en la ensenada lleva esperando desde las seis de la mañana.

Otras personas dudaban en acercarse a los dos hombres: los aduaneros, el esclusero jefe, el guarda de pesca y el patrón del guardacostas. Los simples ayudantes se preparaban para iniciar la faena del día.

En definitiva, allí estaban todos los que Maigret sólo había adivinado en la niebla y que ahora veía a la luz del día. La Buvette de la Marine se hallaba a dos pasos. Desde sus ventanas y su puerta acristalada podía verse la esclusa, el puente, las escolleras, el faro y la casa de Joris.

—¿Viene usted a tomar una copa? —propuso el comisario.

Adivinaba, por lo demás, que ésa debía de ser la costumbre, que a cada marea aquel grupo se reunía en la taberna. El capitán se cercioró primero del estado de la marea.

—Dispongo de media hora —dijo.

Ambos entraron en la taberna; los demás los siguieron, indecisos, y Maigret les indicó que se sentaran a la misma mesa.

Tenía que romper el hielo, presentarse a todos, infundir confianza e incluso penetrar en cierto modo en el grupo.

—¿Qué toman ustedes?

Se miraron entre sí. Los separaba aún una barrera.

—A esta hora, normalmente un café con coñac.

Les sirvió una mujer. La multitud cruzó el puente, intentó atisbar en la taberna, dudó en regresar al pueblo y se dispersó por el puerto aguardando acontecimientos.

Maigret, tras llenar una pipa, alargó la petaca a la concurrencia. El capitán Delcourt optó por un cigarrillo. Pero el esclusero jefe, poniéndose colorado, se metió un pellizco de tabaco en la boca balbuceando:

—Con permiso.

—Un drama extraño, ¿verdad? —aventuró Maigret.

Todos esperaban esa frase. Sin embargo, se produjo un silencio forzado.

—El capitán Joris parecía un buen hombre —comentó Maigret y aguardó, observando de reojo las caras.

—¡Demasiado bueno! —replicó Delcourt, que era un poco mayor que su compañero, menos atildado, y que parecía no hacerle ascos al alcohol. No obstante, mientras hablaba, no dejaba de observar a través de las cortinas el nivel del agua ni el barco, que comenzaba a tensar la cadena del ancla—. ¡Mucha prisa tienen! Luego la corriente del Orne los arrastrará a los bancos.

—A su salud. En resumen, nadie sabe qué ocurrió la noche del 16 de septiembre.

—Nadie. Era una noche de niebla, parecida a la de anoche. Aunque yo no estaba de guardia, me quedé aquí hasta las nueve jugando una partida de cartas con Joris y los amigos aquí presentes.

—¿Se veían ustedes todas las noches?

—Más o menos. En Ouistreham no hay muchas distracciones. Aquella noche, Joris pidió que lo sustituyeran en el juego tres o cuatro veces para vigilar el paso de un barco. A las nueve y media, había acabado la marea. Se marchó en medio de la niebla, y todos creímos que se iba a su casa.

—¿Cuándo se dieron cuenta de que había desaparecido?

—Al día siguiente. Julie vino a preguntarnos si sabíamos dónde estaba. Se había dormido antes de que llegase el capitán y por la mañana le extrañó no encontrarlo en la habitación.

—¿Había tomado Joris unas copas?

—¡Más de una, nunca! —afirmó el aduanero, cada vez más deseoso de participar en la conversación—. ¡Y de tabaco, nada!

—Díganme una cosa. ¿Julie y él...?

Los demás se miraron. Hubo un momento de vacilación, sonrisas.

—No puede saberse. Joris juraba que no. Sólo que...

De nuevo intervino el aduanero.

—La verdad es que era bastante distinto a nosotros. Orgullosa no, ¡ésa no es la palabra! Pero miraba por su persona, a ver si me entiende. Jamás se le habría ocurrido ir a vigilar la marea calzado con zuecos, como a veces hace Delcourt. Jugaba su partida de cartas aquí, por la noche, pero durante

el día no aparecía. A los trabajadores de la esclusa no los tuteaba. No sé si entiende a lo que me...

Maigret lo entendía perfectamente. Había pasado unas horas en la casa de Joris, aseadita, burguesa, ordenada.

Y veía ahora al grupo de la taberna, más sencillo, más desaliñado. Allí debían de beber una copa tras otra. Las voces debían de ser más estrepitosas, el ambiente chabacano, vulgar.

Joris sólo acudía allí para jugar a las cartas, no hablaba de su vida privada y se iba tras tomarse una sola copa.

—Vivía con él desde hace unos ocho años. Ella tenía dieciséis por aquel entonces. Era una pueblerina mocosa, desharrapada...

—Y ahora...

Sin que la llamaran, la camarera se acercó con una botella de aguardiente y sirvió otra ronda en los vasos, en los que sólo quedaba un poso de café. Eso debía de ser otro de los ritos.

—Ahora, es lo que es. Vaya, que en el baile, por ejemplo, no baila con cualquiera. Y cuando en las tiendas la tratan llanamente, como a una sirvienta, se sulfura. Es difícil de explicar. Sin embargo, su hermano...

—¿Su hermano?

El esclusero jefe miró al aduanero a los ojos. Pero Maigret había captado la mirada.

—¡En algún momento tenía que enterarse el comisario! —dijo el hombre, que a buen seguro no iba por el primer café con coñac—. Su hermano ha cumplido ocho años de presidio. Resulta que una noche, en Honfleur, pilló una borrachera. Iban varios por la calle armando barullo. Intervino la policía y el tipo sacudió tan violentamente a un agente que al mes murió.

—¿Es marinero?

—Antes de volver al país trabajó en barcos pesqueros. Ahora navega en una goleta de Paimpol, el *Saint-Michel*.

El capitán Delcourt empezó a dar muestras de nerviosismo.

—¡Vamos allá! —dijo levantándose—. Ya es hora...

—¡Hasta que llegue el vapor al canal! —suspiró el aduanero, con menos prisa.

Quedaron sólo tres. Maigret hizo un gesto a la camarera, que volvió con la botella.

—¿Pasa alguna vez el *Saint-Michel* por aquí?

—Alguna, sí.

—¿Pasó el 16 de septiembre?

El aduanero dirigió una mirada interrogante a su vecino y exclamó:

—¡De todas formas se hubiera enterado consultando el registro de tránsito! Sí, estaba aquí. Durmieron en el antepuerto, debido a la niebla, y se marcharon de madrugada.

—¿Con qué rumbo?

—Southampton. Yo les visé los papeles. Habían cargado moleña en Caen.

—¿Ha vuelto por aquí el hermano de Julie?

El aduanero resopló, dudó y apuró el contenido de su vaso.

—Eso tendrá que preguntárselo a los que dicen que lo vieron ayer. Yo no vi nada.

—¿Ayer?

Todos se encogieron de hombros. Un enorme vapor se deslizaba entre los muros de piedra de la esclusa, dominando el paisaje con su mole negra; su chimenea sobrepasaba los árboles que bordeaban el canal.

—Tengo que ir para allá.

—Yo también.

—¿Cuánto es? —preguntó Maigret a la camarera.

—Otra vez será. No está la dueña.

La gente que seguía aguardando por los alrededores de la casa del capitán disimulaba mirando al vapor inglés que entraba en la esclusa. Maigret salió de la taberna. En ese instante llegó un hombre y el comisario adivinó que era el alcalde, a quien apenas había entrevistado la noche anterior.

Era un hombre muy alto, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, metido en carnes y de cara sonrosada. Vestía traje de caza gris, con las piernas embutidas en unas polainas de aviador. Maigret se acercó:

—¿Monsieur Grandmaison?... Comisario Maigret, de la Policía Judicial.

—Encantado —espetó maquinalmente su interlocutor. Miró hacia la taberna, luego a Maigret y de nuevo hacia la taberna, con cara de decir: «¡Extrañas compañías para un alto funcionario!». Luego siguió caminando hacia la esclusa, que había que salvar para llegar a la casa—. Parece ser que ha muerto Joris.

—Parece ser —replicó Maigret, disgustado por esa actitud.

Una actitud de lo más tradicional: la del jerarca de pueblo que se cree el centro del mundo, viste de noble provinciano y contemporiza estrechando distraídamente manos, dirigiendo vagos saludos a las gentes del pueblo, preguntándoles, si se terciaba, por sus hijos.

—¿Ha atrapado ya al asesino? Bien pensado, fue usted quien trajo a Joris y... Discúlpeme. —Se dirigió hacia el guarda rural, que debía de utilizar como ayudante cuando salía a cazar patos, pues le dijo—: Hay que enderezar todas las cañas de la izquierda. Uno de los reclamos no vale para nada. Esta mañana estaba medio muerto.

—Bien, señor alcalde.

Se volvió hacia Maigret, no sin antes estrechar la mano al capitán del puerto murmurando:

—¿Cómo va eso?

—Bien, señor alcalde.

—En fin, comisario, ¿qué hay de cierto en todas esas historias de que Joris tenía la cabeza abierta, recompuesta, de que estaba loco y no sé qué más?

—¿Apreciaba usted mucho al capitán Joris?

—Trabajó para mí durante veintiocho años; era un buen hombre, meticoloso en el servicio.

—¿Honrado?

—Casi todos lo son.

—¿Cuánto ganaba?

—Depende, porque la guerra lo conmocionó todo. En cualquier caso, lo suficiente como para comprarse su casita.

»Y apuesto a que, como mínimo, tendría veinte mil francos en el banco.

—¿No más?

—No creo equivocarme en más de cinco mil francos.

Estaban abriendo las puertas de la esclusa, río arriba, y el barco se disponía a entrar en el canal. Otro, que llegaba de Caen, iba a ocupar su lugar y a poner rumbo hacia alta mar.

El aire seguía siendo de una placidez ideal. La gente no apartaba la vista de los dos hombres. Desde lo alto de su barco, los marinos ingleses miraban apaciblemente a la multitud mientras vigilaban la maniobra.

—¿Qué opina usted, señor alcalde, de Julie Legrand?

Grandmaison vaciló y rezongó:

—Una tontita a la que se le subieron los humos porque Joris la trataba con demasiados miramientos. Se las da de..., ¡yo qué sé! En cualquier caso, de algo que no es...

—¿Y su hermano?

—Nunca lo he visto. Me han dicho que es un sinvergüenza.

Dejaron atrás la esclusa y llegaron a la verja, alrededor de la cual continuaban jugando unos niños a la espera de presenciar un espectáculo interesante.

—¿De qué ha muerto?

—¡Estricnina!

Maigret había adoptado su expresión más obcecada. Caminaba lentamente, con las manos en los bolsillos, la pipa entre los dientes. La pipa estaba hecha a la medida de su ancho rostro: contenía casi la cuarta parte de un paquete de picadura.

El gato blanco, que se calentaba al sol tumbado en lo alto de la tapia, escapó de un salto al acercarse los dos hombres.

—¿No entra usted? —preguntó el alcalde, sorprendido de que Maigret se detuviera sin motivo.

—¡Un momento! ¿Cree usted que Julie estaba liada con el capitán?

—¡Y yo qué sé! —rezongó Grandmaison con impaciencia.

—¿Venía usted a menudo por la casa?

—¡En la vida! Joris había sido empleado mío, y en tales circunstancias... —Su sonrisa quería ser una sonrisa de gran señor—. Si no le importa, abreviemos. Tengo invitados a comer.

—¿Está usted casado?

Maigret, con el ceño fruncido, iba a lo suyo, con la mano en el pestillo de la verja. Grandmaison lo miró de arriba abajo; no en vano el alcalde medía un metro ochenta y cinco. El comisario observó que, pese a que el alcalde no era bizco, sus pupilas sufrían un leve estrabismo.

—Prefiero advertirle que, como siga hablándome con ese tono, lo lamentará. Enséñeme lo que tenía que enseñarme.

Abrió él mismo la puerta y entró. El guarda forestal, que montaba guardia, se hizo a un lado, solícito.

La cocina tenía una puerta acristalada. De una ojeada Maigret se dio cuenta de que ocurría algo anormal: las dos mujeres seguían allí, pero no se veía a Julie.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Ha subido a su habitación. Se ha encerrado y no quiere bajar.

—¿Así, de repente?

—Estaba mejor —respondió la mujer del guarda del faro—. Seguía llorando, pero despacito, mientras hablaba. Le aconsejé que comiera algo y abrió la alacena...

—¿Y bien?

—No sé, pareció espantarse. Echó a correr hacia la escalera y oímos que echaba la llave de su habitación.

En la alacena no había más que platos, una cesta con manzanas, una fuente de arenques en escabeche y otras dos fuentes sucias que, al parecer, por los rastros de grasa, habían contenido restos de carne.

—¿Me va a tener mucho tiempo esperando? —masculló impaciente el alcalde, que se había quedado en el pasillo—. Porque son las once y media. Imagino que lo que haga esa chica...

Maigret cerró la alacena con llave, se metió ésta en el bolsillo y se encaminó cansinamente hacia la escalera.

## La alacena

—¡Abra, Julie!

Como única respuesta se oyó un cuerpo desplomándose en una cama.

—¡Abra!

¡Nada! Maigret empujó violentamente la puerta, haciendo saltar los tornillos de la cerradura.

—¿Por qué no ha abierto usted?

La muchacha no lloraba. Tampoco estaba agitada, sino que, acurrucada en la cama, miraba al frente, sin mover las pupilas. Cuando el comisario se acercó, ella brincó de la cama y se dirigió hacia la puerta.

—¡Déjeme!

—Entonces, entrégueme la nota, Julie.

—¿Qué nota?

Estaba agresiva, creyendo así disimular que mentía.

—¿Permitía el capitán que viniese a verla su hermano?

No hubo respuesta.

—Eso quiere decir que no lo permitía. ¡Pero su hermano venía igualmente! Parece ser que vino la noche de la desaparición de Joris.

Una mirada dura, casi de odio.

—El *Saint-Michel* estaba en el puerto. Luego era natural que la visitase. Una pregunta. Cuando viene, acostumbra a comer, ¿no es así?

—¡Bruto! —gruñó la muchacha entre dientes mientras el comisario proseguía.

—Entró aquí ayer mientras estaba usted en París. No la encontró y le dejó una nota. Para estar seguro de que la encontraría usted, y nadie más, la colocó en la alacena. Deme el papel.

—¡Ya no lo tengo!



Se comportaba con la tozudez no de una mujer inteligente, sino de una niña enrabada. Y el comisario, sorprendiendo una de sus miradas, rezongó con un asomo de afecto:

—¡Boba!

La nota estaba sencillamente bajo la almohada, en el lugar en que Julie estaba acurrucada un momento antes. Pero, en vez de ceder, la sirvienta, obstinada, atacó de nuevo, intentando arrebatarse la hoja al comisario, a quien hacía gracia su ira.

—¿Se acabó? —le preguntó Maigret sujetándole las manos.

Y leyó estas líneas, escritas con pésima letra y llenas de faltas:

«Si vuelves con tu amo no te apartes de él, que hay mala gente que quiere perjudicarlo. Volveré dentro de dos o tres días con el barco. No busques las costillas porque me las he comido. Tu hermano, siempre tuyo».

Maigret inclinó la cabeza, tan desconcertado que dejó de prestar atención a la muchacha. Un cuarto de hora después el capitán del puerto le comunicó que el *Saint-Michel* debía de estar en Fécamp y que, de mantenerse los vientos del noroeste, llegaría la noche siguiente.

—¿Conoce usted la posición de todos los barcos? —le preguntó Maigret, sorprendido, y miró hacia el mar, que refulgía y en el que, a lo lejos, sólo se distinguía un penacho de humo.

—Los puertos mantienen comunicación entre sí. ¿Ve usted? Ésa es la lista de barcos que esperamos hoy. —Señaló una pizarra pegada a la pared de la oficina del puerto y unos nombres escritos con tiza—. ¿Ha descubierto usted algo? No se fíe mucho de lo que le cuenten por ahí. Ni siquiera de lo que le diga la gente seria. ¡Si supiera usted cuántas pequeñas envidias corren por estos pagos! —Delcourt saludó con la mano al capitán del carguero que se alejaba y suspiró mirando la taberna—: ¡Ya verá!

A las tres habían concluido las diligencias del juzgado, y unos diez hombres salieron de casa de Joris, abrieron la pequeña verja verde y se encaminaron hacia los cuatro coches que aguardaban, rodeados de curiosos.

—¡Debe de haber muchos patos! —decía el juez sustituto a Grandmaison observando los terrenos circundantes.

—Este año es malo. Pero el pasado...

El alcalde se precipitó hacia el primer coche que arrancaba.

—Pararán ustedes un momento en mi casa, ¿verdad? Mi mujer nos espera.

Maigret se había quedado el último, y el alcalde, con la cordialidad mínima para resultar cortés, le dijo:

—Suba con nosotros. Usted también está invitado, por supuesto.

En la casita del capitán Joris sólo quedaban Julie y dos mujeres, y el guarda forestal, en la puerta, esperaba el furgón que se llevaría el cadáver a Caen.

Ya en los coches, aquello se parecía a ciertos regresos de entierros que, entre gente dada a la buena vida, acaban siempre en jolgorio. Mientras Maigret se revolvía incómodo en el asiento abatible, el alcalde explicaba al juez:

—Si por mí fuera, viviría aquí todo el año. Pero a mi mujer no le gusta mucho el campo. Por eso residimos la mayor parte del año en nuestra casa de Caen. Mi mujer acaba de volver de Saint Jean-Les-Pins, donde ha pasado un mes con los críos.

—¿Cuántos años tiene el mayor?

—Quince.

La gente de la esclusa miraba pasar los coches. Y en seguida, en la carretera de Lion-sur-Mer, apareció la casa del alcalde, una amplia casa normanda, con céspedes cercados de vallas blancas y sembrados de animales de porcelana.

En el vestíbulo, Madame Grandmaison, que lucía un vestido de seda oscuro, recibía a los invitados con una sonrisa muy estudiada, muy de mujer de mundo. La puerta del salón estaba abierta. Había puros y licores preparados en la mesa del fumadero.

Todos se conocían. Aquello era un círculo de gente de Caen. Una sirvienta con delantal blanco recogía abrigos y sombreros.

—¿De veras, señor juez, no había estado usted nunca en Ouistreham, viviendo en Caen desde hace tantos años?

—Doce años, señora. Vaya, si está aquí Gisèle.

Una chica de catorce años, ya muy «señorita», sobre todo por el porte, muy burguesa de clase alta, como su madre, se acercó a inclinarse ante los

invitados. Entretanto, habían olvidado presentar a Maigret a la señora de la casa.

—Supongo que, después de lo que acaban de ver ustedes, preferirán licores a una taza de té. ¿Un poco de coñac, señor juez? ¿Sigue su esposa en Fontainebleau?

Se oían conversaciones en distintos puntos a la vez. Maigret pillaba al vuelo retazos de frases.

—¡No! Diez patos en una noche es lo máximo. Le juro que no hace nada de frío. El chozo está calentado.

—¿Lo están pasando muy mal con la crisis del flete? —decía otro.

—Depende de las compañías. Aquí no se ha notado nada. No se ha desarmado ningún barco. Pero los pequeños armadores, sobre todo los que no disponen de goletas equipadas para el cabotaje, empiezan a pasar apuros. En principio, con las goletas no puede hacerse otra cosa que venderlas, porque no cubren gastos.

—No, señora —murmuraba a escasa distancia el juez—. No hay motivo para asustarse. El misterio, si es que hay misterio en esa muerte, no tardará en descubrirse, ¿verdad, comisario? Pero... ¿les han presentado? El comisario Maigret, uno de los jefes más eminentes de la Policía Judicial.

Maigret estaba muy envarado; su rostro expresaba la menor cordialidad posible. Dirigió una extraña mirada a la joven Gisèle, quien, con una sonrisa, le alargaba un platito con galletas.

—¡No, gracias!

—¿De veras? ¿No le gustan los dulces?

—¡A su salud!

—¡A la salud de nuestra amable anfitriona!

El juez de instrucción, un tipo flaco y cincuentón que apenas veía pese a sus gruesos lentes, se llevó a Maigret aparte.

—Ni que decir tiene que le doy carta blanca. Pero telefonéeme cada noche para tenerme al corriente. ¿Qué opina del caso? Un crimen sórdido, ¿no? —Y, advirtiéndole que se acercaba Grandmaison, prosiguió alzando la voz—: Además, ha tenido usted la suerte de dar con un alcalde como el de Ouistreham, que le facilitará la tarea. ¿No es así, amigo mío? Le decía al comisario...

—Si lo desea, ésta es su casa. Aunque supongo que se aloja en el hotel.

—Sí. Le agradezco la invitación, pero en el hotel estoy más cerca del puerto.

—¿Cree usted que va a encontrar algo en la taberna? ¡Ándese con ojo, comisario! No conoce usted Ouistreham.

»Piense en lo que puede ser la imaginación de gente que se pasa la vida en una taberna. ¡Con tal de tener una historia divertida que contar, acusarían a sus mismísimos padres!

—¿Y si dejásemos ya el tema? —propuso Madame Grandmaison exhibiendo una cordial sonrisa—. ¿Un trozo de pastel, comisario?... ¿De veras? ¿No le gustan los dulces?

¡Dos veces! ¡La cosa se pasaba de castaño oscuro! Maigret estuvo a punto de sacar su voluminosa pipa del bolsillo a modo de protesta.

—Discúlpenme. Tengo que ir a ocuparme de ciertos pormenores.

No intentaron convencerle de que se quedase, pues, en definitiva, ni nadie tenía interés en su presencia ni él en quedarse. Una vez fuera, llenó la pipa y se encaminó lentamente hacia el puerto. La gente ya le conocía. Sabían que había tomado unas copas con la pandilla de la taberna y lo saludaban con cierta familiaridad.

Cuando avistó el muelle, el coche que se llevaba el cadáver del capitán Joris se alejaba en dirección a Caen y, tras una ventana de la planta baja, vio el rostro de Julie, a quien unas mujeres intentaban llevarse hacia la cocina.

Se había formado un corro de gente entorno a una barca de pesca que acababa de atracar y cuyos dos tripulantes seleccionaban el pescado. Los aduaneros, apoyados en el pretil del puente, dejaban transcurrir las lentas horas de guardia.

—Acaban de confirmarme que el *Saint-Michel* llega mañana —dijo el capitán acercándose a Maigret—. Se ha quedado tres días en Fécamp para reparar el bauprés.

—Dígame una cosa. ¿Alguna vez ha transportado el *Saint-Michel* raba de bacalao?

—¿Raba? No. La raba noruega llega en goletas escandinavas o en pequeños vapores. Pero no recalán en Caen. Descargan directamente en los

puertos sardineros, como Concameau, Les Sables-d'Ollone, San Juan de Luz...

—¿Y aceite de foca?

Esta vez el capitán abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—¡No! Los barcos de cabotaje transportan casi siempre las mismas cargas: hortalizas y, sobre todo, cebolla para Inglaterra, carbón para los puertos bretones, piedra, cemento, pizarra... En cualquier caso, pedí información a los escluseros sobre el último paso del *Saint-Michel*. El 16 de septiembre llegó de Caen casi al final de la marea, cuando iba a interrumpirse el servicio. Joris comentó que no había suficiente agua en el canal para hacerse a la mar, y que, además, había mucha niebla. Pese a todo, el patrón insistió en penetrar en la cámara, para poder zarpar a primera hora del día siguiente. Mire, aquí, en el antepuerto, hicieron noche, amarrados a los pilotes. Con la marea baja, estaban en seco. Hasta las nueve de la mañana no pudieron zarpar.

—¿Y se hallaba a bordo el hermano de Julie?

—¡Seguro! Sólo son tres: el patrón, que también es el propietario del barco, y dos hombres. Grand-Louis y...

—¿Es el nombre del presidiario?

—Sí. Lo llaman Grand-Louis porque es más grande que usted y capaz de estrangularle con una sola mano.

—¿Un mal tipo?

—Si se lo preguntara usted al alcalde o a cualquier burgués del lugar, le contestarían que sí. Yo no lo conocía antes de que lo encerraran. No viene mucho por aquí. Lo que puedo decirle es que en Ouistreham no ha cometido fechoría alguna. Bebe, eso sí. O más bien... Es difícil saberlo. Está siempre como atontado. Va, viene, arrastra los pies, camina con los hombros y la cabeza de lado, cosa que no inspira demasiada confianza. De todas formas, el patrón del *Saint-Michel* está contento con él.

—Vino ayer aquí, cuando su hermana estaba en París.

El capitán Delcourt, sin atreverse a negarlo, giró la cabeza. Y Maigret comprendió que nunca se lo dirían todo, que entre aquellos hombres de mar

existía una especie de complicidad.

—No es el único...

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada. Dicen que han visto merodear a un extranjero. Pero son vaguedades.

—¿Quién lo ha visto?

—No lo sé. Rumores, cosas que cuentan. ¿No toma usted nada?

Por segunda vez, Maigret entró en la taberna, donde le estrecharon la mano.

—¡Oiga! Muy rápido han liquidado el asunto los caballeros del juzgado, ¿eh?

—¿Qué toma?

—Cerveza.

El sol no se había ocultado en todo el día. Pero se estiraban ya entre los árboles jirones de niebla y el agua del canal comenzaba a humear.

—Otra noche de niebla —suspiró el capitán.

Se oía aullar la sirena.

—Es la boya luminosa, allá, en la entrada del paso.

—¿Viajaba con frecuencia el capitán Joris a Noruega? —preguntó Maigret de sopetón.

—Cuando navegaba para la Anglonormanda, sí. Sobre todo recién acabada la guerra, debido a la escasez de madera. Una carga engorrosa, que no deja espacio para maniobrar.

—¿Pertenece usted a la misma compañía?

—No durante mucho tiempo. Yo he navegado sobre todo para Worms, de Burdeos. Hacía el «tranvía», como suele decirse, o sea siempre la misma ruta: Burdeos-Nantes y Nantes-Burdeos. ¡Eso durante dieciocho años!

—¿De qué familia proviene Julie?

—De una familia de pescadores de Port-en-Bessin... ¡si es que pueden llamarse pescadores! El padre nunca hizo gran cosa, y murió durante la guerra. La madre siguió vendiendo pescado por la calle, y sobre todo dándole al vino tinto en las tabernas.

Por segunda vez, Maigret esgrimió una extraña sonrisa pensando en Julie. La veía llegando a su despacho en el Quai des Orfèvres, en París, con

su impecable traje de chaqueta azul y su carita voluntariosa.

Y recordó que, esa misma mañana, se había comportado como una niña, negándose a darle el mensaje de su hermano.

La casa de Joris se difuminaba ya en la niebla. No se veía luz alguna en la primera planta, de donde se habían llevado el cadáver, ni en el comedor. Sólo en el pasillo y, sin duda, detrás, en la cocina, donde las dos vecinas hacían compañía a la muchacha.

Los trabajadores de la esclusa entraron a su vez en la taberna, pero, conscientes de las jerarquías, fueron a sentarse a una mesa del fondo e iniciaron una partida de dominó. Se iluminó el faro.

—¡Otra ronda! —pidió el capitán señalando las copas—. ¡Esta corre de mi cuenta!

—Si viviera Joris, ¿dónde estaría ahora? ¿Aquí? —preguntó Maigret con voz extrañamente queda.

—¡No! ¡En su casa! ¡Con las zapatillas puestas!

—¿En el comedor? ¿En su habitación?

—En la cocina, leyendo el periódico, y luego un libro de horticultura. Le había entrado pasión por las flores. Fíjese: a pesar de la estación, su jardín aún está lleno de flores.

Los otros se reían, pero parecían un poco avergonzados por no sentir pasión por las flores y preferir la sempiterna taberna.

—¿No salía a cazar?

—Poco. A veces, cuando lo invitaban.

—¿Con el alcalde?

—Alguna vez. Cuando era temporada de pato, iban juntos al chozo.

Debido al humo y a la escasa luz, apenas veían a los jugadores de dominó. Una voluminosa estufa sobrecargaba el ambiente. Y fuera reinaba casi la oscuridad, pero una oscuridad como enturbiada y enrarecida por la niebla. Seguía aullando la sirena. La pipa de Maigret chisporroteaba.

Éste, arrellanado en su asiento, entornaba los ojos, en un esfuerzo por amalgamar todos los elementos dispersos que formaban una masa sin cohesión.

—¡Joris desaparece y seis semanas después reaparece con el cráneo rajado y recompuesto! —dijo, sin darse cuenta de que pensaba en voz alta.

«El día de su llegada, le esperaba el veneno. ¡Y hasta el día siguiente no encontró Julie en la alacena la nota de su hermano!», reflexionó. Exhaló un largo suspiro a modo de conclusión: «En resumen, que primero intentaron matarlo. Luego lo curaron. ¡Y luego, lo mataron de verdad! A no ser...».

Esas tres premisas no encajaban. Y se abría paso una idea extravagante, tan extravagante que resultaba sobrecogedora.

«A no ser que la primera vez no intentasen matarlo. ¡Que sólo pretendiesen hacerle perder la razón!».

¿No afirmaban los médicos de París que esa operación sólo podía haberla realizado un gran cirujano?

Pero ¿se le abre el cráneo a un hombre para robarle la razón?

Y, por otro lado, ¿qué seguridad había de que Joris hubiera perdido de veras la razón?

Los demás miraban a Maigret guardando un respetuoso silencio. Tan sólo el aduanero hizo un ademán indicando a la camarera que sirviera otra ronda.

Y cada cual se retrepó en su silla, en medio del caldeado ambiente, sumiéndose en un indolente ensueño difuminado por el alcohol.

Se oyeron pasar tres coches: eran los del juzgado, que regresaban a Caen tras la recepción en casa de los Grandmaison. A esa hora, el cadáver del capitán Joris yacía ya en una cámara frigorífica del Instituto de Medicina Legal.

Nadie hablaba ya. Por la zona en que estaban los escluseros se oían moverse las fichas de dominó en la mesa. Se advertía que el problema, poco a poco, se había adueñado de las mentes, pesaba sobre todos, estaba ahí, casi palpable, flotando en el aire. Los rostros adoptaban expresiones ceñudas. El aduanero más joven, impresionado, se levantó balbuciendo:

—Me estará esperando mi mujer.

Maigret alargó la tabaquera a su vecino, que llenó su pipa y pasó el tabaco al siguiente. Sonó entonces la voz de Delcourt.

Se levantaba a su vez, para escapar de aquel ambiente opresivo que se había creado.

—¿Qué le debo, Marthe?



—¿Las dos rondas? Nueve con setenta y cinco. Más tres francos de ayer.

Todo el mundo se había puesto en pie. Entraba aire húmedo por la puerta abierta. Se estrecharon la mano.

Cada cual se dirigió a su casa, en medio de la niebla. Se oían resonar los pasos y, por encima de todo, vibraba el clamor de la sirena.

Maigret permaneció un momento inmóvil escuchando los pasos que se alejaban en distintas direcciones. Pasos pesados, vacilantes, de pronto precipitados.

Y comprendió que, sin que se supiese por qué, había nacido el miedo.

Todos los que se iban tenían miedo, miedo de nada, de todo, de un peligro vago, de una catástrofe insospechada, de la oscuridad y de las luces.

«¿Y si el asunto aún no se ha acabado?».

Maigret sacudió la ceniza de la pipa y se abrochó el abrigo.

## El *Saint-Michel*

—¿Le gusta? —le preguntaba, inquieto, el dueño a cada plato.

—¡Está bien! ¡Está bien! —contestaba Maigret que, en realidad, no sabía exactamente qué estaba comiendo.

Se hallaba solo en el comedor del hotel, con capacidad para cuarenta o cincuenta cubiertos. Un hotel para los bañistas que acudían en verano a Ouistreham. Muebles como los de cualquier hotel de playa. Jarroncillos en las mesas.

Ni la menor relación con el Ouistreham que interesaba al comisario y que empezaba a entender.

Y eso le satisfacía. Lo que más le horrorizaba, en una investigación, eran los primeros contactos, con todas las torpezas y malentendidos que implicaban.

La palabra Ouistreham, por ejemplo. En París, evocaba una imagen ajena a la realidad, un puerto parecido a Saint-Malo. Y la primera noche, Maigret lo encontró siniestro, habitado por gente hosca y silenciosa.

Ahora ya lo conocía. Se sentía como en su casa. Ouistreham era un pueblo cualquiera, al final de un tramo de carretera flanqueada de arbolillos. Lo único que contaba era el puerto: una esclusa, un faro, la casa de Joris, La Buvette de la Marine.

Y el ritmo de ese puerto, las dos mareas diarias, los pescadores que pasaban con sus cestos, el puñado de hombres exclusivamente dedicados al movimiento de los barcos...

Otras palabras tenían un sentido más preciso: capitán, carguero, buque de cabotaje. Veía transitar todo aquello y comprendía las reglas del juego.

El misterio no se había dilucidado. Todo cuanto era inexplicable en un principio seguía siendo inexplicable. Pero, por lo menos, cada uno de los

personajes ocupaba su lugar, situado en su ámbito, con su rutina diaria.

—¿Se quedará usted mucho tiempo? —preguntó el dueño mientras le servía el café.

—No lo sé.

—Llega a ocurrir esto en plena temporada y me arruino.

Cuatro eran exactamente los Ouistreham que identificaba ahora Maigret: el Ouistreham-puerto, el Ouistreham-pueblo, el Ouistreham-burgués, con su puñado de casas con jardín, como la del alcalde, situadas en la carretera; por último, el Ouistreham-playa, temporalmente inexistente.

—¿Sale usted?

—Voy a dar una vuelta antes de irme a la cama.

Era la hora de la marea. Fuera hacía mucho más frío que los días anteriores, porque la niebla, sin dejar de ser densa, se transformaba en gotillas de agua helada.

Todo estaba oscuro. Todo estaba cerrado. Sólo se veía el ojo mojado del faro. En la esclusa se oían voces.

Un toque de sirena. Una luz verde y otra roja se acercaban, una mole se deslizaba al ras del muro.

Maigret comprendía ahora la maniobra. Era un vapor que llegaba de alta mar. Una sombra se acercaba para recogerle la amarra y encapillarla en la primera bita. Luego, desde el puente de mando, el comandante lanzaría la orden de retroceder para detenerse.

Delcourt, mirando la escollera, inquieto, pasó junto a él.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé.

Fruncía el ceño como si fuese posible, a fuerza de voluntad, distinguir algo en la total oscuridad. Dos hombres se disponían ya a cerrar la compuerta de la esclusa. Delcourt les gritó:

—¡Aguardad un instante! —Y de pronto exclamó, sorprendido—: Es él...

En ese instante se alzó una voz, a menos de cincuenta metros, gritando:

—¡Eh, Louis! Amaina los focos e intenta atracar por babor.

Era abajo, en el agujero oscuro, por la parte de las escolleras. Se acercaba una luz. Se adivinó a alguien moviéndose, una tela que se

desplomaba con un chirrido de anillas en el nervio. Acto seguido pasó una vela mayor desplegada al alcance de la mano.

—¿Me pregunto cómo lo han hecho! —rezongó el capitán. Y gritó, vuelto hacia el velero—: ¡Más lejos! Colocad la proa a babor del vapor, si no, no podremos cerrar las compuertas.

Un hombre había saltado a tierra con una amarra y ahora, con los brazos en jarras, miraba a su alrededor.

—¿El *Saint-Michel*? —inquirió Maigret.

—Sí. Ha corrido como un vapor.

Abajo, en la cubierta, sólo se atisbaba una lucecita iluminando objetos imprecisos, una barrica, un montón de cordajes, el perfil de un hombre que abandonaba el timón para correr hacia la proa de la goleta.

Los trabajadores de la esclusa llegaron uno tras otro y observaron el barco con extraña curiosidad.

—¡Las compuertas, chicos! ¡Vamos! ¡Vosotros, las manivelas!

Una vez cerradas las puertas, el agua se precipitó por las compuertas y los barcos empezaron a elevarse. Se acercó la lucecita. La cubierta subió hasta alcanzar la altura del muelle y el hombre que se hallaba en ella interpeló al capitán.

—¿Cómo va eso?

—Bien —contestó Delcourt azorado—. ¡Habéis corrido mucho!

—Soplaba buen viento y Louis largó todas las velas. Incluso adelantamos a un carguero.

—¿Vas a Caen?

—Sí, a descargar. ¿Nada nuevo por aquí?

Maigret estaba a dos pasos, Grand-Louis un poco más lejos. Pero apenas se veían. Únicamente hablaban el capitán del puerto y el del *Saint-Michel*.

Delcourt, por lo demás, se volvía sin cesar hacia Maigret, sin saber muy bien qué decir.

—¿Es cierto que ha vuelto Joris? Al parecer, lo dice el periódico.

—Ha vuelto y se ha ido otra vez.

—¿Qué quieres decir?

Grand-Louis se había acercado un paso, con las manos en los bolsillos, un hombro más bajo que el otro. Y así, visto en la oscuridad, parecía un hombretón más bien fofo, de líneas imprecisas.

—Ha muerto.

Louis se acercó a Delcourt hasta tocarlo.

—¿Es cierto? —gruñó.

Era la primera vez que Maigret oía su voz. Y ésta producía también una impresión de blandura. Era ronca, cansina. Todavía no se le veía la cara.

Delcourt, prudente, con intención clara, se apresuró a agregar:

—Aquí está el comisario de París encargado del caso.

Se le veía aliviado. Hacía rato que se preguntaba cómo iniciaría la presentación. ¿Temía alguna imprudencia por parte de la tripulación del *Saint-Michel*?

—¡Ah!, de modo que el señor es de la policía...

El barco seguía subiendo. Su capitán, tras saltar al muelle, dudó en alargar la mano a Maigret.

—Vaya, vaya —musitó pensando en Joris.

También parecía inquieto, con una inquietud más evidente que la de Delcourt. El alto corpachón de Louis se balanceaba, con la cabeza ladeada. Farfulló algo que el comisario no entendió.

—¿Qué dice?

—Gruñe en *patois*: «¡Menuda porquería!».

—¿Qué quiere decir con eso de «Menuda porquería»? —preguntó Maigret al ex presidiario.

Pero éste se limitó a mirarlo a los ojos. Se habían acercado el uno al otro. Ahora se adivinaban los rasgos. Los de Grand-Louis estaban abotargados. Parecía tener una mejilla más grande que la otra, o eso tal vez se debiera a que ladeaba siempre la cabeza.

Carne hinchada y ojos saltones.

—¿Estaba usted aquí ayer? —inquirió el comisario.

La entrada del agua había concluido. Se abrieron las puertas superiores. El vapor se deslizó en las aguas del canal y Delcourt tuvo que correr a preguntar el tonelaje y la procedencia.

—¡Novecientas toneladas! ¡Rouen! —se oyó gritar desde lo alto del puente de mando.

Pero el *Saint-Michel* no salía de la cámara, y los hombres apostados alrededor de la esclusa notaban que sucedía algo anormal; esperaban, cada cual en su agujero oscuro, con el oído atento.

Delcourt regresó anotando en su libreta las indicaciones recibidas.

—Bueno, a ver —se impacientó Maigret.

—¿A ver, el qué? —rezongó Louis—. Si usted dice que yo estaba aquí, pues será verdad.

No resultaba fácil entenderle, porque tenía un modo muy particular de saltarse silabas, de hablar con la boca cerrada, como si masticase algo. Tenía además un marcado acento de su región.

—¿Para qué vino usted aquí?

—Para ver a mí hermana.

—Y, como no estaba, le dejó usted una nota.

Maigret observaba a hurtadillas al dueño de la goleta, que vestía igual que su marinero. No destacaba por nada especial. Parecía más bien un buen contramaestre que el capitán de un barco de cabotaje.

—Nos quedamos tres días en Fécamp para una reparación. Y Louis aprovechó para venir a ver a Julie —intervino el dueño.

Se adivinaban oídos alerta entorno a la dársena. Todo el mundo procuraba no hacer ruido. A lo lejos, seguía aullando la sirena, y la niebla se licuaba, haciendo que los adoquines, relucientes, ennegrecieran.

Se abrió una escotilla en la cubierta de la goleta. Asomó una cabeza de cabello enmarañado y barba hirsuta.

—¿Qué pasa? ¿Vamos a quedarnos aquí?

—¡Cierra la boca, Célestin! —gruñó el patrón.

Delcourt pateaba el suelo para calentarse, quizá también para aparentar aplomo, ya que no sabía si debía irse o quedarse.

—¿Qué le hace pensar, Louis, que Joris corría peligro?

—Pues... si le habían rajado ya la cabeza... —replicó el ex presidiario encogiéndose de hombros—. No hace falta ser muy listo para adivinarlo.

Casi hacía falta un traductor, dada la dificultad de descifrar las sílabas trituradas en aquel gruñido.

En el aire flotaba un intenso malestar, como una sorda angustia. Louis miró hacia la casa de Joris, pero nada se veía, ni siquiera una mancha más negra en la noche.

—¿Está ahí Julie?

—Sí. ¿Quiere usted ir a verla?

Meneó negativamente la cabeza, sacudiéndola como un oso.

—¿Por qué no?

—Seguro que está llorando.

Pronunció algo parecido a «taorando». ¡Y con la repugnancia de un hombre que no puede ver llorar!

Seguían de pie. La niebla se hacía más intensa, empapándoles los hombros. Delcourt sintió la necesidad de intervenir.

—Podríamos ir a tomar algo.

Uno de sus hombres, desde un rincón oscuro, le advirtió:

—Acaban de cerrar la taberna.

El patrón del *Saint-Michel* propuso:

—Si quieren tomar algo en el camarote...

Eran cuatro: Maigret, Delcourt, Grand-Louis y el patrón, que se llamaba Lannec. El camarote no era grande. Una pequeña estufa desprendía un intenso calor, y la luz de la lámpara de petróleo, montada sobre cardan, lanzaba destellos casi rojos.

Tabiques de pitchpín barnizado. Una mesa de roble llena de hendiduras, tan gastada que no tenía un centímetro plano. Había aún platos sucios, gruesos vasos pringosos y media botella de vino tinto.

A derecha e izquierda, en el tabique, una abertura rectangular, como un armario sin puerta. Las camas del capitán y de Louis, su segundo de a bordo. Camas deshechas, con botas y ropa sucia arrojadas con descuido. Olor a brea, a aguardiente, a cocina y a dormitorio, pero sobre todo indefinibles efluvios de barco.

A la luz, las personas resultaban menos misteriosas. Lannec tenía bigote oscuro, ojos inteligentes y vivos. Había sacado una botella de aguardiente

de un armario y lavaba los vasos llenándolos de agua y vaciándolos en el suelo.

—Al parecer, estaban ustedes aquí la noche del 16 de septiembre.

Grand-Louis apoyaba los codos en la mesa, con la espalda encorvada. Lannec lo confirmó mientras servía el aguardiente.

—Sí, aquí estábamos.

—No es frecuente, ¿verdad?, que hagan noche en el antepuerto, porque se ven obligados a vigilar las amarras por la marea.

—Lo hacemos alguna que otra vez —replicó Lannec sin pestañear.

—Con eso se ganan unas horas —intervino Delcourt, que parecía querer desempeñar el papel de conciliador.

—¿Subió a verles el capitán Joris?

—Durante la descarga del agua. Luego no.

—¿Y no vieron ni oyeron nada anormal?

—¡A su salud!... No. Nada.

—Usted, Louis, ¿se acostó?

—Supongo que sí.

—¿Cómo?

—Que supongo que sí. Hace tiempo de eso.

—¿No fue a ver a su hermana?

—Tal vez sí, pero no mucho rato.

—¿No le había prohibido Joris que pusiera los pies en su casa?

—¡Tonterías! —rezongó el otro.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Que eso son tonterías. ¿Me necesita para algo más?

No había ninguna acusación de peso contra él. Además, Maigret no tenía ganas de arrestarle.

—Hoy no —contestó.

Louis habló en bretón con el patrón, se levantó, apuró el vaso y se tocó la gorra.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó el comisario al patrón.

—Que no le necesito para el trayecto de ida y vuelta a Caen. Lo veré a la vuelta, después de descargar.

—¿Adónde va?



—No lo ha dicho.

Delcourt, solícito, asomó la cabeza por la escotilla, aguzó el oído y regresó al cabo de unos instantes.

—Está a bordo de la draga.

—¿De la qué?

—¿No ha visto usted las dos dragas, en el canal? De momento no se utilizan. Tienen literas. Los marinos prefieren dormir en un barco viejo que ir al hotel.

—¿Otro trago? —propuso Lannec.

Maigret miró a su alrededor entornando los ojos y se acomodó a sus anchas.

—¿En qué puerto hizo usted escala después de abandonar Ouistreham, el pasado día 16?

—En Southampton. Tenía que descargar unas piedras.

—¿Y luego?

—Boulogne.

—¿No ha ido a Noruega desde entonces?

—Sólo he estado allí una vez, hace seis años.

—¿Conocía muy bien a Joris?

—Nosotros, ¿sabe usted?, conocemos a todo el mundo, desde La Rochelle hasta Rotterdam... ¡A su salud! Me he traído este *schiedam* de Holanda. ¿Fuma usted puros? —Sacó una caja de un cajón—. Estos puros allá valen diez centavos... ¡Un franco!

Eran gordos, bien lisos, con vitola dorada.

—¡Qué raro! —suspiró Maigret—. Me habían asegurado que, en el antepuerto, Joris subió a verle... acompañado de otra persona.

Lannec estaba muy atareado cortando la punta del puro y, cuando alzó la cabeza, no se observaba la menor emoción en su rostro.

—No tendría ningún motivo para ocultárselo.

Alguien, desde fuera, saltó a la cubierta y sus pasos resonaron. Asomó una cabeza en lo alto de la escalera.

—¡Llega el vapor de Le Havre!

Delcourt, levantándose precipitadamente, dijo a Maigret:

—Hay que prepararle la esclusa. El *Saint-Michel* va a salir.

Y Lannec agregó:

—Supongo que puedo continuar viaje.

—¿Hasta Caen?

—Sí. El canal no va más allá. Mañana por la noche seguramente habremos acabado de descargar.

Tenían todos un aspecto franco. Sus rostros parecían sinceros. Sin embargo, todo aquello sonaba a falso. Pero era algo tan sutil que habría resultado imposible averiguar por qué sonaba a falso, o qué era falso.

¡Buena gente! Eso parecían, tanto Lannec como Delcourt, como Joris, como todos los de La Buvette de la Marine. ¿Y no daba la impresión el propio Grand-Louis de ser un simpático bribón?

—Voy a soltar las amarras, Lannec. ¡No te muevas!

Y el capitán del puerto fue a desencapillar la amarra de la bita. El viejo que antes había asomado la cabeza rezongó, gruñón:

—¡Ya ha desaparecido otra vez Grand-Louis!

Soltó el foque y el petifoque, y empujó la goleta con un bichero. Maigret saltó a tierra en el último segundo. La niebla se había transformado definitivamente en lluvia y ahora se vislumbraban todas las luces del puerto, todas las siluetas, el vapor de Le Havre, que se impacientaba y tocaba la sirena.

Rechinaban las manivelas. El agua se precipitaba por las espuestas abiertas. La vela mayor de la goleta ocultaba la perspectiva del canal.

Desde el puente, Maigret divisó las dos dragas, dos horribles barcos de líneas complicadas, de superestructuras siniestras, cubiertos de una costra de herrumbre.

Se acercó prudentemente a ellos, porque por allí todo estaba lleno de restos, cables viejos, anclas y chatarra. Cruzó por una tabla que utilizaban como pasarela y vio una leve claridad a través de las rendijas.

—¡Grand-Louis! —llamó.

De pronto, se apagó la luz. La escotilla no tenía cierre. Asomó el torso de Grand-Louis.

—¿Qué quiere usted? —gruñó.

Mientras hablaba, debajo de él, en el interior de la draga, algo se movió. Una figura se escabullía con toda clase de precauciones. Se oía vibrar la

chapa. Sonaban golpes.

—¿Quién está contigo?

—¿Conmigo?

Maigret buscó a su alrededor y estuvo a punto de caer en el fondo de la draga, donde había estancado un metro de lodo.

Había alguien, no cabía duda. Pero estaba ya lejos. Los crujidos procedían ahora de otra parte de la draga. Maigret no sabía por dónde pisaba. Ignoraba por completo la estructura de aquel barco apocalíptico y se golpeó la cabeza con un volquete.

—¿No dices nada?

Se oyó un vago gruñido, que debía de querer decir: «No sé de qué me habla».

En la oscuridad, habrían hecho falta diez hombres para registrar las dos dragas. Además, habrían debido ser hombres que las conocieran. Maigret se batió en retirada. Las voces, con la lluvia, cobraban sorprendente alcance. Oyó que alguien decía en el puerto:

—... ahí, atravesado en el canal...

Se acercó. Era el segundo de a bordo del barco de Le Havre, que señalaba algo a Delcourt, quien, a su vez, se asombró al ver a Maigret.

—Cuesta creer que lo hayan perdido sin darse cuenta —prosiguió el hombre del vapor.

—¿El qué? —inquirió el comisario.

—El bote.

—¿Qué bote?

—Ése, acabamos de tropezarnos con él en la escollera. Lleva escrito el nombre detrás: *Saint-Michel*.

—Se habrá soltado —intervino Delcourt encogiéndose de hombros—. ¡A veces ocurre!

—No se ha soltado, por la sencilla razón de que, con este tiempo, el bote no iba a remolque, sino que estaba en la cubierta.

En la esclusa, los hombres seguían cada uno en su puesto, intentando oír.

—Mañana lo veremos. Dejad el bote aquí. —Volviéndose hacia Maigret, Delcourt murmuró, intentando esgrimir una sonrisa—: Ya ve usted

qué oficio tan raro. Siempre hay líos.

El comisario, por su parte, no sonrió, sino que, con la mayor seriedad del mundo, le espetó:

—¡Escuche! Si no me ve mañana a las siete, o hacia las ocho, llame usted sin falta al juzgado de Caen.

—¿Qué?

—¡Buenas noches! Y que el bote se quede aquí.

Para despistarlos, se alejó con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo alzado, siguiendo la escollera. El mar murmuraba a sus pies, ante él, a su derecha, a su izquierda. Un aire intensamente yodado le llenaba los pulmones.

Al llegar casi a la punta de la escollera, se agachó para recoger algo.

## Nuestra Señora de las Dunas

Cuando despuntó el día, Maigret, arrastrando los pies, con el abrigo empapado de humedad y la garganta seca, por haber fumado una pipa tras otra, regresó al Hotel de l'Univers. Todo estaba desierto. Pero en la cocina se topó con el dueño, que estaba encendiendo el fuego.

—¿Ha estado usted fuera toda la noche?

—Sí. ¿Quiere usted subirme café a la habitación, lo antes que pueda? Ah, ¿puedo tomarme un baño?

—Tendré que encender las calderas.

—Entonces, no merece la pena.

Una mañana gris, con la eterna niebla, pero una niebla clara, luminosa. A Maigret le escocían los párpados, tenía la cabeza vacía y, mientras esperaba el café en la habitación, se plantó ante la ventana abierta.

Una noche extraña. No había hecho nada extraordinario. Apenas podía hablarse de descubrimientos. Con todo, había progresado en el conocimiento del drama. Multitud de elementos habían venido a sumarse a los que ya poseía.

La llegada del *Saint-Michel*. La actitud de Lannec. ¿Cabía hablar de actitud equívoca? ¡Ni siquiera! Sin embargo, no acababa de ser franco. Pero tampoco Delcourt era del todo franco. ¡Ni ninguno de los que trabajaban en el puerto!

Por ejemplo, la actitud de Grand-Louis resultaba abiertamente sospechosa. No había seguido con los demás, en la goleta, hasta Caen. Había dormido en una draga abandonada. Maigret estaba seguro de que no se hallaba solo.

Poco después, el comisario se había enterado de que, antes de llegar al puerto, el *Saint-Michel* había perdido su bote. Y, en la punta de la escollera,

había encontrado un objeto cuando menos inesperado en semejante lugar: una estilográfica de oro.

Era una escollera de madera, sobre pilotes. En la punta, junto a la luz verde, una escalera de hierro permitía bajar al mar. Por esa zona habían encontrado el bote.

Dicho de otro modo: al llegar, el *Saint-Michel* llevaba un pasajero que no quería ser visto en Ouistreham. El pasajero había atracado en el bote y lo había dejado marchar a la deriva. En lo alto de la escalera de hierro, en el momento en que se doblaba en dos para izarse a la escollera, se le había caído del bolsillo la estilográfica de oro.

Y el hombre se había metido en la draga, en la que Louis iba a reunirse con él.

La reconstrucción era casi matemática. No cabían dos maneras de interpretar los acontecimientos.

Resultado: un desconocido se ocultaba en Ouistreham. No se había presentado allí porque sí. Por tanto, tenía una misión que realizar. ¡Y pertenecía a un estrato social en el que se utilizaban estilográficas de oro!

¡No era un marinero! ¡Ni un vagabundo! La estilográfica de lujo movía a pensar en ropa elegante. Debía de ser un «señor», como dicen en el campo.

Y en invierno, en Ouistreham, un señor no pasa desapercibido. Durante el día no podría abandonar la draga. Pero, por la noche, ¿no se dedicaría a hacer aquello para lo que había venido?

Maigret, malhumorado, se había resignado a montar guardia. Una tarea de joven inspector. Horas y horas bajo la fina lluvia, escrutando las alambicadas sombras de la draga.

Nada había sucedido. Nadie había abandonado el barco. Había despuntado el día y ahora el comisario, malhumorado por no poder tomar un baño caliente, contemplaba la cama preguntándose si dormiría unas horas.

Entró el dueño con el café.

—¿No se acuesta usted?

—No lo sé. ¿Podría usted llevar un telegrama a correos?

Era una orden para el brigada Lucas, con quien solía trabajar, para que acudiera a reunirse con él, pues a Maigret no le apetecía volver a montar guardia la noche siguiente.

Desde la ventana abierta se dominaba el puerto, la casa del capitán Joris, los bancos de arena de la bahía, que la bajamar dejaba al descubierto.

Mientras Maigret redactaba el telegrama, el hotelero miraba hacia fuera y comentó, como de pasada:

—Vaya, la muchacha del capitán sale de paseo.

El comisario alzó la cabeza y vio cómo Julie cerraba la verja y caminaba muy rápido rumbo a la playa.

—¿Qué hay por esa zona?

—¿A qué se refiere usted?

—¿Adónde se puede ir? ¿Hay casas?

—¡Nada! Sólo la playa, adonde no va nadie porque está cortada por el rompeolas y hay charcos de limo.

—¿No hay camino ni carretera alguna?

—¡No! Llegas a la desembocadura del Orne y a lo largo del río son todo marismas. ¡Ah, sí! En las marismas están los chozos para cazar patos.

Maigret salió con el ceño fruncido. Cruzó el puente a grandes zancadas y, cuando llegó a la playa, Julie le llevaba sólo doscientos metros de ventaja.

Aquello estaba desierto. En la niebla no había más seres vivos que las gaviotas, que volaban gritando. A la derecha, dunas, por las que se internó el comisario para no ser visto.

Hacía fresco. El mar estaba tranquilo. La franja blanca de la orilla se desplomaba a ritmo de respiración, produciendo un ruido de conchas trituradas.

Julie no paseaba. Caminaba rápido, apretando muy fuerte contra ella su abrigo negro. No había tenido tiempo, desde la muerte de Joris, de hacerse ropa de luto. Así pues, llevaba las prendas negras o más oscuras que tenía, como ese abrigo pasado de moda o ese sombrero de alas vueltas.

Como se le hundían los pies en la arena, andaba de manera descompasada. Se giró dos veces, pero no pudo ver a Maigret, oculto tras los picos de las dunas.

Por fin, aproximadamente a un kilómetro de Ouistreham, torció a la derecha, tan bruscamente que estuvo a punto de descubrir al comisario.

Pero no se dirigía hacia un chozo, como pensó al principio Maigret. No se veía un alma en aquel paraje de ásperos hierbajos y arena.

Se trataba de una pequeña construcción en ruinas, a la que le faltaba todo un lienzo de pared. Frente al mar, a cinco metros del lugar donde debían de batir las olas durante las mareas vivas, se alzaba una ermita, construida sin duda hacía siglos.

La bóveda era de medio punto. La pared derruida permitía ver el grosor de las demás: cerca de un metro de piedra.

Julie entró, se dirigió hacia el fondo de la ermita y Maigret oyó remover objetos menudos, casi con toda seguridad conchas.

Dio unos pasos sin hacer ruido. Divisó, en la pared del fondo, una pequeña hornacina cerrada con una reja. Al pie de la hornacina, había una especie de minúsculo altar, y Julie, inclinada, buscaba algo.

Se giró de improviso, reconoció al comisario, que no tuvo tiempo de ocultarse, y dijo atropelladamente:

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Y usted?

—He..., he venido a rezarle a Nuestra Señora de las Dunas.

Estaba tensa. Todo en ella dejaba traslucir que ocultaba algo. No había debido de dormir mucho aquella noche, pues tenía los ojos enrojecidos. Y dos mechones de su cabello despeinado escapaban del sombrero.

—¡Ah!, ¿es una ermita consagrada a Nuestra Señora de las Dunas?

En efecto, en la hornacina, detrás de la reja, había una estatua de la Virgen, tan vieja, tan deshecha, que no era sino una forma vaga.

Entorno a la hornacina, en la piedra, los visitantes habían escrito con lápiz, con navaja o con un canto puntiagudo, palabras que se entrecruzaban: «Para que Denise apruebe el examen», «Nuestra Señora de las Dunas, haz que Jojo aprenda pronto a leer», «Dale salud a toda la familia y sobre todo a los abuelos». También había inscripciones más profanas. Corazones con flechas atravesadas: «Robert y Jeanne, para siempre».

Briznas secas que habían sido flores permanecían prendidas en la reja. Pero aquella ermita habría sido una de tantas, de no ser por las conchas



amontonadas en las ruinas del altar.

Las había de todas las formas. Y en todas aparecían cosas escritas, a lápiz las más de las veces. Letras torpes de niño o de gente sencilla, algunas más desinhibidas. «Que sea buena la pesca en Terranova y que papá no tenga que volver allí».

El suelo era de tierra batida. Por la brecha se veía la arena de la playa, el mar plateado en la atmósfera transparente. Y Julie, que no sabía qué cara poner, lanzaba a su pesar amedrentadas miradas a las conchas.

—¿Ha traído usted una? —preguntó Maigret.

La muchacha negó con la cabeza.

—Cuando yo llegué, usted estaba removiéndolas. ¿Qué buscaba?

—Nada. Me...

—¿Le...?

—¡Nada!

Y adoptó una expresión obcecada, apretando más el abrigo contra ella.

Ahora fue Maigret quien hurgó en las conchas. Fue cogiéndolas una a una y leyendo lo que llevaban escrito. De pronto sonrió. En una gran concha, leyó:

Nuestra Señora de las Dunas, haz que mi hermano lo logre y seamos todos felices.

Una fecha: «13 de septiembre». En otras palabras, ¡ese primitivo exvoto había sido llevado allí tres días antes de que desapareciera el capitán Joris!

Y Julie había venido para llevárselo.

—¿Qué buscaba usted?

—¿Y a usted qué le importa?

No apartaba los ojos de su concha. Parecía como si fuese a saltar sobre Maigret para arrancársela de las manos.

—¡Devuélvame! ¡Déjela donde estaba!

—Sí, la dejaré donde estaba, pero también ha de dejarla usted. ¡Venga! Charlaremos un rato mientras volvemos.

—No tengo nada que decir.

Echaron a andar, inclinados hacia delante por la arena blanda en la que se hundían los pies. El frío les enrojecía la nariz y la piel les relucía.

—Su hermano nunca ha hecho nada bueno, ¿verdad?

La muchacha no contestó. Miraba la playa frente a ella.

—Hay cosas que no es posible ocultar. Y no me refiero a..., a lo que lo llevó al presidio...

—¡Ya estamos! ¡Siempre lo mismo! Dentro de veinte años seguirán diciendo...

—¡Que no, Julie! ¡Que no! Louis es un buen marinero. Y, según dicen, un marinero extraordinario, capaz de ocupar el puesto de segundo de a bordo. Pero de vez en cuando se emborracha con los primeros que encuentra y hace tonterías, no regresa al barco y se pasa semanas vagabundeando sin trabajar, ¿no es así? En esos casos recurre a usted. A usted y, todavía hace unas semanas, a Joris. Luego pasa otra temporada tranquilo y trabajando honradamente.

—¿Y qué?

—¿Cuál era ese proyecto que deseaba usted que le saliese bien el 13 de septiembre?

Julie se detuvo y lo miró a la cara. Se la veía mucho más tranquila. Había tenido tiempo para meditar. Y se reflejaba en sus pupilas una seductora gravedad.

—Ya sabía yo que eso traería una desgracia. Sin embargo, sepa que mi hermano no ha hecho nada. Le juro que, si hubiera matado al capitán, yo habría sido la primera en pagarle con la misma moneda. —Había una sorda vehemencia en su voz—. Sólo que hay coincidencias. Y lo del presidio, que sale siempre a la luz... Basta con que uno cometa una falta para que le acusen de todo lo que ocurra después.

—¿Cuál era el proyecto de Louis?

—No era un proyecto. Era algo de lo más sencillo. Había conocido a un señor muy rico, no recuerdo ya si en Le Havre o en Inglaterra. No me dijo cómo se llamaba. Ese señor, que estaba harto de vivir en tierra firme y quería comprar un yate para viajar, recurrió a Louis para que le encontrase un barco. —Seguían parados en la playa; desde allí, lo único que se veía de Ouistreham era el faro, de color blanco crudo, destacándose en un cielo más pálido—. Louis se lo comentó al patrón porque, desde hace algún tiempo, por lo de la crisis, Lannec quiere vender el *Saint-Michel*. ¡Eso es todo! El *Saint-Michel* es el mejor barco de cabotaje que se puede encontrar para

convertirlo en yate. Primero mi hermano tenía que cobrar diez mil francos si se hacía la operación. Luego, el comprador habló de contratarlo como patrón, como hombre de confianza.

Lamentó haber pronunciado estas últimas palabras que podían prestarse a ironía, escudriñó una sonrisa en el rostro de Maigret y pareció agradecerle que no dijera: «Un presidiario, ¡hombre de confianza!».

No. Maigret meditaba. Le sorprendía la simplicidad de aquel relato: era tan simple que poseía un emocionante atisbo de verdad.

—¿No sabe usted quién es el comprador?

—No lo sé.

—¿Dónde iban a volver a verse su hermano y él?

—No lo sé.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Parece ser que las reformas debían hacerse en Noruega y que, dentro de un mes, el barco saldría hacia el Mediterráneo, rumbo a Egipto.

—¿Un francés?

—No lo sé.

—¿Y ha venido usted hoy a Nuestra Señora de las Dunas a recoger su concha?

—Sí. Pensé que si la encontraban, se malinterpretaría. Confiese que no me cree.

Maigret, en vez de contestar, preguntó:

—¿Ha visto usted a su hermano?

La muchacha se sobresaltó.

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche, o esta mañana.

—¿Está aquí Louis?

Eso parecía asustarla, desconcertarla.

—Ha llegado el *Saint-Michel*.

Esas palabras la tranquilizaron un poco, como si temiese ver aparecer a su hermano sin la goleta.

—Entonces, ¿ha ido a Caen?

—No. Ha dormido en una de las dragas.

—¡Caminemos! Tengo frío.

La brisa procedente del mar era cada vez más fresca y el cielo continuaba encapotándose.

—¿Acostumbra a dormir en barcos viejos?

Julie no contestó. La conversación decayó por sí sola. Caminaron sin oír más ruido que el crujir de la arena que se amontonaba bajo sus pies. Y las pulgas de mar crepitan ante ellos, incomodadas en su festín de algas traídas por la marea.

Dos imágenes se yuxtaponían en la memoria de Maigret: «Yate... Estilográfica de oro...».

Y en su cerebro se efectuaba un trabajo maquinal. La estilográfica resultaba difícilmente explicable, porque no encajaba con el *Saint-Michel*, ni con su tripulación más o menos astrosa. «Yate... Estilográfica de oro...».

¡Era más lógico! Un hombre rico, de cierta edad, que busca un yate para viajar y pierde una estilográfica de oro.

Sólo quedaba por aclarar por qué ese hombre, en vez de entrar en el puerto con la goleta, abandonaba ésta a bordo del bote, trepaba a la escollera e iba a ocultarse a una draga medio inundada.

—La noche de la desaparición de Joris, cuando fue a verla su hermano, ¿no le habló del comprador? ¿No le dijo, por ejemplo, que éste se hallaba a bordo?

—No. Sólo me comentó que el negocio estaba casi concluido.

Habían llegado al pie del faro. La casa de Joris estaba allí, a la izquierda, y en el jardín se veían aún flores plantadas por el capitán.

El semblante de Julie se ensombreció; desanimada, miró a su alrededor como quien no sabe qué hacer ya en la vida.

—Sin duda la convocará el notario para el testamento. Es usted rica.

—¡Monsergas! —dijo ella secamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo sabe muy bien. Todas esas mentiras sobre una fortuna... El capitán no era rico.

—¿Cómo lo sabe?

—No me ocultaba nada. Si hubiera tenido tantos miles de francos, me lo habría dicho. ¡Y no habría dudado, el invierno pasado, en comprarse una

escopeta de caza de dos mil francos! Con lo mucho que le apetecía... Vio la del alcalde y preguntó el precio.

Llegaron a la verja.

—¿Pasa usted, comisario?

—No. Tal vez venga a verla luego.

La joven vacilaba ante la perspectiva de quedarse sola en la casa.

Dos horas sin gran interés. Maigret deambuló entorno a la draga como un paseante dominguero que contempla con respeto instintivo un espectáculo misterioso para él. Había tubos de grueso diámetro, cestas, cadenas, cabestrantes...

Hacia las once tomó el aperitivo con los del puerto.

—¿Alguien ha visto a Grand-Louis?

Lo habían visto, muy de mañana. Se había tomado dos copas de ron en la taberna y había desaparecido por la carretera.

Maigret tenía sueño. Quizá se había resfriado por la noche. Sea como fuere, su ánimo era el de quien está incubando una gripe. Se le notaba en sus ademanes, en su rostro, que parecía menos enérgico.

No le prestó importancia, lo que tuvo por consecuencia acrecentar la inquietud ambiental. Sus compañeros le miraban de soslayo. Reinaba una suerte de apatía. El capitán Delcourt preguntó:

—¿Qué hago con el bote?

—¡Amárrelo en cualquier sitio! —Maigret hizo otra pregunta poco hábil —: ¿No ha visto nadie a un forastero esta mañana, por la calle? ¿Nadie ha notado nada anormal por la zona de las dragas?

¡No habían visto nada! Pero una vez dicho eso, esperaban ver algo.

Resultaba curioso: ¡todo el mundo esperaba que ocurriera una tragedia! Se trataba de un presentimiento; tal vez sentían que el ciclo de acontecimientos no estaba completo, que faltaba un eslabón de la cadena.

Se oyó la sirena de un barco reclamando entrar en la esclusa, y los hombres se levantaron. Maigret se dirigió cansinamente a correos, por si había algo para él. Un telegrama de Lucas anunciaba su llegada a las dos y diez minutos.

A esa hora, el trenecito que recorre el canal, de Caen a Ouistreham, semejante a un juguete, con sus vagones modelo 1850, se anunció a lo lejos, deteniéndose ante el puerto en medio de un estrépito de silbidos de vapor y frenos.

Bajó Lucas, tendiéndole la mano, sorprendido de la hosca expresión de Maigret.

—¿Cómo va eso?

—¡Bien!

Pese a la jerarquía, Lucas no pudo por menos que echarse a reír.

—¡Pues no lo parece! Por cierto, ¿sabe usted que no he comido?

—Ven al hotel. Allí te darán algo.

Se sentaron en el comedor grande y el dueño les sirvió. Ambos hombres hablaban a media voz. El hotelero parecía aguardar el momento de intervenir.

Al traer el queso, se le antojó propicia la ocasión y espetó:

—¿Sabe lo que le ha ocurrido al alcalde?

Maigret se estremeció, y se puso tan nervioso que el dueño se quedó desconcertado.

—Nada grave. Hace un rato, al bajar la escalera, en su casa, se cayó. No sé qué le pasó exactamente, pero le ha quedado la cara tan deformada que ha tenido que meterse en la cama.

Entonces Maigret tuvo una intuición. Ése era el término idóneo, pues su aguda mente recompuso el acontecimiento en menos de un segundo.

—¿Sigue en Ouistreham Madame Grandmaison?

—No. Se ha marchado esta mañana temprano con su hija. Supongo que habrá ido a Caen, ha cogido el coche.

A Maigret se le había curado la gripe.

—¿Vas a pasarte mucho rato comiendo? —preguntó a Lucas.

A lo que éste replicó plácidamente:

—Claro, cuando se tiene el estómago lleno resulta horrible ver a alguien con apetito. Pongamos que en tres minutos acabo. ¡Jefe, no se lleve aún el *Camembert*!

## La caída en la escalera

El hotelero no había mentido, pero la noticia, tal como la había explicado, resultaba un tanto exagerada: Grandmansion no estaba en la cama.

Cuando, tras mandar a Lucas a vigilar la draga, Maigret se encaminó hacia la casa del alcalde, divisó tras la ventana principal una figura en la pose clásica del enfermo obligado a guardar reposo.

No se distinguían los rasgos. Pero, a todas luces, se trataba del alcalde.

En la habitación, cerca de él, había alguien de pie, un hombre, tampoco identificable.

Cuando Maigret llamó, en el interior se produjo más ajeteo del necesario para abrir una puerta. Apareció por fin la sirvienta, una mujer de mediana edad y bastante huraña. Debía de sentir un inconmensurable desprecio hacia todos los visitantes, pues ni se molestó en despegar los labios.

Una vez abierta la puerta, la sirvienta subió los escasos escalones que conducían al vestíbulo, dejando a Maigret el cuidado de cerrar la puerta de entrada. Ella, a continuación, llamó a una puerta de dos batientes y se hizo a un lado, mientras el comisario entraba en el despacho del alcalde.

Había algo raro en todo aquello. No resultaba violentamente extraño, pero había pequeños detalles que chocaban, y reinaba una atmósfera un tanto anormal.

La casa era grande, casi nueva, de un estilo que se ve con frecuencia en los lugares de playa.

No obstante, teniendo en cuenta la fortuna de los Grandmansion, propietarios de la mayoría de las acciones de la Compañía Anglonormanda, cabía esperar más riqueza.

Quizá reservaran el lujo para la casa de Caen.

Maigret había dado tres pasos cuando se oyó una voz:

—Venga usted por aquí, comisario. —La voz procedía de la ventana. Grandmaison se hallaba recostado en un amplio sillón de cuero, con las piernas apoyadas en una silla. Se le veía mal al contraluz, pero se distinguía un pañuelo anudado al cuello, en vez del cuello postizo, y con una mano se ocultaba la mitad izquierda del rostro—. Siéntese.

Maigret contorneó la estancia, para ir a situarse enfrente mismo del armador, donde al final se acomodó. Le costó reprimir una sonrisa, pues el espectáculo lo sorprendió.

La mejilla izquierda de Grandmaison, que la mano no acertaba a ocultar por completo, estaba tumefacta, el labio hinchado. Pero lo que más se esforzaba en camuflar el alcalde era un ojo rodeado de un amplio cerco negro.

No hubiera resultado cómico si el armador no se hubiera empeñado a toda costa en conservar intacta su dignidad. No chistaba. Miraba a Maigret con agresivo recelo.

—¿Viene a comunicarme los resultados de su investigación?

—No. Verá: usted me recibió tan amablemente el otro día, con los señores del juzgado, que he querido venir para agradecerle su acogida.

En esos casos, el rostro de Maigret jamás reflejaba un asomo de ironía. Al contrario.

Cuanto más se guaseaba, más se petrificaban sus rasgos en una expresión grave.

Recorría con los ojos el despacho. Planos de cargueros y fotografías de los barcos de la Anglonormanda cubrían las paredes. Los muebles eran corrientes, de caoba de buena calidad, pero sin más. Sobre el escritorio había carpetas, cartas, telegramas.

Por último, observó el *parquet* barnizado, por cuya lisa superficie sus ojos parecían pasearse con complacencia.

—Parece ser que ha tenido usted un accidente, señor alcalde.

El otro suspiró, moviendo las piernas.

—Un trapiés, al bajar la escalera —rezongó.

—¿Esta mañana? ¡Menudo susto se llevaría Madame Grandmaison!

—Mi mujer se había marchado ya.



—Claro, no hace buen tiempo para estar en la costa. A no ser que le guste a uno cazar patos... Supongo que Madame Grandmaison estará en Caen con su hija.

—En París.

El armador vestía sin rebuscamiento. Pantalón oscuro, batín cubriendo una camisa de franela gris y zapatillas de fieltro.

—¿Qué había al pie de la escalera?

—¿A qué se refiere?

—¿Encima de qué cayó usted?

Una mirada biliosa. Una respuesta seca:

—Pues... en el suelo.

¡Era falso, totalmente falso! No le deja a uno el ojo morado una caída en el suelo. Y, sobre todo, no deja luego en el cuello señales de estrangulación.

Y cuando se movía un poco el pañuelo, Maigret veía perfectamente las equimosis que el alcalde pretendía ocultarle.

—Estaba usted solo en casa, naturalmente.

—¿Por qué naturalmente?

—¡Porque los accidentes ocurren siempre cuando no tiene uno a nadie para socorrerle!

—La sirvienta había ido al mercado.

—¿Estaba solamente ella aquí?

—Tengo también un jardinero, pero tenía que hacer compras en Caen.

—Debió de pasarlo usted muy mal.

El alcalde se sentía inquieto, debido precisamente a la gravedad de Maigret, cuya voz era casi afectuosa.

Sólo eran las tres y media. Con todo, empezaba a anochecer y la penumbra invadía la habitación.

—Con su permiso —se excusó Maigret.

Sacó la pipa del bolsillo.

—Si quiere usted puros, tiene encima de la chimenea.

Había un montón de cajas. En una bandeja, una botella de armañac añejo. Las altas puertas eran de pitchpín barnizado.

—¿Y su investigación?

Vago además de Maigret, quien procuraba no mirar la puerta que comunicaba con el salón, animada por un misterioso temblor.

—¿Ningún resultado?

—Ninguno.

—¿Quiere que le dé mi opinión? Pues bien, el error ha sido imaginar que es un asunto complicado.

—¡Por supuesto! —gruñó Maigret—. Como si los acontecimientos presentaran la menor complicación. Cierta noche desaparece un hombre y se pasa más de un mes sin dar señales de vida. Al cabo de seis semanas reaparece en París con la cabeza rajada, recompuesta y sin memoria. Lo llevan a su casa y muere envenenado esa misma noche. Entretanto, desde Hamburgo, le ingresan trescientos mil francos en su cuenta. ¡Sencillísimo! ¡Clarísimo!

Ahora ya no había lugar a error, pese al tono bondadoso del comisario.

—En cualquier caso —replicó el alcalde—, quizás el asunto sea más sencillo de lo que cree usted. Y suponiendo que sea muy misterioso, sería preferible, a mi entender, no crear deliberadamente un ambiente de angustia. Con tanto hablar de esas cosas en ciertas tabernas, lo único que se logra es trastornar cerebros ya muy tocados por el consumo del alcohol. — El alcalde había fijado en Maigret una mirada dura, inquisidora. Hablaba lentamente, recalcando las sílabas, y parecía iniciar una especie de acusación—. ¡En cambio, la policía no ha pedido ni la menor información a las autoridades competentes! Yo, que soy el alcalde, no sé nada de lo que está ocurriendo en el puerto.

—¿Lleva alpargatas su jardinero?

El alcalde miró sobresaltado el *parquet*, en cuya superficie encerada se veían rastros de pasos. El dibujo de las suelas de esparto se distinguía con nitidez.

—¡Yo qué sé!

—Disculpe que le haya interrumpido, es que me había venido una idea a la cabeza... ¿Decía usted...?

Pero se había roto el hilo del discurso. Grandmaison rezongó:

—¿Quiere usted pasarme la caja de puros que está ahí arriba?... Eso es. Gracias. —Encendió uno y exhaló un suspiro de dolor porque abría

demasiado las mandíbulas—. En definitiva, ¿en qué punto está usted? No es posible que no haya obtenido alguna información interesante.

—¡Poca cosa!

—Es curioso, porque esa gente del puerto no suele carecer de imaginación, sobre todo después de algunas copas.

—Imagino que habrá enviado usted a Madame Grandmaison a París para ahorrarle el espectáculo de todos estos dramas. Y de los que aún pueden estallar...

No era una lucha. Con todo, se advertían, por una y otra parte, intenciones hostiles. Quizás ello se debiera sencillamente a la clase social que encarnaban ambos hombres.

Maigret se codeaba con los escluseros y los marineros de La Buvette de la Marine.

El alcalde recibía a los del juzgado con té, licores y pastas.

Maigret era un hombre a secas, sin que pudiera endosársele etiqueta alguna.

Grandmaison pertenecía a un estrato social muy determinado. Era el capitoste del pueblo, el representante de una antigua familia burguesa, el armador cuyos negocios son florecientes y que goza de sólida reputación.

Ciertamente, sus modales eran gustosamente democráticos e interpelaba a sus convecinos por las calles de Ouistreham. Pero esa democracia era condescendiente, ¡electoral! Formaba parte de una línea de conducta premeditada.

Maigret producía una impresión de solidez casi sobrecogedora. Grandmaison, con su cara sonrosada y regordeta, perdió en seguida sus aires imperiosos y dejó traslucir su desconcierto.

Y para recobrar la autoridad, se enfadaba.

—Comisario Maigret... —comenzó. Y era ya indescriptible su manera de pronunciar aquellas dos palabras—. Comisario Maigret, me permito recordarle que, como alcalde que soy...

El comisario se levantó con tanta naturalidad que su interlocutor abrió los ojos de par en par. Caminó hacia una de las puertas, abriéndola con la mayor tranquilidad del mundo.

—Pase usted de una vez, Louis. ¡Resulta irritante ver una puerta moviéndose sin cesar y oírle a usted respirando detrás!

Si el comisario había esperado un golpe de teatro, debió de sentirse defraudado. Grand-Louis obedeció, entró en el despacho, con los hombros y la cabeza ladeados, como siempre, y se puso a mirar fijamente hacia el techo.

Su actitud era la de un hombre que se ve de pronto en una situación delicada y, a la vez, la de un marinero a quien introducen en la mansión de un personaje rico e importante.

El alcalde, por su parte, fumaba su puro a grandes bocanadas, mirando al frente.

Apenas se veía. Fuera ya se había encendido una farola.

—¿Permite usted que encienda una luz? —inquirió Maigret.

—Un momento. Corra primero las cortinas. No hace falta que los transeúntes... Eso es, el cordón de la izquierda, despacio.

Grand-Louis, de pie en medio de la estancia, no se movía. Maigret dio el interruptor, caminó hacia la estufa y la atizó con gesto maquinal.

Era su manía. Otra, cuando estaba preocupado, era quedarse de espaldas a la lumbre, con las manos atrás, hasta que le ardía el espinazo.

¿Se había producido algún cambio sustancial en la situación? Sea como fuere, Grandmaison fijaba una mirada un tanto burlona en el comisario, que en esos momentos reflexionaba profundamente.

—¿Estaba aquí Grand-Louis en el momento de su..., de su accidente?

—¡No! —exclamó el alcalde con voz seca.

—¡Lástima! Al caerse por la escalera, hubiera podido usted, por ejemplo, caer sobre su puño...

—Y eso le hubiera permitido a usted acrecentar la angustia de la gente en los tabernuchos del puerto, contando historias rocambolescas... Mire, más vale que pongamos punto final a esto, ¿no le parece, comisario? Somos dos, dos hombres, los que nos ocupamos de esta tragedia. Viene usted de París, me trae de allí al capitán Joris en un estado lamentable, y todo induce a pensar que no fue en Ouistreham donde le ajustaron las cuentas. En fin,

estaba usted en el pueblo cuando le mataron, y dirige usted la investigación como le da la gana... —La voz era incisiva—. Hace ya diez años que soy el alcalde de Ouistreham. Conozco a mis convecinos, me considero responsable de cuanto les suceda. Y, en mi calidad de alcalde, soy, al mismo tiempo, jefe de la policía local. ¡Pues bien! —Se interrumpió un instante para aspirar una bocanada del puro cuya ceniza se desprendió, desparramándose por su batín—. Mientras usted se va a la taberna, yo trabajo, mal que le pese.

—Y manda usted comparecer a Grand-Louis...

—Mandaré comparecer a otros si me da la gana. Y ahora, supongo que no tiene ya nada importante que comunicarme.

Se levantó, con las piernas un poco entumecidas, para acompañar a su visitante hacia la puerta.

—Espero —murmuró Maigret— que no le importe que me acompañe Louis. Le interrogué ayer por la noche, pero me quedan unas cosillas que preguntarle.

Grandmaison dio a entender que le daba igual. Pero Grand-Louis, inmóvil, miraba fijamente al suelo, como si se hubiera quedado clavado.

—¿Viene usted?

—¡No! Luego.

Era un gruñido, como todas las frases del hermano de Julie.

—Como puede usted observar —dijo el alcalde—, yo no me opongo en absoluto a que le acompañe. Luego no me acuse de que le pongo impedimentos. He mandado comparecer a Grand-Louis para que me informe sobre ciertos puntos y, si él insiste en quedarse, será porque tiene algo más que decirme.

En ese momento se respiraba angustia en el ambiente.

Y no sólo en el ambiente. Y no sólo angustia. Era casi pánico lo que se leía en los ojos del alcalde.

Grand-Louis sonreía, con una vaga sonrisa de bruto satisfecho.

—Le espero fuera —le dijo el comisario.

Pero no obtuvo respuesta. El alcalde articuló:

—Hasta la vista, señor comisario.

La puerta estaba abierta. La sirvienta acudió de la cocina y, en silencio, enfurruñada, precedió a Maigret hasta la puerta y la cerró tras él.

La carretera estaba desierta. A cien metros, una luz en la ventana de una casa; más allá, otras luces, dispersas a lo lejos, pues las casas de la carretera de Riva-Bella están circundadas de amplios jardines.

Maigret dio unos pasos con las manos en los bolsillos y la espalda encorvada; llegó al extremo de la verja del jardín, más allá de la cual se extendía un descampado.

Esa zona de Ouistreham se levantaba a lo largo de la duna. Rebasados los jardines, tan sólo había arena y hierbas.

Una figura en la oscuridad. Una voz:

—¿Es usted, comis...?

—¿Lucas?

Se acercaron vivamente el uno al otro.

—¿Qué haces aquí?

Lucas no perdía de vista el cercado.

—Es el hombre de la draga.

—¿Ha salido?

—Está ahí.

—¿Desde hace tiempo?

—Apenas unos quince minutos. Detrás mismo de la casa.

—¿Ha trepado por la verja?

—No. Parece como si estuviera esperando a alguien. Oí que venía usted y me acerqué a ver.

—Llévame hasta allí.

Rodearon el jardín y llegaron detrás de la casa. Lucas soltó un juramento.

—¿Qué te pasa?

—Ha desaparecido.

—¿Estás seguro?

—Estaba junto a los tamariscos.

—¿Crees que ha entrado?

—No lo sé.

—Quédate aquí. No te muevas, pase lo que pase.

Maigret corrió hacia la carretera. No vio a nadie. Un rayo de luz se filtraba por la ventana del despacho, pero no había manera de trepar hasta el antepecho.

No se lo pensó dos veces. Cruzó el jardín y llamó al timbre. La sirvienta abrió casi de inmediato.

—Creo que me he olvidado la pipa en el despacho del señor alcalde.

—Iré a mirar.

Lo dejó solo en el umbral; no bien hubo desaparecido la sirvienta, el comisario entró, subió los escalones sin hacer ruido y echó un vistazo en el despacho.

El alcalde seguía en el mismo sitio, con las piernas extendidas. Le habían acercado un velador. Grand-Louis estaba sentado al otro lado del velador. Y, entre ambos, un tablero de damas.

El ex presidiario movió una ficha y gritó:

—Le toca a usted.

Y el alcalde, mirando con impaciencia a la criada, que seguía buscando la pipa, masculló:

—Ya ve usted que no está aquí. ¡Dígale al comisario que la habrá perdido en otro sitio! Le toca a usted, Louis.

Y Louis, con tono campechano, seguro de sí mismo, ordenó:

—Luego sírvanos algo de beber, Marguerite.

## El director de orquesta

Cuando Maigret salió de la casa, Lucas comprendió que se avecinaba una tormenta. El comisario estaba furioso. Miraba fijamente hacia delante con cara de no ver nada.

—¿No has dado con él?

—Creo que no merece la pena buscar. Habría que organizar una batida para atrapar a cualquiera que se oculte en las dunas.

Maigret se había abrochado el abrigo hasta el cuello, tenía las manos hundidas en los bolsillos y mordisqueaba la pipa.

—¿Ves ese resquicio en las cortinas? —le preguntó señalando la ventana del despacho—. ¿Y ves ese muro pequeño, enfrente mismo? Bueno, pues si subes al muro, podrás ver algo por el resquicio.

Lucas estaba casi tan gordo como él, aunque era más bajo. Trepó al muro suspirando, mientras observaba la carretera por ambos lados para asegurarse de que no pasaba nadie.

Con la noche se había levantado viento, un viento procedente del mar que arreciaba a cada minuto y sacudía los árboles.

—¿Ves algo?

—No soy lo bastante alto. Me faltan quince o veinte centímetros.

Maigret, sin abrir la boca, echó a andar hacia unas piedras amontonadas al borde de la carretera y volvió con unas cuantas.

—Prueba ahora.

—Veo la punta de la mesa, pero aún no alcanzo a ver quién hay.

El comisario fue a buscar más piedras.

—¡Ahora sí! Están jugando a las damas. La criada les lleva vasos humeantes, supongo que grogs.

—¡Quédate ahí!



Y Maigret, por su parte, se puso a caminar a lo largo y a lo ancho por la carretera. La Buvette de la Marine y el puerto estaban a cien metros. Pasó la camioneta del panadero. El comisario estuvo a punto de pararla para cerciorarse de que no se ocultaba nadie en ella, pero se encogió de hombros.

Hay operaciones en apariencia muy sencillas que resultan prácticamente imposibles. Por ejemplo, buscar al hombre que se había eclipsado de repente detrás de la casa del alcalde. ¿Buscarlo por las dunas, en la playa, por el puerto y en el pueblo? ¿Cortarle todas las salidas? No bastarían veinte gendarmes y, si el hombre era inteligente, de todas formas lograría escapar.

No sabía quién era ni qué aspecto tenía.

El comisario regresó al muro sobre el que Lucas seguía de pie, en una incómoda postura.

—¿Qué hacen?

—Siguen jugando.

—¿Y hablan?

—No abren la boca. El ex presidiario está acodado en la mesa y va por el tercer grog.

Al cabo de un cuarto de hora, se oyó un timbre desde la carretera. Lucas llamó al comisario.

—Una llamada telefónica. El alcalde quiere levantarse, pero Grand-Louis ha descolgado el teléfono.

No podía oírse lo que decía. Pero Grand-Louis parecía satisfecho.

—¿Ha colgado ya?

—Se ponen a jugar otra vez.

—¡No te muevas!

Maigret se alejó rumbo a la taberna. Como todas las noches, había algunos hombres jugando a las cartas y quisieron invitar al comisario a tomar una copa.

—Ahora no. ¿Tienen teléfono, señorita?

El aparato estaba colgado en la pared de la cocina. Una vieja limpiaba pescado.

—¡Óigame! ¿Oficina de Correos de Ouistreham? ¡Policía! ¿Puede usted decirme quién acaba de llamar al número del alcalde, por favor?

—Ha sido una llamada de Caen.

—¿Qué número?

—El 122. Es la cantina de la estación de ferrocarril.

—Muchas gracias.

Permaneció un buen rato de pie, en medio de la taberna, ajeno a cuanto le rodeaba.

—Hay doce kilómetros de aquí a Caen —murmuró de súbito.

—¡Trece! —rectificó el capitán Delcourt, que acababa de llegar—. ¿Cómo va eso, comisario?

Maigret no oyó.

—O sea, media hora en bicicleta.

Recordó que los escluseros, que vivían casi todos en el puerto, acudían al trabajo en bicicleta, y que éstas permanecían todo el día frente a la taberna.

—¿Quiere usted comprobar si falta alguna bicicleta?

A partir de ese momento fue como un engranaje. El cerebro de Maigret trabajó como una rueda dentada que encajaba exactamente con los acontecimientos.

—¡Demonio! ¡Falta mi bicicleta!

No se sorprendió, no pidió ninguna información, pero entró de nuevo en la cocina y descolgó el auricular:

—Póngame con la policía de Caen... Sí. Gracias. ¡Oiga! ¿El comisario de policía? Aquí, el comisario Maigret, de la Policía Judicial. ¿Queda algún tren para París?... ¿Cómo dice? ¿Ninguno hasta las once?... ¡No! Escuche. Haga el favor de tomar nota:

»Primero: asegúrense de que Madame Grandmaison, ¡sí, la mujer del armador!, ha salido realmente en coche hacia París.

»Segundo: comprueben si se ha presentado un desconocido en las oficinas o en el domicilio de los Grandmaison. ¡Sí, es fácil! Pero aún no he terminado. ¿Toma nota?

»Tercero: recorran los garajes de la ciudad. ¿Cuántos hay? ¿Unos veinte?... ¡Aguarde! Sólo interesan los que alquilan coches. Empiecen por los alrededores de la estación. Infórmense acerca de un individuo que haya alquilado un coche, con o sin chófer, para ir a París. O que haya comprado

un coche de segunda mano... ¡Oiga! ¡Espere, demonio! Es probable que haya dejado abandonada una bicicleta en Caen.

»¡Sí, eso es todo! ¿Dispone usted de bastantes agentes para hacer todo eso a la vez?... ¡Bien, conforme! En cuanto tenga la menor información, llámeme a La Buvette de la Marine, en Ouistreham.

La gente del puerto, que tomaba el aperitivo en la sala excesivamente caldeada, lo había oído todo y, cuando Maigret regresó, los rostros se veían graves, alterados.

—¿Cree usted que mi bicicleta...? —comenzó a decir un esclusero.

—¡Un grog! —pidió Maigret con voz seca.

No era ya el hombre que los días anteriores tomaba copas con ellos sonriendo cordialmente. Apenas los veía o los reconocía.

—¿Ha vuelto el *Saint-Michel* de Caen?

—Tiene prevista la llegada con la marea de la noche. Pero no sé si el tiempo le permitirá salir.

—¿Alguna tempestad?

—¡Un fuerte temporal, en cualquier caso! Y los vientos norlean, lo que no augura nada bueno. ¿Lo oye usted?

Aguzando el oído, se percibía una especie de martilleo, el de las olas batiendo los pilotes de la escollera. Y la borrasca hacía estremecerse la puerta de la taberna.

—Si por casualidad me llaman por teléfono, que vayan a avisarme a la carretera, a cien metros de aquí.

—¿Frente a la casa del alcalde?

A Maigret le costó mucho encender la pipa fuera. Los nubarrones que corrían bajos parecían aferrarse a la copa de los chopos que flanqueaban la carretera. A cinco metros no se veía al brigada Lucas, de pie sobre el muro.

—¿Nada nuevo?

—Ya no juegan. Louis ha puesto cara de estar harto y ha revuelto las fichas.

—¿Qué hacen?

—El alcalde está medio tumbado en el sillón. El otro fuma puros y bebe grogs. Ha despedazado ya una decena de puros, con cara socarrona, como para sulfurar al otro.

—¿Cuántos grogs?

—Cinco o seis.

Maigret sólo veía una delgada rendija luminosa en la fachada. Unos obreros volvían del trabajo en bicicleta, camino del pueblo. Luego apareció la carreta de un labriego. Éste, al vislumbrar gente en la oscuridad, azuzó al caballo e, inquieto, se giró varias veces.

—¿Y la sirvienta?

—No se la ve. Estará en la cocina. ¿Tengo que quedarme mucho rato aquí? Si es así, haga el favor de acercarme alguna piedra más, para que no tenga que ponerme de puntillas.

Maigret se las llevó. El estruendo del mar se dejaba oír cada vez más nítido. Las olas, en la playa, debían de ser de dos metros y sin duda rompían sobre la arena formando espuma blanca.

Por la zona del puerto se abrió y se cerró una puerta. Era la de la taberna. Se perfiló una sombra, alguien intentó avanzar en la oscuridad. Maigret se dirigió hacia allá rápidamente.

—¡Ah!, es usted. Lo llaman por teléfono.

Era de Caen.

—¡Oiga! ¿Comisario Maigret?... ¿Cómo lo ha adivinado? Madame Grandmaison pasó por Caen esta mañana, venía de Ouistreham y se dirigía a París. Dejó a su hija en casa, con el aya. Salió en coche al mediodía. Por lo que respecta al desconocido, tenía usted razón: sólo hemos tenido que preguntar en un garaje, el que está frente a la estación. Un hombre fue allí en bicicleta. Quería alquilar un coche sin chófer, y le contestaron que eso no podía ser. El hombre parecía impaciente. Preguntó si al menos podía comprar un coche por la vía rápida, a ser posible de segunda mano. Le vendieron uno por veinte mil francos, que pagó al contado. El coche es amarillo, un modelo deportivo. Como todos los coches en venta, lleva la letra W.

—¿Saben qué dirección tomó?

—El hombre preguntó por la carretera de París, vía Lisieux y Evreux.

—Telefonee a la policía y a las gendarmerías de Lisieux, Evreux, Saint Germain, etcétera. Avise a París para que establezcan controles en todas las entradas, sobre todo en la Porte Maillot.

—¿Hay que detener el coche?

—¡Y a su ocupante, claro! ¿Tienen su descripción?

—Nos la ha dado el dueño del garaje: un hombre bastante alto, de mediana edad, con traje claro, elegante.

—La misma consigna que antes. Que me telefonen a Ouistreham en cuanto...

—Perdone. Van a dar las siete, y a esa hora deja de funcionar la línea con Ouistreham. A no ser que acuda usted a casa del alcalde.

—¿Por qué?

—Porque él tiene el número 1, y por la noche tiene línea directa con Caen.

—Ponga a alguien en la centralita de la oficina de correos. Si preguntan por el alcalde, que utilicen la estación de escucha. ¿Tienen coche?

—Uno pequeño.

—Bastará para venir a avisarme. Al mismo sitio que antes le dije, La Buvette de la Marine.

Al regresar Maigret, el capitán Delcourt aventuró:

—¿Persiguen al asesino?

—¡Qué sé yo!

Aquella gente no podía comprender que Maigret, tan cordial, tan amistoso los días anteriores, pudiera mostrarse ahora tan distante, incluso arisco.

Salió sin darles la menor información. Una vez fuera, se hundió de nuevo en el estruendo del mar y el viento. Tuvo que abrocharse el abrigo, sobre todo cuando cruzó el puente, que temblaba con la tormenta.

Se detuvo frente a la casa del capitán Joris, dudó un instante y pegó el ojo a la cerradura. En el extremo del pasillo, vio la puerta acristalada de la cocina, que estaba iluminada. Detrás de los cristales se vislumbraba una figura que iba y venía del fogón a la mesa.

Llamó. Julie se quedó inmóvil, con una fuente en la mano; dejó ésta, abrió la puerta y se acercó a la entrada.

—¿Quién es? —preguntó con voz angustiada.

—¡Comisario Maigret!

Abrió, haciéndose a un lado. Estaba nerviosa. Aún tenía los ojos enrojecidos. Lanzaba sin cesar miradas asustadas a su alrededor.

—Pase. Me alegro de que haya venido. ¡Si supiera usted el miedo que paso sola en la casa! Creo que no me quedaré aquí.

El comisario entró en la cocina, que estaba tan limpia y ordenada como de costumbre.

En la mesa, cubierta con un hule blanco, solamente había un tazón, pan y mantequilla. En el fogón, un cazo exhalaba un olor dulzón.

—¿Chocolate? —inquirió sorprendido Maigret.

—Como no estoy de humor para guisar para mí sola, estaba preparándome chocolate.

—Haga usted como si yo no estuviera. Coma.

Ella hizo algún mohín, y luego se resignó; llenó el tazón, en el que puso a remojar pedazos de pan untado con mantequilla, y se los comió con la cuchara, mirando frente a sí.

—¿Aún no ha venido a verla su hermano?

—¡No! No lo entiendo. Hace un rato me acerqué al puerto para ver si estaba allí. Los marineros, cuando no tienen nada que hacer, se pasan el día rondando por el puerto.

—¿Sabía usted que su hermano era amigo del alcalde?

Julie, desconcertada, se quedó mirándolo.

—¿Qué quiere usted decir?

—En este mismo momento están jugando a las damas.

La muchacha pensó que era una broma y, cuando Maigret le aseguró que era la pura verdad, se quedó pasmada.

—No lo entiendo.

—¿Por qué?

—Porque el alcalde no trata a la gente con tanta familiaridad. Además, sé que no le gusta Louis. Más de una vez ha intentado perjudicarlo. Incluso quería negarle la tarjeta de residencia.

—¿Y del capitán Joris?

—¿Qué?

—Monsieur Grandmaison, ¿era amigo del capitán?

—¡Como de todo el mundo! Va dando la mano a la gente por la calle, bromea, dice dos palabras sobre cualquier cosa, pero nada más. A veces, ya se lo he dicho, invitaba a mi señor a cazar. Pero lo hacía para no ir solo.

—¿Ha recibido ya la carta del notario?

—Sí. Me anuncia que soy legataria universal. ¿Qué quiere decir eso exactamente? ¿De verdad heredaré la casa?

—Y, por si fuera poco, ¡trescientos mil francos!

Julie siguió comiendo sin inmutarse; luego movió la cabeza y murmuró:

—No es posible, no hay motivo. Además, ya le dije que estoy segura de que el capitán jamás ha tenido trescientos mil francos.

—¿Dónde se sentaba?... ¿Comía en la cocina?

—Donde está usted, en la butaca de mimbre.

—¿Comían juntos?

—Sí. Yo me levantaba para servir la comida. Le gustaba leer el periódico mientras cenaba, y de vez en cuando leía un artículo en voz alta.

Maigret no estaba de humor para ponerse sentimental. Y, sin embargo, le desasosegaba la quietud del ambiente. El tictac del reloj parecía más lento que en cualquier otro sitio. El péndulo de cobre dibujaba reflejos en la pared de enfrente. Y ese olor dulzón del chocolate, el mimbre de la butaca que producía crujidos familiares al menor movimiento de Maigret, como había ocurrido cuando se sentaba en ella el capitán Joris...

A Julie le daba miedo estar sola en la casa. No obstante, no se decidía a marcharse. Y Maigret comprendía que algo la retuviera en aquel espacio tan íntimo.

La muchacha se levantó y se encaminó hacia la puerta. Maigret la siguió con los ojos. Era para dejar pasar al gato blanco, que se acercó a un platillo con leche colocado al pie de la estufa.

—¡Pobre gatito! —suspiró—. Su amo lo quería tanto... Después de cenar, *Minou* se le subía a las rodillas y ya no se movía hasta que el capitán se iba a la cama.

¡Una paz tan intensa que tenía algo de amenazador! ¡Una paz cálida y agobiante!

—¿De veras no tiene nada que decirme, Julie?

Ella alzó los ojos, interrogadores.

—Creo que estoy a punto de descubrir la verdad, y si me explica algo tal vez pueda ayudarme. Por eso le pregunto si no tiene nada que contarme.

—Le juro...

—¿Sobre el capitán Joris?

—¡Nada!

—¿Sobre su hermano?

—Nada, se lo juro.

—¿Sobre alguien que haya estado aquí y a quien no conozca usted?

—No le entiendo.

Seguía tomándose aquel brebaje demasiado azucarado cuya sola vista empalagaba a Maigret.

—¡Bueno! La dejo.

La decepción se pintó en el rostro de la muchacha. Volvía a quedarse sola. Una pregunta le ardía en los labios:

—Oiga, ¿y el entierro? Supongo que no tardarán mucho. Un muerto... se...

—Está en hielo —contestó el comisario con apuro.

A Julie la sacudió un fuerte escalofrío.

—¿Estás ahí, Lucas?

Reinaba tal oscuridad que no se veía nada. Y el estruendo de la tormenta sofocaba los demás ruidos. En el puerto, los hombres esperaban, cada uno en su puesto, la llegada de un barco de Glasgow cuya sirena se dejaba oír entre las escolleras y que había fracasado al intentar la maniobra.

—Aquí estoy.

—¿Qué hacen?

—Comen. Ya me gustaría a mí poder hacer lo mismo: gambas, almejas, una tortilla y algo que parece ternera fría.

—¿Están en la misma mesa?

—Sí. Grand-Louis sigue acodado.

—¿Hablan?

—Apenas. De vez en cuando mueven los labios, pero no parecen decirse gran cosa.



—¿Beben?

—Louis, sí. Hay dos botellas de vino en la mesa, vino añejo. El alcalde no para de servirle un vaso tras otro.

—¿Como si quisiera emborracharlo?

—Exacto. La criada pone una cara rara. Cuando tiene que pasar por detrás del marinero, se aparta como si le diese miedo rozarlo.

—¿Alguna llamada telefónica?

—No. Ahora Louis se ha sonado con la servilleta y se ha levantado. Aguarde. Va a escoger un puro. La caja está encima de la chimenea. Le alarga la caja al alcalde, que dice que no con un gesto. La sirvienta trae queso... ¡Si pudiera sentarme! Tengo los pies helados. No me atrevo a hacer el menor movimiento, no sea que me rompa la crisma —agregó Lucas con tono quejoso.

No era suficiente para que se apiadara Maigret, quien se había visto mil veces en situaciones similares.

—Te traeré comida y bebida.

Aunque tenía el cubierto puesto en el Hotel de l'Univers, se limitó a engullir, de pie, un trozo de pan con paté. Preparó un bocadillo para su compañero y se llevó la botella de burdeos con el vino que quedaba.

—¡Yo que le había preparado una bullabesa como no la tomará en Marsella! —se lamentó el dueño.

Pero no había señuelo capaz de retener al comisario, que regresó al muro y formuló por décima vez la misma pregunta:

—¿Qué hacen?

—La criada ha quitado la mesa. El armador está en su butaca, fumando un cigarrillo tras otro. Me da la impresión de que Louis está durmiéndose. Sigue con el puro en la boca, pero no veo que salga humo.

—¿Le han servido algo más de beber?

—Una copa de la botella que estaba encima de la chimenea.

—Armañac —gruñó Maigret.

—¡Espere! Ahora han dado una luz en el segundo piso. Será la sirvienta que se va a la cama. El alcalde se levanta. Se...

Voces por la zona de la taberna. El motor de un coche. Palabras apenas audibles:

—¿A cien metros? ¿En la casa?

—No. Enfrente.

Maigret salió al encuentro del coche que arrancaba. Lo paró lo bastante lejos de la casa del alcalde como para que éste no se enterase ni reconociese los uniformes.

—¿Alguna noticia?

—Desde Evreux nos comunican que han detenido al hombre del coche amarillo.

—¿Quién es?

—¡Aguarde! Al parecer protesta y amenaza con llamar a su embajador.

—¿Es extranjero?

—Noruego. Los de Evreux nos ha dicho el nombre por teléfono, pero ha sido imposible entenderlo: Martineau, o Motineau. Sus documentos están en regla. La gendarmería pregunta qué debe hacer.

—Que lo traigan aquí, con el coche amarillo. Bien habrá un gendarme que sepa conducir. Vaya usted rápidamente a Caen e intente averiguar dónde se aloja Madame Grandmaison cuando viaja a París.

—Ya nos lo han dicho hace un rato: Hotel de Lutèce, en el Boulevard Raspail.

—Telefonee a Caen para saber si ha llegado y qué está haciendo. ¡Un momento! Si está allá, pida usted de mi parte a la Policía Judicial que envíen a un inspector con la misión de que la siga discretamente.

El coche tuvo que hacer tres maniobras para girar en la estrecha carretera. Maigret se acercó de nuevo al muro de Lucas, pero éste estaba bajando.

—¿Qué haces?

—Ya no hay nada que ver.

—¿Se han marchado?

—¡No! Pero el alcalde ha cerrado del todo la cortina.

A cien metros, el barco de Glasgow entraba lentamente en la esclusa y se oían órdenes dadas en inglés. Una ráfaga de viento se llevó hacia allá el sombrero del comisario.

La luz que había en la ventana del segundo piso se apagó de súbito, sumiendo toda la fachada en sombras.

## La investigación del alcalde

Maigret estaba de pie en medio de la carretera, con las manos en los bolsillos y expresión cavilosa.

—¿Le preocupa algo? —preguntó Lucas, que conocía bien a su jefe.

Algo debía de preocuparle también, porque miraba con cara malhumorada la casa que se erguía ante ellos.

—Deberíamos estar dentro, y no aquí —rezongó el comisario inspeccionando una tras otra todas las ventanas.

Pero estaban todas cerradas. No había modo de entrar en la casa. Maigret se acercó a la puerta, sin hacer ruido, e inclinó la cabeza para escuchar. Y ambos acabaron con el oído pegado al batiente de roble.

No se oían voces, ni se pronunciaba palabra alguna. En cambio se oían pasos en el despacho y golpes sordos, acompasados.

¿Se estaban pegando los dos hombres? Era improbable, pues los ruidos no habrían tenido esa regularidad. Dos hombres que se pegan van y vienen, se empujan, chocan con los muebles, y los golpes son tan pronto espaciados como atropellados.

En este caso, era un continuo aporreamiento. Incluso se adivinaba la respiración del que golpeaba: «¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!».

Y a modo de contrapunto, un sordo estertor.

Los ojos de Maigret tropezaron con los del brigada. El comisario alargó la mano con la mirada puesta en la carretera, y el otro, comprendiendo, sacó un manojo de ganzúas del bolsillo.

—No hagas ruido.

En el interior parecía haberse hecho el silencio. Un silencio cargado de angustia. No se oían ya golpes ni pasos. Tal vez, aunque muy quedamente, la respiración ronca de un hombre que se halla al límite de sus fuerzas.

Una señal de Lucas. Se abrió la puerta. A la izquierda, se filtraba una luz desde el despacho. Maigret se encogió de hombros con una pizca de rabia. Estaba extralimitándose en sus derechos. Es más, estaba extralimitándose gravemente, y ello en la casa de un personaje oficial y tan picajoso como el alcalde de Ouistreham.

«¡Qué se le va a hacer!».

Desde el pasillo se oía claramente una respiración, pero una sola. Y nada se movía. Lucas se había llevado la mano al revólver. Maigret abrió la puerta de un empujón.

Se detuvo, molesto, desamparado como rara vez se había sentido. ¿Barruntaba el descubrimiento de una nueva tragedia?

¡Era otra cosa! Y muy desconcertante. Grandmaison estaba allí, con el labio partido, la barbilla y el batín empapados en sangre, el cabello alborotado, y la expresión alelada del boxeador que se reincorpora tras recibir un *knock-out*.

Además, como apenas se tenía en pie, estaba apoyado en la esquina de la chimenea, tan inclinado hacia atrás que parecía milagroso que no se cayese.

A dos pasos estaba Grand-Louis, despechugado, con sangre en los puños que tenía aún apretados: ¡sangre del alcalde!

¡Era la respiración de Grand-Louis la que se oía desde el pasillo! Era él quien jadeaba, sin duda de tanto golpear. El aliento le apestaba a alcohol. En la mesa se veían unos vasos volcados.

Debido al estupor de los policías, y al total atontamiento del otro, transcurrió un largo minuto sin que se pronunciase una palabra.

Luego, Grandmaison se enjugó el labio y la barbilla con un faldón del batín, hizo un esfuerzo por mantenerse derecho y balbuceó:

—Pero ¿qué...?, ¿qué...?

—Discúlpeme que haya entrado en su casa —dijo Maigret cortésmente—. Oí ruido y como no estaba cerrada la puerta...

—¡Eso no es cierto! —exclamó el alcalde recobrando la energía.

—En cualquier caso, me felicito de haber llegado a tiempo y...

Una mirada hacia Grand-Louis, que no parecía apurado en lo más mínimo y que, incluso, ahora, esbozaba una extraña sonrisa y espiaba los

actos y gestos del alcalde.

—No necesito que me protejan.

—Sin embargo, ese hombre le ha atacado.

Grandmaison, de pie ante el espejo, recompuso un poco su atuendo, impacientándose al ver que no podía restañar las heridas.

En ese momento su figura tenía una mezcla extraordinaria y desconcertante de fuerza y debilidad, aplomo y apatía.

El ojo, las heridas y magulladuras le despojaban el rostro de su aspecto un tanto aniñado. Los ojos tenían reflejos turbios.

Recobró el aplomo con inesperada rapidez y, arrimado a la chimenea, se encaró con los policías.

—Supongo que han forzado la puerta de mi casa.

—¡Alto ahí! Hemos querido socorrerle.

—¡Falso, porque ignoraban que yo corriese peligro alguno! ¡Y no lo corría! —exclamó, recalcando con afectación las últimas sílabas.

Los ojos de Maigret examinaron de arriba abajo y de abajo arriba el temible corpachón de Grand-Louis.

—Espero, no obstante, que me permita llevarme a este caballero.

—¡Ni hablar!

—Le ha golpeado a usted. Y de modo bastante brutal.

—¡Nos hemos peleado! ¡Eso es cosa mía!

—Por lo que veo, esta mañana, al bajar un poquito rápido la escalera, se tropezó con él.

Hubiera merecido la pena fotografiar la sonrisa de Grand-Louis, que no cabía en sí de júbilo. Mientras recobraba el aliento, no se le escapaba nada de lo que sucedía a su alrededor. Y la escena parecía agradarle en grado sumo. ¡Saboreaba toda su chispa! Probablemente conocía sus resortes ocultos.

—Ya le dije antes, comisario Maigret, que he iniciado una investigación por mi cuenta. Yo no me meto en la suya. Por tanto, haga usted el favor de no meterse en la mía. Y no se extrañe de que le denuncie por violación de domicilio con fractura.

Resultaba difícil decir si el hombre resultaba más cómico que trágico. Quería mostrarse digno. Y se mantenía muy erguido. Pero le sangraba el

labio, su rostro estaba lleno de rasguños, y su batín, hecho un trapo.

Por otra parte, estaba Grand-Louis, que parecía estimularle. Y, sobre todo, la escena anterior, que no resultaba difícil reconstruir: el presidiario sacudiéndole a brazo partido, golpeándole con tal ahínco que se había quedado sin fuerzas para alzar el puño.

—Le ruego tenga la bondad de disculparme, señor alcalde, si no me marchó de inmediato. Dado que es usted la única persona en Ouistreham que dispone de conexión telefónica por la noche, me he permitido ordenar que me pasen aquí algunas llamadas.

—¡Cierre la puerta! —fue la única respuesta de Grandmaison, pues se había quedado abierta.

El alcalde recogió uno de los puros desparramados por la chimenea, quiso encenderlo, pero el contacto del tabaco con el labio herido debió de resultarle doloroso, pues el alcalde lo arrojó rabioso.

—¿Quieres pedirme comunicación con Caen, Lucas?

No dejaba de observar al alcalde, a Grand-Louis y de nuevo al alcalde. Le costaba fijar sus pensamientos.

Por ejemplo, de los dos hombres, Grandmaison, a primera vista, parecía hallarse en estado de inferioridad, ser el más débil, tanto física como moralmente.

¡Le habían dado una paliza, había sido sorprendido en una situación de lo más humillante!

Sin embargo, en pocos minutos había recobrado la conciencia y reconquistado en parte su prestigio de respetable burgués.

Estaba casi sereno. Miraba con altivez.

Grand-Louis tenía el papel más fácil. Había dominado la escena. No estaba herido, ni siquiera magullado. Hacía un instante, su inefable sonrisa dejaba traslucir una alegría casi infantil.

En cambio ahora empezaba a poner cara de fastidio; no sabía qué hacer, ni dónde meterse, ni adónde mirar.

Maigret se preguntaba: «Suponiendo que uno de los dos sea el jefe, ¿cuál de ellos lo es?».

Una pregunta de respuesta hartamente embarazosa. En determinados momentos, Grandmaison. En otros, Louis.

—¡Oiga! ¿Policía de Caen? El comisario Maigret me pide que le diga que estará toda la noche en casa del alcalde... Sí. Telefonee al número 1... ¡Oiga! ¿Hay alguna novedad? ¿En Lisieux?... ¡Gracias! Sí. —Y Lucas comunicó a su jefe—: El coche acaba de pasar por Lisieux. Estará aquí dentro de tres cuartos de hora.

—Me parece haberle oído... —empezó a decir el alcalde.

—Que pasará aquí toda la noche, sí. Con su permiso, claro está. Usted me ha hablado de su investigación personal dos veces. Por eso me gustaría pedirle que aunemos los resultados que hemos obtenido cada uno. —Maigret no hablaba irónicamente. Estaba furioso. Furioso por aquella situación inverosímil en la que se había metido. Furioso de no entender nada—. ¿Quiere usted explicarme, Grand-Louis, por qué, cuando hemos llegado, estaba usted..., ¡hum!, dando una soberana paliza al señor alcalde?

Pero Grand-Louis no contestó; miró al armador como diciendo: «¡Ande, hable usted!».

Y Grandmaison espetó secamente:

—Eso es asunto mío.

—¡Por supuesto! ¡Todo el mundo tiene derecho a dejarse pegar, si eso le gusta! —rezongó Maigret cada vez más rabioso—. Pídeme con el Hotel de Lutèce, Lucas.

Sus palabras surtieron efecto. Grandmaison abrió la boca para hablar. Su mano se crispó en el mármol de la chimenea.

Lucas hablaba por teléfono.

—¿Tres minutos de espera?... Gracias. Sí.

Maigret habló en voz alta:

—¿No opina usted que la investigación está tomando un sesgo extraño? Ahora que lo pienso, Monsieur Grandmaison, a lo mejor puede usted ayudarme. Usted, que es armador, conocerá a gente de casi todos los países. ¿Ha oído usted hablar de un tal..., espere..., un tal Martineau, o Motineau..., de Bergen o de Trondheim..., noruego, en cualquier caso?

¡Silencio! Los ojos de Grand-Louis se habían vuelto duros. Maquinalmente, se sirvió en una de las copas volcadas encima de la mesa.

—Lástima que no lo conozca usted. Está a punto de llegar.

Eso fue todo. Inútil añadir una sola palabra. Nadie contestaría ya. Ni experimentaría el menor temblor. Se advertía en la reacción de ambos personajes.

Grandmaison había cambiado de táctica. Recostado en la chimenea, de espaldas al fuego de carbón que le achicharraba las pantorrillas, contemplaba el suelo con la mirada más indiferente que podía.

Curioso rostro: rasgos desdibujados, con señales rojas y azules, y sangre en la barbilla. Una mezcla de energía concentrada y pánico, o dolor.

Grand-Louis, por su parte, se había sentado a horcajadas en una silla. Tras bostezar dos o tres veces, parecía dormitar.

Timbre del teléfono. Maigret descolgó con viveza el aparato.

—¡Oiga! ¿Hotel de Lutèce? ¿Oiga?... No cuelgue. Haga el favor de ponerme con Madame Grandmaison... ¡Sí! Creo que ha llegado esta noche o esta tarde... ¡Sí, espero!

—Supongo —dijo la voz apagada del alcalde— que no pensará usted involucrar a mi mujer en sus extraños enredos.

No hubo respuesta. Maigret esperaba, con el oído pegado al receptor y la mirada clavada en el tapete.

—¡Sí, dígame!... ¿Cómo? ¿Se ha marchado ya?... Un momento. Vayamos por orden. ¿A qué hora llegó esa señora?... A las siete. ¡Muy bien!... Con su coche y su chófer... ¿Dice usted que cenó en el hotel y que luego la llamaron por teléfono?... ¿Se marchó en seguida?... Gracias. No. Nada más.

Nadie decía nada. Grandmaison parecía más tranquilo. Maigret colgó; volvió a descolgar.

—¡Oiga! ¿Oficina de correos de Caen? Aquí, la policía... ¿Quiere usted decirme si el número desde el que le llamo ha pedido una conferencia con París antes de la que acaban de darme?... ¿Sí? ¿Hace tan sólo un cuarto de hora? El Hotel de Lutèce, ¿verdad? Muchas gracias.

Tenía la frente perlada de sudor. Llenó lentamente la pipa, asestándole golpecitos con el dedo índice. Luego se sirvió en una de las dos copas que estaban en la mesa.

—Supongo que se da usted cuenta, comisario, de que todo lo que hace en este momento es ilegal. Ha entrado aquí con fractura. Se queda usted a



pasar la noche sin que le hayan invitado. Está a punto de sembrar el pánico en mi familia y, para colmo, me trata como a un culpable en presencia de terceros. Tendrá que dar cuenta de todo ello.

—¡Conforme!

—Como al parecer no cuento para nada en mi propia casa, le pido permiso para irme a la cama.

—¡No! —Maigret aguzó el oído al oír un ruido aún lejano de motor—. Ve a abrirles la puerta, Lucas.

Maquinalmente, echó una pala de carbón en la lumbre y se volvió en el preciso instante en que entraban nuevos personajes en la estancia.

Eran dos gendarmes de Evreux que escoltaban a un hombre esposado.

—Déjenos solos —dijo a los gendarmes—. O mejor, vayan a esperarme, toda la noche si hace falta, a la taberna del puerto.

El alcalde no se había movido. El marinero tampoco. Cualquiera hubiera dicho que no habían visto nada, o que no querían ver nada. El recién llegado, por su parte, estaba tranquilo y, cuando vio el rostro tumefacto de Grandmaison, sonrió.

—¿A quién debo dirigirme? —preguntó mirando a la concurrencia.

Maigret, que se encogía de hombros como dando a entender que los gendarmes se habían excedido, sacó una llave del bolsillo y abrió las esposas.

—Muchas gracias. Me ha sorprendido mucho...

Le interrumpió la voz furibunda de Maigret:

—¿El qué? ¿Que lo hayan detenido? ¿Seguro que le ha sorprendido mucho?

—Bueno, todavía estoy esperando que me digan de qué se me acusa.

—¡Para empezar, de haber robado una bicicleta!

—¡Perdón! La he tomado prestada. Si no, que se lo diga el hombre al que he comprado el coche. Le dejé la bicicleta con el encargo de que la devolviera a Ouistreham e indemnizara a su dueño.

—¡Vaya, vaya! O sea que no es usted noruego.

El hombre no tenía ni el acento ni el tipo físico de un noruego. Era alto, esbelto, aún joven. Su elegante traje estaba un poco arrugado.

—¡Perdón! No lo soy de nacimiento, pero estoy naturalizado noruego.

—¿Y vive usted en Bergen?

—En Tromsøe, en las islas Lafoden.

—¿Es usted comerciante?

—Tengo una fábrica para tratar desechos de bacalao.

—Como, por ejemplo, la raba.

—¡La raba y todo lo demás! Con las cabezas y los hígados se hace aceite, con las espinas se fabrican abonos...

—¡Todo perfecto! ¡Perfecto! Sólo queda saber qué hacía usted en Ouistreham la noche del 16 al 17 de septiembre.

El hombre, sin inmutarse, miró lentamente a su alrededor y replicó:

—Yo no estaba en Ouistreham.

—¿Dónde estaba?

—¿Y usted? —Rectificó con una sonrisa—: Quiero decir: ¿sería usted capaz, así de sopetón, de decir qué hizo tal día a tal hora, cuando ha transcurrido un mes?

—¿Estaba usted en Noruega?

—Es probable.

—Tenga.

Y Maigret alargó a su interlocutor la estilográfica de oro. El noruego se la metió en el bolsillo dando las gracias con la mayor naturalidad del mundo.

Un hombre apuesto, a decir verdad, de la misma edad y estatura que el alcalde, pero más delgado, más nervioso. Sus ojos oscuros dejaban traslucir una vida intensa. Y la sonrisa de sus delgados labios reflejaba una gran confianza en sí mismo.

Contestaba cortésmente, con amabilidad, a las preguntas del comisario.

—Supongo —dijo— que se trata de un error, y me gustaría continuar mi viaje a París.

—Ése es otro asunto. ¿Dónde conoció a Grand-Louis?

Contrariamente a lo que esperaba Maigret, la mirada del noruego no se fijó en el marinero.

—¿Grand-Louis? —repitió.

—¿Conoció a Joris en el transcurso de sus viajes?

—Perdone. No le entiendo.

—Claro, claro. Y si le pregunto por qué prefirió dormir a bordo de una draga anclada a dormir en el hotel, me mirará muy sorprendido, ¿verdad?

—Hombre, confiese que si estuviese usted en mi lugar...

—Sin embargo, llegó usted ayer a Ouistreham a bordo del *Saint-Michel*. Desembarcó antes de entrar en el puerto con el bote de la goleta. Se dirigió hacia la draga y pasó la noche en ella. Esta tarde, ha estado merodeando alrededor de esta casa. Luego tomó prestada una bicicleta y salió hacia Caen. Allí compró un coche y se dirigió a París. ¿Era Madame Grandmaison la persona con quien tenía que reunirse en el Hotel de Lutèce? Si es así, no merece la pena que se marche. O mucho me equivoco, o se presentará aquí esta noche.

Un silencio. El alcalde se había quedado petrificado y su mirada era tan fija que no se sentía latir en ella la menor vida. Grand-Louis se rascaba la cabeza y bostezaba. Era el único que permanecía sentado, en medio de todos los demás, que estaban de pie.

—¿Se llama usted Martineau?

—Sí, Jean Martineau.

—Pues bien, Monsieur Martineau, medite usted. Piense si de veras no tiene nada que decirme. Hay muchas posibilidades de que una de las personas aquí presentes sea procesada en fecha próxima.

—No sólo no tengo nada que decir, sino que le ruego me deje avisar a mi cónsul a fin de que tome las medidas oportunas.

¡Ya iban dos! Grandmaison había amenazado con denunciarle, y Martineau iba a hacer lo mismo. Grand-Louis era el único que no amenazaba, que aceptaba todos esos trances con filosofía, siempre y cuando hubiera algo de beber.

Se oía fuera el estruendo de la tempestad, que había alcanzado su paroxismo con la marea alta.

La cara de Lucas era harto elocuente. No cabía duda de que estaba pensando: «¡Mal vamos! ¡Ojalá se nos ocurra algo!».

Maigret daba zancadas por la habitación aspirando la pipa a rabiosas bocanadas.

—En resumen, ninguno de los dos sabe nada sobre las andanzas y muerte del capitán Joris.

Gestos negándolo. Silencio total. Los ojos de Maigret se volvían sin cesar hacia Martineau.

De súbito, pasos precipitados, golpes impacientes en la puerta. Lucas, tras un instante de vacilación, fue a abrir. Entró alguien corriendo. Era Julie, sin resuello, que musitó, jadeante:

—Comisario. Mi..., mi hermano...

Y al instante enmudeció, sorprendida al ver a Grand-Louis, que se levantaba y alzaba ante ella su enorme humanidad.

—¿Su hermano? —insistió Maigret.

—Nada. Pen...

Intentó sonreír mientras recobraba el aliento. Al caminar hacia atrás, tropezó con Martineau; giró hacia él sin parecer reconocerle y balbuceó:

—Usted perdone.

El viento entraba con violencia por la puerta que habían olvidado cerrar.

## Conspiración de silencio

Julie, hablando entrecortadamente, se explicó:

—Estaba sola en la casa, tenía miedo. Me había acostado vestida. Empezaron a aporrear la puerta. Era Lannec, el patrón de mi hermano.

—¿Ha llegado el *Saint-Michel*?

—Cuando venía hacia aquí lo vi en la esclusa. Lannec quería ver a mi hermano en seguida, pues por lo visto tienen que salir con urgencia. Le dije que Louis no había venido a verme a casa. Y él fue quien me puso nerviosa, farfullando cosas que no he entendido.

—¿Y por qué ha venido usted aquí? —inquirió Maigret.

—Le pregunté a Lannec si Louis corría algún peligro, y me contestó que sí, que quizás era ya muy tarde. De modo que fui al puerto, y allí me dijeron que estaban ustedes aquí.

Grand-Louis miraba hacia el suelo con cara de fastidio y se encogía de hombros como dando a entender que las mujeres se espantan por nada.

—¿Corre usted algún peligro? —preguntó Maigret buscando su mirada.

El otro rompió a reír de un modo estrepitoso, con una risa mucho más estúpida que la habitual.

—¿Por qué se inquietó Lannec?

—¿A mí qué me dice?

Maigret, recorriendo con la mirada a los presentes, murmuró pensativamente, con un asomo de rencor:

—Total, que no saben ustedes nada. ¡Y todo el mundo está en las mismas! Usted, señor alcalde, no conoce a Monsieur Martineau e ignora por qué a Grand-Louis, que recibe en su casa trato de amigo, juega a las damas con usted y come en su mesa, se le ocurre por las buenas machacarle la cara a puñetazos.

Silencio.

—¿Qué digo? ¡Acepta usted ese trato! ¡Lo encuentra normal! Además, usted no se defiende. Se niega a denunciarlo. Incluso evita ponerlo de patitas en la calle. —Maigret se encaró acto seguido con Grand-Louis—: ¡Usted tampoco sabe nada! Duerme en la draga, pero ignora quién más está a bordo con usted. Se le recibe aquí y paga la hospitalidad pegándole una paliza al dueño de la casa. Jamás ha visto a Monsieur Martineau.

Ni el más pequeño temblor. Sólo caras obcecadas, miradas fijas en la alfombra.

—Y usted, Monsieur Martineau, ídem de ídem. ¿Puede decimos siquiera qué medio utilizó para trasladarse de Noruega a Francia? ¡No! Y prefiere usted una litera a bordo de la draga abandonada a una habitación de hotel. Se marcha en bicicleta a Caen y compra un coche para ir a París. ¡Pero no sabe nada! No conoce a Monsieur Grandmaison, ni a Louis, ni al capitán Joris. Y, naturalmente, usted, Julie, aún sabe menos que los demás.

Desanimado, miró a Lucas. Éste comprendió. No cabía pensar en detener a todo el mundo. A cada uno de ellos se le podían imputar rarezas, mentiras o contradicciones, ¡pero no una acusación, con todas las de la ley!

El reloj marcaba las once de la noche. Maigret vació la pipa en la chimenea y recobró su voz rezongona:

—Me veo obligado a pedirles a todos que se mantengan a disposición de la justicia. Desde luego, tendré que seguir interrogándoles más adelante, no obstante su ignorancia. Supongo, señor alcalde, que no tendrá usted intención de abandonar Ouistreham, ¿verdad?

—¡No!

—Se lo agradezco. Usted, Monsieur Martineau, podría tomar una habitación en el Hotel de l'Univers, donde me alojo yo.

El noruego se inclinó.

—Lucas, acompaña al caballero al Hotel de l'Univers. ¡Ustedes dos, vengan conmigo!

Al salir, dejó marchar a los dos gendarmes que esperaban; vio torcer a Lucas y a Martineau hacia el hotel, donde les aguardaba el dueño para irse a la cama.

Julie había salido sin ponerse el abrigo, y su hermano, al verla tiritar, se quitó la chaqueta y la obligó a echársela por los hombros.

Resultaba difícil hablar con el fragor de la tempestad. Había que caminar doblado hacia delante, con un silbido continuo en los oídos, un cierzo helado que fustigaba el rostro hasta dejar los párpados doloridos.

Delante del puerto, vieron la taberna iluminada y a los escluseros que, entre dos descargas de agua, acudían, pateando el suelo, a tomar grogs para entrar en calor. Todos los rostros se volvieron hacia el trío, que caminaba en medio de la borrasca y enfilaba el puente.

—¿Es el *Saint-Michel*? —preguntó Maigret.

Un velero salía de la esclusa y penetraba en el antepuerto. Pero parecía mucho más alto que la goleta que conocía Maigret.

—¡Están en lastre! —gruñó el marinero.

O sea, que el *Saint-Michel* había descargado en Caen y navegaba de vacío para cargar en otro lugar.

Estaban a punto de llegar a la casa de Joris cuando se acercó una sombra. Casi había que pegar la cara a la del otro para reconocerse. Una voz, que no sonaba muy firme, dijo a Grand-Louis:

—¡Ah! Ya estás aquí. Espabila, que zarpamos.

Maigret miró al capitán bretón y luego el mar, que se estrellaba contra las escolleras. El cielo ofrecía un aspecto dramático, salpicado de tumultuosas nubes. El *Saint-Michel*, amarrado a los pilotes, flotaba en la oscuridad, iluminado por una única lámpara fijada en la carroza.

—¿Quiere marcharse? —inquirió el comisario.

—Pues claro.

—¿Adónde van?

—A cargar vino a La Rochelle.

—¿Es indispensable que les acompañe Grand-Louis?

—¿Cómo cree usted que pueden navegar dos personas solas con semejante tiempo?

Julie tenía frío. Les escuchaba golpeando con los pies en el suelo. Su hermano miraba tan pronto a Maigret como al barco, cuyos motones rechinaban.

—¡Espéreme usted a bordo! —dijo el comisario a Lannec.

—Es que...

—¿Qué?

—Dentro de dos horas no tendremos ya agua para hacernos a la mar. — Una sorda inquietud le nublaban los ojos. Era evidente que no se sentía a sus anchas. Saltaba de una a otra pierna. No fijaba la mirada en ningún sitio.

—¡Y he de ganarme la vida!

Se produjo entre él y Louis un intercambio de miradas que Maigret tuvo la certeza de adivinar. La intuición parece desarrollarse más en ciertos momentos que en otros. El patrón, nervioso, parecía decir: «El barco no está lejos. No hay más que soltar una amarra. Un puñetazo al policía y asunto zanjado». Grand-Louis dudaba, miraba a su hermana con cara lúgubre, negaba con la cabeza.

—¡Vaya a esperarme a bordo! —repitió Maigret.

—Pero...

El comisario no contestó e indicó a los otros dos que lo siguiesen a la casa.

Era la primera vez que Maigret veía reunidos a ambos hermanos. Los tres se hallaban en la cocina del capitán Joris, donde había buena lumbre. El tiro de la estufa era tan fuerte que a veces, en el fogón de chapa, el zumbido acababa en detonación.

—Sírvenos algo de beber —dijo el comisario a Julie, que sacó de la alacena una botella de aguardiente y copas con adornos.

Maigret notaba que él sobraba allí. Julie habría dado cualquier cosa por estar a solas con su hermano. Éste la seguía con los ojos, y se adivinaba que sentía por ella mucho cariño, aunque era una ternura de bruto.

Como buena mujer de su casa, Julie permaneció de pie tras servir a los dos hombres y cargó la estufa.

—En recuerdo del capitán Joris —dijo Maigret alzando la copa.

Luego reinó un largo silencio. El comisario lo quería así, para dar tiempo a que ambos se impregnaran de la cálida y sosegada atmósfera de la cocina.



Poco a poco el zumbido de la estufa, acompañado del tictac del reloj, se convirtió en una especie de música. Tras la borrasca de fuera, la sangre subía a las mejillas, a las pupilas. Y flotaba en el aire un áspero efluvio a calvados.

—El capitán Joris... —repitió Maigret con voz soñadora—. Y pensar que estoy sentado en su sitio, en su butaca. —Una butaca de mimbre que rechinaba a cada movimiento que hacía—. Si viviese, regresaría del puerto, y seguramente pediría una copa de aguardiente para entrar en calor. ¿Verdad, Julie?

A ésta se le desorbitaron los ojos y giró la cabeza.

—No subiría en seguida a la cama. Apuesto a que se quitaría las botas. Usted le traería las zapatillas y él le diría: «Cochino tiempo. Aun así, el *Saint-Michel* ha querido hacerse a la mar, Dios le ayude».

—¿Cómo lo sabe?

—¿El qué?

—Que decía «Dios le ayude». ¡Exactamente decía eso!

Estaba emocionada. Miraba a Maigret casi agradecida.

Grand-Louis encorvaba la espalda.

—Ya no lo dirá. Pues sí, era feliz. Tenía una bonita casa, un jardín con flores que le gustaban, ahorros. Y, al parecer, todo el mundo lo adoraba. Sin embargo, alguien puso fin a todo eso, bruscamente, con un pellizco de polvos blancos en un vaso de agua.

Julie tenía el rostro contraído. No quería llorar. Hacía un violento esfuerzo.

—¡Un pellizco de polvos blancos y se acabó todo! En cambio, el que hizo eso posiblemente sea muy feliz, ¡porque nadie sabe quién es! Puede que hace un rato estuviera entre nosotros...

—¡Cállese! —imploró Julie juntando las manos; al final, se le escaparon las lágrimas.

Pero el comisario sabía adónde quería llegar. Seguía hablando en voz baja, lentamente, palabra tras palabra. En realidad, apenas hacía comedia. Se dejaba arrastrar por su discurso. Era sensible a la nostalgia de aquel ambiente en el que evocaba, él también, la figura rechoncha del capitán del puerto.

—Muerto, ya sólo le queda un amigo: ¡yo! Un hombre que lucha sólo por averiguar la verdad, por impedir que el asesino de Joris viva tan feliz.

Julie sollozaba, vencida ya toda su resistencia.

—Pero resulta que, entorno al muerto —prosiguió Maigret—, todo el mundo calla, todo el mundo miente, lo que mueve a pensar que todo el mundo tiene algo que reprocharse, ¡que todo el mundo es cómplice!

—¡Eso no es cierto! —gritó la muchacha.

Grand-Louis, cada vez más incómodo, se sirvió aguardiente, llenando al mismo tiempo la copa del comisario.

—Grand-Louis fue el primero en callarse.

Julie miró a su hermano a través de las lágrimas, como sorprendida de la exactitud de tales palabras.

—Louis sabe algo, sabe muchas cosas —insistió Maigret—. ¿Acaso tiene miedo del asesino? ¿Acaso tiene algo que temer?

—¡Louis! —le gritó su hermana.

Y Louis miraba hacia otro lado con expresión dura.

—¡Di que es falso, Louis! ¿Me oyes?

—No sé lo que el comisario...

Maigret se levantó. Ya no aguantaba sentado.

—¡Louis miente más que los demás! Pretende no conocer al noruego y lo conoce. Pretende no relacionarse con el alcalde y me lo encuentro en su casa, dándole puñetazos.

Flotó una vaga sonrisa en los labios del ex presidiario. Pero Julie no estaba para juegos.

—¿Es cierto, Louis? —y, al ver que no contestaba, le asió del brazo—. Entonces, ¿por qué no dices la verdad? ¡Tú no has hecho nada, estoy segura!

El marinero se desasíó, alterado, acaso ya flaqueando. Maigret no le dio tiempo a recobrase.

—En medio de ese cúmulo de mentiras, quizá bastaría una pequeñísima verdad, una pequeñísima información que haría venirse abajo la hipótesis.

Pero todo era inútil. Pese a las suplicantes miradas de su hermana, Louis se sacudía como un gigante hostigado por minúsculos e iracundos enemigos.

—No sé nada.

—¿Por qué no hablas? —le insistió Julie, severa, ya recelosa.

—¡No sé nada!

—El comisario dice...

—¡No sé nada!

—¡Escucha, Louis! Siempre he confiado en ti, de sobra lo sabes. Y te he defendido, incluso contra el capitán Joris. —Se ruborizó por la desafortunada frase, apresurándose a cambiar de tema—: ¡Tienes que decir la verdad! No puedo más. Y tampoco pienso quedarme sola en esta casa.

—¡Cállate! —suspiró su hermano—. ¿Qué quiere usted que le diga, comisario?

—Dos cosas. Primero, quién es Martineau. Segundo, por qué el alcalde se deja pegar.

—¿Lo oyes, Louis? Tampoco es tanto.

—No sé nada.

La muchacha montó en cólera.

—¡Mira, Louis, ándate con ojo! Acabaré creyendo...

El fuego seguía crepitando. El tictac del reloj era lento; la luz alargaba el reflejo del péndulo de cobre.

Louis era demasiado alto, demasiado fuerte, demasiado rudo, con su cabeza y su hombro ladeados, para aquella acicalada cocina de pequeño rentista. No sabía qué hacer con sus manazas. Su mirada huidiza no sabía dónde posarse.

—¡Tienes que hablar!

—No tengo nada que decir.

Quiso servirse aguardiente, pero su hermana se abalanzó sobre la botella.

—¡Basta ya! No sé por qué has de emborracharte otra vez. —Se hallaba en un doloroso estado de nerviosismo. Notaba confusamente que el instante era trágico. Se aferraba a su esperanza de aclararlo todo con una palabra—. Louis, ese hombre..., el noruego ése, es el que tenía que comprar el *Saint-Michel* y ser tu jefe, ¿no es verdad?

—¡No!

—Entonces, ¿quién es? Nunca lo he visto por estos lugares. Aquí vienen pocos forasteros.

—No lo sé.

—El alcalde siempre te ha tenido rabia —se obstinaba Julie, con sutileza instintiva de mujer—. ¿Es cierto que has cenado en su casa?

—Es cierto.

—¡Pues entonces dime algo! —chilló ella, pataleando de impaciencia—. ¡Tienes que hacerlo! Si no, te juro que creeré que...

No pasó de ahí. Se sentía terriblemente desdichada. Miraba la butaca de mimbre, la estufa familiar, el reloj, el jarrón con flores pintadas.

—Tú querías al capitán. ¡Lo sé! Lo has dicho cien veces, y si os peleabais era porque... —Había que explicar aquello—. ¡No vaya a creer lo que no es, señor comisario! Mi hermano quería al capitán Joris. Y el capitán también le tenía aprecio. Sólo que pasó aquello. ¡Nada grave! Louis pierde la cabeza cuando lleva dinero en el bolsillo y entonces se lo gasta todo, de cualquier manera. El capitán sabía que venía a cogerme los ahorros. Le sermoneaba. ¡Eso es todo! Si no le dejaba venir aquí, al final, era por eso. ¡Para que dejase de cogerme dinero! Pero a mí me decía que Louis era un buen chico, sin más defecto que ser débil...

—Y Louis —dijo lentamente Maigret— tal vez supiera que, una vez fallecido Joris, ¡usted heredaría trescientos mil francos!

Fue tan rápido que el comisario estuvo a punto de salirse con la suya. Mientras Julie lanzaba un grito desgarrador, Grand-Louis se abalanzó sobre Maigret intentando estrecharle la garganta. El comisario pudo aferrar una de sus muñecas al vuelo. Con presión lenta, pero segura, se la retorció tras la espalda del marinero y gruñó:

—¡Manos quietas!

Julie, arrimada a la pared, la cabeza hundida entre las manos, sollozaba lanzando débiles gritos de zozobra.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿No quieres hablar, Louis? —insistió Maigret soltándolo.

—No tengo nada que decir.

—¿Y si te detengo?

—¡Mala suerte!

—Acompáñame.

—No, señor comisario. ¡Se lo suplico! ¡Habla, Louis, por el amor de Dios!

Estaban ya en la puerta acristalada de la cocina. Grand-Louis se volvió, con la cara colorada, los ojos brillantes y una mueca indescriptible. Alargó una mano hacia el hombro de su hermana.

—Lilie, te juro...

—¡Suéltame!

El otro vaciló; dio un paso hacia el pasillo, pero se volvió de nuevo.

—Escucha...

—¡No! ¡No, vete!

Entonces el marinero arrastró los pies en pos de Maigret, se detuvo en el umbral y sintió la tentación de volverse, pero se contuvo. La puerta se cerró tras ellos. No habían avanzado cinco pasos en medio de la borrasca cuando la puerta volvió a abrirse y se perfiló la forma clara de la muchacha, que gritaba:

—¡Louis!

Demasiado tarde. Ambos hombres caminaban en la noche, sin volver la cabeza. Una ráfaga de lluvia los empapó en dos segundos. No se veía nada, ni siquiera los límites de la esclusa. Con todo, una voz llamó en la oscuridad, debajo de ellos:

—¿Eres tú, Louis?

Era Lannec, a bordo del *Saint-Michel*. Había oído pasos. Asomaba la cabeza por la escotilla. Debía de saber que el marinero no iba solo, pues musitó muy rápido, en bretón:

—Salta sobre el maromo de delante y escapa.

Maigret, que había comprendido, aguardaba, incapaz de saber, en la oscuridad, dónde comenzaba y acababa el *Saint-Michel*, de su acompañante sólo veía una masa titubeante cuyos hombros relucían con la lluvia.

## Los tres del barco

Una mirada al agujero negro que era el mar; otra más furtiva a Maigret. Grand-Louis, encogiéndose de hombros, preguntó al comisario con un gruñido:

—¿Sube usted a bordo?

Maigret advirtió que Lannec tenía algo en la mano: un cabo de amarre. Siguió éste con los ojos, vio que giraba entorno a la bita y volvía a bordo. Dicho de otro modo, el *Saint-Michel* estaba amarrado en doble, lo que le permitía zarpar sin mandar un hombre a tierra.

El comisario no dijo nada. Sabía que el puerto estaba desierto. Julie estaría sollozando en la cocina, a trescientos metros de allí, y, al igual que ella, los seres más próximos estaban cobijados al calor de La Buvette de la Marine.

Posó un pie en la cinta y saltó a cubierta, seguido de Louis. No obstante la protección de las escolleras, el agua del antepuerto estaba movida y el *Saint-Michel* saltaba a cada ola como si lo aspirase una poderosa fuerza.

En la oscuridad, apenas unos reflejos amarillos que brotaban de objetos mojados. Una figura borrosa, en la proa: el patrón, que miraba a Louis con expresión atónita. Llevaba botas altas de caucho, sueste e impermeable de hule. No soltaba el cabo.

Y nadie tomaba una iniciativa. Aguardaban algo. Los tres hombres debían de observar a Maigret, tan distinto a ellos, con su abrigo con cuello de terciopelo y su sombrero hongo, que sostenía en la mano.

—¡No zarparán esta noche! —dijo.

No hubo protestas. Pero sí un intercambio de miradas desde más cerca entre Lannec y Grand-Louis. Aquello quería decir: «¿Zarpamos de todas formas?». «Será mejor que no».

Las ráfagas eran tan violentas que apenas se podía permanecer en cubierta, y Maigret se dirigió de nuevo hacia la escotilla, que ya conocía.

—Vamos a charlar. Llamen también al otro marinero.

Prefería no dejar a nadie tras él. Los cuatro hombres bajaron la empinada escalera. Los marineros se quitaron los impermeables y las botas. La lámpara de cardan estaba encendida y había vasos en la mesa, junto a una carta de navegación surcada de rayas de lápiz y manchada de grasa.

Lannec echó dos briquetas en la estufa y dudó en ofrecer una copa a su visitante, a quien miraba con cara de pocos amigos. El viejo Célestin, por su parte, se acurrucó en un rincón, huraño, inquieto, preguntándose por qué le hacían entrar en el camarote.

De la actitud general se extraía una impresión muy clara: nadie quería hablar porque nadie sabía en qué punto estaban las cosas. Los ojos del patrón interrogaban a Grand-Louis, que le contestaba con miradas desesperadas.

¿Acaso, para explicarlo todo, no necesitaba largas explicaciones?

—¿Se lo ha pensado usted bien? —rezongó Lannec tras toser para aclararse la voz.

Maigret se había sentado en un banco y apoyaba los codos en la mesa. Jugaba maquinalmente con un vaso vacío, tan grasiento que había perdido la transparencia.

Grand-Louis, de pie, tenía que inclinar la cabeza para no dar con el techo. Lannec, por hacer algo, hurgaba en un armario.

—¿Si me he pensado el qué? No sé cuáles son sus prerrogativas. Lo que sí sé es que yo dependo exclusivamente de las autoridades marítimas. Sólo ellas pueden impedir que un barco entre o salga en un puerto.

—¿Y bien?

—Me impide usted que abandone Ouistreham. Tengo que recoger un cargamento en La Rochelle, con abono de daños y perjuicios por día de retraso.

La cosa empezaba mal, con un tono serio, medio oficial. Maigret se conocía ya ese tipo de discursos. ¿No le había amenazado de modo más o menos parecido el alcalde?

Y lo mismo había hecho Jean Martineau que, en su caso, hablaba no de las autoridades marítimas, sino de su cónsul.

Durante un momento aspiró aire con fuerza, lanzándoles a los tres una mirada rápida, al tiempo que sus pupilas cobraban un tono risueño.

—¡No te hagas el listo conmigo! —dijo Maigret en bretón—. Mejor que sirvas un trago.

La cosa podía fallar. El viejo marinero fue el primero en girarse sorprendido hacia Maigret.

Grand-Louis desarrugó el ceño. Lannec preguntó, sin romper aún el hielo:

—¿Es usted bretón?

—No del todo. Soy de la Loire. Sólo que cursé parte de los estudios en Nantes.

¡Una mueca! La mueca de los bretones de la costa cuando les hablan de los bretones del interior y, sobre todo, de los medio bretones de la región de Nantes.

—¿No queda de aquel *schiedam* del otro día?

Lannec tomó la botella y llenó los vasos, lentamente, porque le gustaba tener algo que hacer. Todavía no sabía cómo comportarse. Entretanto, Maigret, orondo, cordial, con la pipa en la boca, el sombrero echado hacia atrás, se ponía cómodo.

—Puedes sentarte, Grand-Louis.

El otro obedeció. No se había disipado el malestar, pero era ya diferente. Esos hombres se sentían mal no contestando con cordialidad. Sin embargo, se mantenían a la defensiva.

—¡A vuestra salud, chicos! Y confesad que no dejándoos zarpar esta noche os evito una tormenta de cuidado.

—Lo malo es el paso del canal —murmuró Lannec bebiendo un sorbo de su vaso—. Una vez en alta mar, no hay problema. Pero con la corriente del Orne, y todos los bancos de arena, el paso es peligroso. Cada año encallan unos cuantos.

—¡El *Saint-Michel* nunca ha tenido ninguna desgracia!

El hombre se apresuró a tocar madera. Célestin gruñó malhumorado al oír hablar de desgracias.



—¿El *Saint-Michel*? Puede que sea el mejor velero de la costa. Para que se haga una idea, le diré que hace dos años, con una niebla muy densa, se metió de lleno en las rocas de la costa inglesa. Había una resaca infernal. Otro barco se hubiera quedado allí. Pero, una vez lo puso a flote la marea siguiente, no hizo falta ni llevarlo a dique seco.

En ese terreno, Maigret notaba que podían entenderse. Pero no estaba dispuesto a pasarse la noche hablando de navegación. La ropa mojada comenzaba a desprender vapor; corrían hilillos de agua por la escalera. Y, todo hay que decirlo, el comisario soportaba mal el balanceo cada vez más pronunciado del barco, que de vez en cuando daba un fuerte golpe de costado contra los pilotes.

—¿Será un yate soberbio! —dejó caer mirando hacia otro lado.

Por fin, vio que Lannec se estremecía.

—Sí, sería un yate soberbio —corrigió—. Sólo habría que cambiar la cubierta. Y aligerar un poco el velamen, sobre todo en lo alto del mástil.

—¿Ha firmado el noruego?

Lannec miró con viveza a Grand-Louis, que suspiró. Los dos habrían dado cualquier cosa por poder hablar unos segundos a solas. ¿Qué había contado Louis? ¿Qué podía decir el capitán?

Grand-Louis había adoptado una expresión cerril. No se hacía ilusiones: no podía explicarle a su compañero lo que ocurría. ¡Era tan complicado!

Y, por supuesto, aquello iba a acarrear desgracias. Optó por beber. Se sirvió aguardiente. Apuró de un trago el contenido de la copa y dirigió al comisario una mirada resignada, apenas agresiva.

—¿Qué noruego?

—Hombre, ese noruego que no es del todo noruego, Martineau. Porque no vio en Tromsø el *Saint-Michel*, pues la goleta nunca ha subido tan al norte.

—¡Pues sepa usted que podría llegar allí perfectamente! Lo mismo que a Arjánguensk.

—¿Cuándo se le hace entrega del barco?

En su rincón, el viejo marinero soltó una risita socarrona. Una risa cuya ironía no iba dirigida a Maigret, sino a los tres hombres de a bordo, incluido él.

Y Lannec se resignó a dar una respuesta lamentable:

—No sé qué quiere usted decir.

Recibió un empujón en la espalda.

—¡Serás bobo! Vamos, chicos, dejad de poner esas caras de entierro, o mejor dicho, esas caras tozudas de bretones que sois. Martineau ha prometido comprar la goleta. ¿La ha comprado ya? —Tuvo una inspiración —: A ver, pasadme el rol.

Notó que había dado en el clavo.

—No sé dónde...

—¡Ya te he dicho que no hagas el bobo, Lannec! ¡Pásame el rol, por todos los demonios!

Jugaba a dárselas de falso adusto, de bruto bondadoso. El capitán fue a buscar al armario una gastada cartera, gris de tanto usarla. Estaba llena de documentos oficiales mezclados con cartas de negocios que ostentaban membretes de agentes marítimos.

Un papel nuevo, o más bien un gran sobre amarillo, que contenía hojas de un formato impresionante: eso era el rol. Databa tan sólo de mes y medio atrás, exactamente del 11 de septiembre, es decir, cinco días antes de la desaparición del capitán Joris.

*Goleta Saint-Michel, 270 toneladas de arqueo bruto, equipada para el cabotaje. Propietario armador: Louis Legrand, de Port-en-Bessin. Capitán: Yves Lannec. Marinero: Célestin Grolet.*

Grand-Louis se sirvió otra copa. Lannec bajó la cabeza, apurado.

—¡Vaya, vaya! Grand-Louis, ¡ahora resulta que tú eres el propietario del barco!

No hubo respuesta. Célestin, en su rincón, mordió una generosa ración de tabaco de mascar.

—Escuchad, hijos míos. No vamos a perder tiempo por tan poca cosa. No soy mucho más tonto que vosotros, ¿eh? Aunque no sea un gran experto sobre navegación. Grand-Louis no tiene un céntimo. Un barco como éste vale, al menos, ciento cincuenta mil francos.

—¡No lo hubiera dado por ese precio! —replicó Lannec.

—Digamos que vale doscientos mil. ¡Por lo tanto, Grand-Louis ha comprado el *Saint-Michel* por cuenta de alguien! Pongamos que por cuenta

de Jean Martineau. Por la razón que sea, éste no quiere que se sepa que es propietario de la goleta. ¡A vuestra salud!

Célestin se encogía de hombros, como si toda aquella historia le asqueara profundamente.

—¿Estaba Martineau en Fécamp cuando se celebró la venta?

Los demás se hundieron en un hosco mutismo. Louis cogió el tabaco de mascar que había quedado en la mesa y mordió a su vez, mientras Célestin rociaba el suelo del camarote con largos escupitajos.

Se produjo un paréntesis en la conversación, porque la mecha de la lámpara se consumía por falta de petróleo. Fue preciso ir a buscar un bidón a cubierta. Lannec regresó empapado. Permanecieron durante un minuto a oscuras y, al poco, cada cual se encontró en el mismo sitio.

—Martineau estaba en Fécamp, de eso no hay duda. El barco fue comprado a nombre de Grand-Louis, y Lannec permaneció a bordo, quizá definitivamente, quizá por un tiempo.

—Por un tiempo.

—¡Ya! ¡Era lo que me imaginaba! El tiempo necesario para que el *Saint-Michel* pudiese realizar una extraña expedición.

Lannec, crispado, se levantó y despedazó su cigarrillo con los dientes.

—Vinisteis a Ouistreham. La noche del 16, la goleta fondeaba en el antepuerto, dispuesta a zarpar. ¿Dónde estaba Martineau?

El capitán se sentó, desalentado, pero muy decidido a guardar silencio.

—El 16 por la mañana, el *Saint-Michel* se hace a la mar. ¿Quién está a bordo? ¿Sigue allí Martineau? ¿Se halla a bordo Joris? —Maigret no parecía un juez, ni siquiera un policía. Su voz seguía siendo cordial, sus ojos maliciosos. Parecía estar jugando a adivinanzas con unos amigos—. Vais a Inglaterra. Luego ponéis rumbo a Holanda. ¿Os abandonan allí Martineau y Joris? Porque ellos van más lejos: tengo buenas razones para suponer que se dirigen a Noruega.

Gruñido de Grand-Louis.

—¿Qué dices?

—Que no va a sacar usted nada.

—¿Estaba ya herido el capitán Joris cuando subió a bordo? ¿Resultó herido durante la travesía, o eso ocurrió después? —preguntó, sin esperar

respuesta alguna—. Los tres seguís transportando mercancías, como antes. Pero no os alejáis demasiado del norte. Esperáis una carta o un telegrama que os cite en un sitio. La semana pasada, estabais en Fécamp, el puerto donde conocisteis a Martineau. Grand-Louis se enteró de que el capitán Joris había aparecido en París en extraño estado y de que iban a llevarlo a Ouistreham. Acude allí en tren, y no encuentra a nadie en la casa. Deja una nota a su hermana y regresa a Fécamp. —Maigret suspiró y se tomó tiempo para encender una pipa—. ¡Y ya está! Llegamos al final. Martineau está allí. Volvéis con él. Lo dejáis a la entrada del puerto, lo que demuestra que no quiere que lo vean. Él y Grand-Louis se dan cita a bordo de la draga. ¡A vuestra salud! —Se sirvió él mismo y apuró la copa ante las taciturnas miradas de los tres hombres—. En definitiva, para entenderlo todo, sólo queda saber qué fue a hacer Grand-Louis a casa del alcalde mientras Martineau se largaba a París. Extraña misión: dar una paliza a una persona que tenía fama de no comprometerse con cualquiera.

Grand-Louis, al recordar las sesiones de puñetazos, esgrimió a su pesar una sonrisa de satisfacción.

—¡Eso es todo, amigos míos! Ahora meteos bien en la cabeza que todo acabará aclarándose. ¿No creéis que es mejor que eso ocurra cuanto antes?

Maigret golpeó la pipa contra el tacón de su zapato y encendió otra. Célestin, que se había quedado completamente dormido, roncaba con la boca abierta. Grand-Louis contemplaba el suelo sucio con la cabeza ladeada. Lannec intentaba en vano pedirle consejo con la mirada.

El capitán acabó gruñendo:

—No tenemos nada que decir.

Se oyó un ruido en cubierta, como el de un objeto bastante pesado al caer. Maigret se estremeció. Grand-Louis asomó la cabeza por la escotilla, hasta que sólo se vieron sus piernas en la escalera.

Si hubiera desaparecido, el comisario se habría lanzado sin duda tras él. Sólo se oía el martilleo de la lluvia y el chirrido de los motones.

¿Duró aquello medio minuto? No más. Grand-Louis volvió a bajar con el pelo pegado a la frente y el agua chorreándole por las mejillas. No dio ninguna explicación.

—¿Qué era?

—Un aparejo.

—¿O sea?

—Un motón que ha dado en la borda.

El capitán volvió a cargar la estufa. ¿Se había creído lo que acababa de decir Louis? Como quiera que fuese, el otro no contestaba a sus miradas interrogadoras. Zarandeaba a Célestin.

—Ve a encapillar la escota del palo de mesana.

El viejo marinero se restregaba los ojos sin entender. Fue preciso repetírselo dos veces. Al final, se puso el impermeable, se caló el sueste y trepó por la escalera, tieso de sueño y de bienestar, rabioso por tener que zambullirse en la lluvia y el frío.

Sus zuecos se oían ir y venir por cubierta, sobre sus cabezas. Grand-Louis debió de servirse por sexta vez, sin que se detectase en él la menor señal de embriaguez.

Su rostro seguía siendo el mismo, irregular, un tanto abotargado, ojos saltones y ese aspecto de hombre que se arrastra a desgana por la existencia.

—¿Qué opinas tú de eso, Grand-Louis?

—¿De qué?

—¡Idiota! ¿Te das cuenta de tu situación? ¿No entiendes que tú tendrás que cargar con las culpas? Para empezar, los antecedentes: ¡un hombre recién salido de presidio! Luego, ese barco del que te conviertes en dueño cuando estabas sin un céntimo. Joris, que no quería verte porque le habías sableado demasiadas veces. El *Saint-Michel* en Ouistreham el día del rapto. Tú aquí el día que envenenan al capitán. ¡Y tu hermana que hereda trescientos mil francos!

¿Pensaba aún en algo Grand-Louis? ¡Su mirada era lo más neutro del mundo! Ojos de color azul porcelana, clavados en un punto indeterminado de un tabique.

—¿Qué hace ése ahí arriba? —se inquietó Lannec mirando la escotilla que había quedado entreabierta y el agua que se colaba en el camarote formando un charco en el suelo.

Maigret no había bebido mucho. Lo suficiente para que se le subiese la sangre a la cabeza, sobre todo en aquel ambiente pegajoso. Lo suficiente también para conferir a sus pensamientos un leve viso de ensueño.

Ahora que conocía a los tres hombres, imaginaba bastante bien su vida en aquel mundo que era el *Saint-Michel*.

Uno tumbado en su litera, completamente vestido la mayor parte del tiempo. Siempre una botella y vasos sucios en la mesa. Un hombre en cubierta, y el ir y venir de sus zuecos o sus botas. Luego ese ruido sordo, regular del mar. El compás y su lucecilla. El otro fanal, balanceándose en lo alto del palo de trinquete.

Los ojos escrutando la oscuridad, buscando la luciérnaga de los faros. Y los muelles de descarga. Dos o tres días de descanso, pasando las horas en tabernas idénticas en todas partes.

Arriba se oyeron ruidos indefinibles. El propio Grand-Louis parecía estar hundiéndose en una pesada somnolencia. Un pequeño despertador marcaba ya las tres. La botella estaba casi vacía.

Lannec bostezó, se hurgó en los bolsillos buscando cigarrillos.

¿Pasaron una noche similar, en ese mismo ambiente de cálido invernadero que olía a vida humana y a alquitrán, cuando desapareció el capitán Joris? ¿Estaba Joris con ellos, bebiendo y luchando contra el sueño?

Ahora se oían voces en cubierta. Debido a la tempestad, al camarote llegaba tan sólo un murmullo.

Maigret se levantó con el ceño fruncido; vio que Lannec se servía otro trago, y que a Grand-Louis se le caía la barbilla sobre el pecho y se le entornaban los párpados.

Se llevó la mano al bolsillo en que guardaba el revólver, y subió por la escalera casi vertical.

La escotilla tenía exactamente la anchura necesaria para que pasara un hombre, y el comisario era mucho más ancho y voluminoso que la mayoría de la gente.

Por eso no pudo forcejear siquiera. Apenas asomó la cabeza cuando una mordaza le atenazó la boca, ciñéndole la nuca.

De eso se ocuparon los de cubierta, Célestin y otro.

Entretanto, abajo, le arrebataron el revólver de la mano derecha mientras le ataban ambas muñecas a la espalda.

Dio una violenta patada hacia atrás. Le pareció que había alcanzado un rostro. Pero un instante después le inmovilizaron las piernas con una

cuerda.

—¡Ízalo! —ordenó la voz indiferente de Grand-Louis.

Fue lo más difícil. Era pesado. De abajo empujaban. De arriba estiraban.

Caía la lluvia a espuertas. El viento arreciaba por el canal con inusitada fuerza.

Le pareció vislumbrar tres figuras. Pero alguien había apagado el fanal. Y el paso del calor y la luz a la oscuridad ofuscaba sus sentidos.

—A la una..., a las dos..., ¡ahora!

Lo balanceaban como un saco. Notó que lo levantaban bastante alto, y cayó sobre la superficie mojada del muelle.

Grand-Louis salió a su vez y se inclinó sobre cada una de sus ligaduras para cerciorarse de su solidez. Durante un segundo el comisario tuvo muy próximo el rostro del ex presidiario, y le dio la impresión de que éste hacía todo aquello con cara lúgubre, como si fuera un trabajo penosísimo.

—Dígale a mi hermana... —empezó a decir.

Decirle, ¿qué? Ni él mismo lo sabía. A bordo se oían pasos precipitados, chirridos, órdenes dadas a media voz. Luego, largaron los focos. La vela mayor subió lentamente a lo largo del mástil.

—Dígale, en fin, que ya nos veremos un día. Y a lo mejor a usted también.

Saltó pesadamente a bordo. Maigret había quedado frente al mar. Un fanal, en el extremo de una driza, alcanzaba lo alto del mástil. Junto al timón se erguía una figura oscura.

—¡Largad todo!

Las amarras se deslizaron entorno a las bitas, haladas desde el barco. Los focos restallaron unos instantes. La proa se alejó de los pilotes y la goleta estuvo a punto de girar sobre sí misma debido a la fuerza con que la azotaba la borrasca.

¡Pero no! Un golpe de timón volvió a situarla en la dirección del viento. El barco vaciló, buscó su rumbo e, inclinándose, partió velozmente por entre las escolleras.

Una masa negra en la oscuridad. Un puntito luminoso en la cubierta. Otro, muy alto, el del mástil, parecía ya una estrella perdida en un cielo tormentoso.

Maigret no podía moverse. Yacía inmóvil, en medio de un charco de agua, al borde del espacio infinito.

Seguro que ahora, para darse ánimos, echarían un par de briquetas en la estufa y darían cuenta de la botella de aguardiente.

Un hombre en el timón, los demás en las literas húmedas.

Puede que hubiera una gotilla más salada entre las perlas líquidas que se deslizaban por el rostro del comisario.

Un hombre alto y corpulento, un hombre en su plenitud, quizás el más enérgico y serio de la Policía Judicial, abandonado allí hasta el alba, en la punta de un muelle, junto a una bita.

De haberse girado, habría podido divisar el tejadillo de madera de La Buvette de la Marine, donde no quedaba ya nadie.



## El banco de las Vacas Negras

El mar, debido a la marea, se alejaba rápidamente. Al principio, Maigret oyó la resaca en la punta de las escolleras, luego más lejos, en la arena de la playa que quedaba al descubierto.

Con la bajamar, amainaba el viento, como ocurre casi siempre. La lluvia fue perdiendo intensidad y, al rayar el alba, cuando las nubes más bajas palidecieron, la cortina de agua de la noche dio paso a una lluvia fina, pero más fría.

Los objetos salían poco a poco de la tinta negra en que se hallaban sumergidos. Se adivinaban los mástiles oblicuos de las barcas de pesca que, con la marea baja, quedaban embarrancadas en el limo del antepuerto.

Un mugido de vaca, muy lejos, por la zona del campo. La campana de la iglesia anunció discretamente, con leves y discretos tañidos, la misa rezada de las siete.

Pero aún tendría que esperar. Los fieles no pasaban por el puerto. Los escluseros no tenían nada que hacer antes de la marea alta. Quizás algún pescador, por azar... Pero era dudoso que los pescadores saliesen de la cama con aquel tiempo.

Maigret, que en ese momento era un bulto empapado, evocaba las camas de Ouistreham, las recias camas de madera cubiertas por enormes edredones en los que, en ese instante, la gente se hundía perezosamente en el calor de las mantas, miraba con recelo el rectángulo lívido de los cristales y se concedía un rato más de solaz antes de posar los pies descalzos en el suelo.

¿Estaría también el brigada Lucas en la cama? ¡No! Porque, de ser así, los acontecimientos resultaban inexplicables.

Maigret los reconstruía así: Jean Martineau lograba de uno u otro modo quitarse de encima al brigada. Y, ¿por qué no?, lo dejaba igual que Maigret. Acto seguido, Martineau se acercaba al *Saint-Michel* y oía la voz del comisario. Esperaba pacientemente a que apareciese alguien. Entonces, Grand-Louis asomaba la cabeza por la escotilla. Martineau le daba instrucciones susurrándoselas o escribiéndoselas en un papel.

El resto era sencillo. Un ruido en cubierta. Mandaban subir a Célestin. Ambos hombres hablaban para atraer afuera a Maigret.

Y, cuando estaba a medio camino, el equipo de arriba se encargaba de impedirle que gritara, mientras los de abajo lo inmovilizaba de brazos y piernas.

Ahora la goleta estaría ya lejos de las aguas territoriales, que se extienden a tan sólo tres millas de la costa. A no ser que atracase de nuevo en un puerto francés, lo que era bastante improbable, Maigret no tenía la menor autoridad sobre el buque.

No se movía. Había advertido que, al menor movimiento, se le colaba más agua en el abrigo.

Como tenía la oreja pegada al suelo, oía ruidos diversos que iba identificando, y así fue como reconoció la bomba de agua del jardín de Joris.

¡Julie estaba levantada! Calzada con sus zuecos, estaría bombeando agua para asearse. Pero no saldría. Como aún no había amanecido del todo, había encendido la luz de la cocina.

Pasos. Un hombre cruzaba el puente y se internaba en el muro de piedra; un hombre de andares pausados. Desde lo alto del muelle, arrojó a una lancha algo que debía de ser un paquete de cordajes.

¿Un pescador? Maigret se dio media vuelta penosamente, lo vio a veinte metros, a punto de bajar la escalera de piedra que conducía al mar. Pese a la mordaza, logró emitir un gemido bastante débil.

El pescador miró a su alrededor, divisó el oscuro bulto, lo miró largo rato con recelo y por fin se decidió a acercarse.

—¿Qué hace usted ahí? —Como había oído mencionar vagamente las precauciones que deben adoptarse en presencia de un delito, agregó, prudente—: Quizá sea mejor que llame primero a la policía.

Aun así, le quitó la mordaza. El comisario parlamentó y el hombre, aunque no muy convencido, le desató, no sin mascullar insultos contra el maromo que había hecho semejantes nudos.

La camarera de la taberna estaba quitando los postigos de las ventanas. Pese a que había amainado el viento, el mar seguía picado, aunque ya no era el rabioso chapoteo de la noche. Una gran masa de agua llegaba de alta mar y se elevaba sobre los bancos de arena formando una ola de por lo menos tres metros, que rompía con sordo fragor, como si sacudiese al continente entero.

El pescador era un viejecillo con barba, que todavía se mostraba confuso y no sabía qué hacer.

—De todas formas, habría que avisar a la gendarmería.

—¡Pero no le digo que yo mismo soy como un gendarme de paisano!

—¡Un gendarme de paisano! —repetía el viejo, disgustado e inquieto.

Sus ojos miraron maquinalmente hacia el mar, recorrieron el horizonte, se detuvieron en un punto, a la derecha de las escolleras, en dirección de Le Havre, y se clavaron en Maigret espantados.

—¿Qué le ocurre?

El pescador estaba tan alterado que no podía contestar, y Maigret no comprendió hasta que oteó a su vez el horizonte.

La bahía de Ouistreham estaba totalmente al descubierto. La arena, de color trigo maduro, se extendía a lo largo de una milla, y allá, en la orilla, la ola rompía envuelta en espuma blanca.

A la derecha de la escollera, a no más de un kilómetro, asomaba un barco embarrancado, medio hundido en el mar, que lo embestía con fiereza.

Dos mástiles, uno de ellos con vela cuadrada. Una goleta de Paimpol. O sea, el *Saint-Michel*.

Por aquella zona todo aparecía bañado en una luz lívida: mar y cielo, que no se distinguían entre sí.

Tan sólo la masa negra del barco tumbado.

—Han dejado pasar demasiado la marea alta para zarpar —murmuró el pescador impresionado.

—¿Ocurre eso con frecuencia?

—A veces. No quedaba ya suficiente agua en el canal.

Y la corriente del Orne los ha arrastrado al banco de las Vacas Negras.

Reinaba un silencio desolado, como amortiguado por la llovizna que espesaba el aire. Al ver el barco casi en seco, costaba imaginar que sus ocupantes hubieran corrido peligro alguno.

Pero en el momento de embarrancar, el mar alcanzaba aún el pie de las dunas. ¡Por lo menos diez hileras de olas encrespadas!

—Hay que avisar al capitán del puerto. —Un detalle insignificante: el hombre, maquinalmente, se giró hacia la casa de Joris; luego masculló—: No, claro...

Y echó a andar en dirección opuesta. Alguien debió de ver el barco embarrancado desde otro lugar, quizá desde el atrio de la iglesia, ya que el capitán Delcourt se acercaba, a medio vestir, seguido de tres hombres. Estrechó distraídamente la mano de Maigret sin advertir que el comisario estaba empapado.

—¡Y eso que les había avisado!

—¿Le habían dicho que pensaban zarpar?

—Lo que pasa es que, cuando los vi amarrar ahí, pensé que no esperarían a la siguiente marea. Le aconsejé al patrón que no se fiase de la corriente.

Todo el mundo salía a la playa, llena de charcos de treinta centímetros de agua. Y los pies se hundían en la arena. Era largo, agotador.

—¿Corren algún peligro? —preguntó Maigret.

—¡Ya no estarán a bordo! Si no, habrían izado la bandera de socorro o hecho señales... —Y, de pronto, agregó, preocupado—: Y además no llevaban el bote. ¿Recuerda usted? Cuando lo trajo el vapor, lo llevaron a la dársena.

—¿Y entonces?

—Pues habrán llegado a tierra nadando. O quizá... —Delcourt estaba alarmado. Algo lo atormentaba—. Me sorprende que no hayan apuntalado el barco para evitar que se tumbe. A no ser que se haya volcado de golpe.

Estaban ya cerca. El espectáculo era lúgubre. La quilla del *Saint-Michel* asomaba pintada de verde, con conchas incrustadas en la madera.

Los marineros la inspeccionaron buscando una brecha, pero no la encontraban.

—Solamente ha encallado.

—¿Nada grave?

—Puede que con la próxima marea pueda sacarlo de ahí un remolcador. No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Que lo hayan abandonado. No son gente que se asuste fácilmente. Y la goleta es fuerte. Fíjese usted qué planta tiene. ¡Eh, Jean-Baptiste! Ve a buscarme una escalera.

La necesitaban para trepar al casco inclinado, que tenía más de seis metros de altura.

—¡No vale la pena!

Colgaba un obenque roto. El tal Jean-Baptiste se colgó de él y trepó como un mono, se balanceó unos instantes en el aire y saltó a cubierta. A los pocos minutos dejó caer el extremo de una escala.

—¿No hay nadie a bordo?

—¡Nadie!

A pocos kilómetros, en la costa, se divisaban las casas de Dives, chimeneas de fábricas; más allá se adivinaba Cabourg, Houlgate, y la punta rocosa ocultaba Deauville y Trouville.

Maigret trepó por la escala, para asegurarse de que, en efecto, no había nadie en el barco. Pero en la cubierta inclinada se sintió inseguro. La sensación de angustia que lo invadió era peor que si un mar embravecido hubiera sacudido el barco.

En el camarote había vidrios rotos en el suelo y los armarios se habían abierto.

El capitán del puerto no sabía qué hacer. El barco no era suyo. ¿Debía reflotarlo, pedir un remolcador a Trouville y asumir la responsabilidad de las operaciones?

—Si lo dejamos aquí durante la próxima marea, está perdido —masculló.

—Pues intente usted hacer lo que se pueda. Asumo yo la responsabilidad.

Jamás había reinado una inquietud tan tétrica, tan abrumadora. Todos miraban maquinalmente hacia las dunas desiertas como si esperasen ver allí

a la tripulación del *Saint-Michel*.

Y llegaban hombres, niños del pueblo; cuando Maigret, que regresaba a Ouistreham, llegó al puerto, Julie acudió corriendo.

—¿Es cierto? ¿Han naufragado?

—No, han embarrancado. Su hermano, que es un hombre fuerte, habrá salido sin problemas del apuro.

—¿Dónde está?

Todo aquello resultaba lúgubre, incoherente. Cuando Maigret pasó ante el Hotel de l'Univers, le llamó el dueño:

—Todavía no he visto a sus dos amigos. ¿Los despierto?

—Es igual.

El comisario subió en persona a la habitación de Lucas, que estaba en la cama, atado casi tan fuertemente como lo había estado Maigret.

—Ahora le explicaré...

—¡Es inútil! Ven.

—¿Hay novedades? Va usted empapado, y está muy ojeroso.

Maigret le pidió que lo acompañara a la oficina de correos, que estaba en lo alto del pueblo, frente a la iglesia. La gente había salido a las puertas de sus casas. Los que podían corrían hacia la playa.

—¿No has podido defenderte?

—Me pilló en la escalera, mientras subíamos al primer piso. Él iba detrás; de repente, me estiró de las piernas, y el resto fue tan rápido que no pude hacer nada. ¿Lo ha visto usted?

Maigret llamaba la atención en la calle, pues parecía haber pasado la noche con el agua hasta el cuello. Hasta el punto de que en correos no pudo escribir porque empapaba el papel.

—Toma la pluma. Envía telegramas a todos los ayuntamientos y gendarmerías de la región: Dives, Cabourg, Houlgate... Las localidades del sur también: Lucsur-Mer, Lion, Coutances... Marca en el mapa cualquier pueblecito que se halle a diez kilómetros a la redonda. Da cuatro señas personales: la de Grand-Louis, luego Martineau, el capitán Lannec y el marinero viejo, llamado Célestin. Una vez hayan salido los telegramas, telefona a los países más próximos, y así ganaremos tiempo.

Dejó a Lucas atareado con el telégrafo y el teléfono.

En un bar, frente a correos, se tomó un grog ardiendo, mientras los chiquillos pegaban la cara al cristal para observarlo.

Ouistreham se había despertado, un Ouistreham nervioso, inquieto, que miraba o se dirigía hacia el mar. Y circulaban las noticias, exageradas, deformadas.

En la carretera Maigret se topó con el viejo pescador que le había liberado al amanecer.

—No habrá contado lo que...

—He dicho que le he encontrado a usted —contestó el pescador con indiferencia.

El comisario le dio veinte francos y entró en el hotel a cambiarse. Tenía escalofríos por todo el cuerpo, y frío y calor a un tiempo. Le había crecido mucho la barba y tenía bolsas en los ojos.

Con todo, a pesar del cansancio, su cerebro no dejaba de trabajar. Más que de costumbre. Veía con claridad cuanto ocurría a su alrededor, contestaba a la gente y les hacía preguntas sin dejar de seguir un razonamiento preciso.

Cuando fue hacia correos, eran cerca de las nueve. Lucas concluía su serie de llamadas. Los telegramas ya habían sido enviados. A sus preguntas, las gendarmerías contestaban que todavía no habían visto nada.

—¿Ha pedido alguna conferencia Monsieur Grandmaison, señorita?

—Sí, hace una hora. Con París.

Le dijo el número. Maigret consultó en el listín y comprobó que se trataba del colegio Stanislas.

—¿Pide el alcalde con frecuencia ese número?

—Bastantes veces. Creo que es el internado donde está su hijo.

—Es cierto que tiene un hijo. De unos quince años, ¿no?

—Eso creo, pero no lo he visto nunca.

—¿No ha llamado Monsieur Grandmaison a Caen?

—No, pero de Caen han pedido hablar con él. Alguien de su familia o un empleado suyo, porque la llamada era de su casa.

Repiqueteo del telégrafo. Un telegrama para el puerto:

«REMOLCADOR ATHOS LLEGARÁ BAHÍA MAÑANA. FIRMADO: CAPITANÍA TROUVILLE».

Y, por fin, llamada de la policía de Caen: «Madame Grandmaison ha llegado a las cuatro de la mañana a Caen. Ha dormido en su casa de la Rue du Four. Acaba de salir en coche hacia Ouistreham».

Cuando Maigret miró la playa desde el puerto, el mar se había retirado tan lejos que el barco embarrancado estaba a medio camino entre éste y las dunas. El capitán Delcourt estaba taciturno. Todo el mundo observaba el horizonte con inquietud.

No había duda: el viento había amainado con la bajamar, pero la tempestad se desataría con nuevos ímpetus al mediodía, tan pronto comenzase a subir la marea. Se advertía en el color del cielo, de desapacibles tintes cenicientos, y en el avieso verdor del agua.

—¿Nadie ha visto al alcalde?

—Me ha mandado un recado con la sirvienta: dice que está enfermo y me deja al mando de las operaciones —le contestó Delcourt.

Maigret, con las manos en los bolsillos y arrastrando los pies, se dirigió a casa del alcalde. Llamó. Tardaron unos minutos en abrirle.

La sirvienta quiso hablar, pero él no la escuchó. Avanzó por el pasillo con expresión tan decidida que la otra, impresionada, se limitó a correr hacia la puerta del despacho.

—¡Es el comisario! —gritó.

Maigret entró en la estancia, que empezaba ya a conocer, arrojó el sombrero sobre una silla y saludó con la cabeza al hombre repantigado en un sillón.

Las magulladuras de la víspera resultaban mucho más visibles, porque ya no eran rojas, sino azuladas. En la chimenea ardía una enorme lumbre.

En el rostro de Grandmaison se advertía la voluntad de no decir nada e incluso de ignorar al visitante.

Maigret le pagó con la misma moneda. Se quitó el abrigo y se plantó de espaldas al fuego, como quien sólo piensa en calentarse. Las llamas le quemaban las pantorrillas. Fumaba la pipa arrancándole breves y rápidas bocanadas.



—Este caso se aclarará antes de la noche —anunció por fin, como hablando para sí mismo.

El otro tuvo que hacer un esfuerzo para contener un estremecimiento. Incluso tomó un periódico que tenía a su alcance y fingió leerlo.

—Eso sí, puede que tengamos que ir todos juntos a Caen.

—¿A Caen?

Grandmaison había alzado la cabeza, frunciendo el ceño.

—¡Sí, a Caen! Hubiera debido decírselo antes, y así le habría evitado a Madame Grandmaison la molestia de venir aquí para nada.

—No veo lo que mi mujer...

—... pinta en este lío, ¿no? —concluyó Maigret—. ¡Tampoco yo! —Y fue a coger fósforos al escritorio, pues se le había apagado la pipa—. Poco importa, por lo demás —agregó en tono más desenfadado—, puesto que todo se aclarará luego. Por cierto, ¿sabe usted quién es el actual propietario del *Saint-Michel*, que van a intentar reflotar? Pues es Grand-Louis. Aunque a mi entender se trata de un hombre de paja, que actúa por cuenta de un tal Martineau.

El alcalde intentaba adivinar dónde quería llegar. Pero evitaba hablar y, sobre todo, hacer preguntas.

—Verá usted cómo encaja todo. Grand-Louis compra el *Saint-Michel* por cuenta del tal Martineau cinco días antes de que el capitán Joris desaparezca. Es el único barco que abandonó el puerto de Ouistreham poco después de esa desaparición, y hace escala en Inglaterra y Noruega antes de regresar a Francia. En Holanda, debe de haber buques de cabotaje similares que hacen la ruta de Noruega. Pues bien, Martineau es noruego; y el capitán Joris, antes de ir a París, con la cabeza rajada y recompuesta, estuvo en Noruega.

El alcalde escuchaba con atención.

—No acaba todo ahí. Martineau acude a Fécamp al encuentro del *Saint-Michel*. Grand-Louis, que es su factótum, se presenta aquí horas antes de morir Joris. El *Saint-Michel* llega poco después, con Martineau. Y, ayer por la noche, intenta desaparecer llevándose a la mayoría de las personas a quienes he pedido que se mantengan a disposición de la justicia. ¡Menos a usted! —Maigret hizo una pausa y suspiró—: Queda por dilucidar por qué

Martineau regresó e intentó ir a París, y por qué telefoneó usted a su mujer diciéndole que regresara precipitadamente.

—Supongo que no querrá usted insinuar...

—¿Yo? Nada en absoluto. ¡Escuche! Se oye un motor. Apuesto a que es Madame Grandmaison que llega de Caen. ¿Me hará usted el favor de no decirle nada?

Timbrazo. Pasos de la sirvienta por el pasillo. Ecos de una conversación a media voz y rostro de la sirvienta asomando por la puerta. Pero ¿por qué no decía nada? ¿Por qué esas miradas angustiadas a su amo?

—Bueno, ¿qué pasa? —se impacientó éste.

—Es que...

Maigret le dio un empujón y salió al pasillo, donde sólo vio a un chófer de uniforme.

—¿Ha perdido usted a la señora por el camino? —le soltó.

—Bueno, el caso es que...

—¿Dónde la dejó usted?

—En el cruce de la carretera de Caen con la de Deauville. Se encontraba indispueta.

En el despacho, el alcalde se había puesto en pie, con expresión adusta, el ceño fruncido y la respiración agitada.

—¡Espéreme! —gritó al chófer.

Pero al ver a Maigret, que le cortaba el paso con su maciza figura, vaciló.

—Supongo que admitirá...

—Todo. Tiene usted razón. Debemos ir.

## La carta inconclusa

El coche se detuvo en un cruce desierto y el chófer se volvió hacia el interior para recibir órdenes. Desde que habían abandonado Ouistreham, Grandmaison ya no era el mismo hombre.

Allá había controlado en todo momento los nervios, conservando su dignidad, incluso en las situaciones más lamentables.

¡Pero se había acabado! En su interior se había desencadenado algo parecido al pánico. Y resultaba tanto más visible, más manifiesto, cuanto que tenía la cara llena de morados. Su mirada inquieta vagaba sin cesar por el paisaje.

Al detenerse el coche, interrogó a Maigret con los ojos, pero el comisario se dio el malicioso gustazo de murmurar:

—¿Qué hacemos?

Ni un alma en la carretera ni en los huertos de los alrededores. No cabía duda de que Madame Grandmaison no había abandonado su coche para sentarse al borde del camino. Si había despedido al chófer, era porque tenía alguna cita o había visto de pronto a alguien con quien quería hablar sin testigos.

Los árboles estaban empapados. La tierra exhalaba un intenso olor a humus. Unas vacas contemplaban el coche sin dejar de mascar.

Y el alcalde buscaba, escudriñaba el paisaje, esperando quizá descubrir a su mujer tras un seto o un tronco de árbol.

—¡Mire! —dijo Maigret, como quien ayuda a un novato.

Había huellas nítidas en la carretera de Dives. Un coche se había detenido allí, había girado con bastante dificultad debido a la estrechez del camino y luego había arrancado.

—Una camioneta vieja. ¡Vamos para allá, chófer!

No fueron muy lejos. Bastante antes de Dives, se perdían las huellas junto a un camino pedregoso. Grandmaison seguía al acecho, con ojos a la vez ansiosos y cargados de odio.

—¿Qué le parece?

—Hay una aldea, allá, a quinientos metros.

—En ese caso, mejor que dejemos el coche aquí.

El cansancio daba a Maigret un aire de inhumana indiferencia. Dormía de pie, literalmente. Parecía moverse por inercia. Viéndolos avanzar por el camino, cualquiera hubiera creído que era el alcalde quien mandaba y que el comisario lo seguía con la placidez de un subalterno.

Pasaron por delante de una casita rodeada de gallinas, y una mujer miró sorprendida a los dos hombres. Luego se toparon con la parte trasera de una iglesia no más grande que una choza y, a la izquierda, con una tienda en la que vendían tabaco.

—¿Me permite? —dijo Maigret señalando su petaca vacía.

Entró solo en la tienda, donde vendían comestibles y toda clase de utensilios. Un viejo salió de una habitación abovedada y llamó a su hija para que sacara el tabaco. A través de una puerta entreabierta, el comisario vislumbró un teléfono de pared.

—¿A qué hora vino mi amigo a telefonar esta mañana?

La muchacha no dudó un segundo.

—Hará ya una buena hora.

—En ese caso, ya habrá llegado la señora.

—¡Sí! Se paró aquí para preguntar el camino. Es fácil, la última casa del callejón a la derecha.

Salió con la misma tranquilidad. Se reunió con Grandmaison que, de pie ante la iglesia, miraba a su alrededor con ojos que a la fuerza tenían que inspirar recelo en los lugareños.

—Se me ocurre una idea —murmuró Maigret—. Nos repartiremos el trabajo. Usted buscará por la izquierda, por la zona del campo; entretanto, yo buscaré por la derecha.

Sorprendió ver una chispa de alegría en los ojos de su acompañante. El alcalde estaba contento pero lo disimulaba. Confiaba en encontrar a su mujer y poder hablar con ella antes que el comisario.

—Muy bien —dijo con falsa indiferencia.

En la aldea se agrupaban no más de veinte casuchas que en algún lugar, apretujadas las unas sobre las otras, formaban una especie de calle, sin que se amontonase en ella el estiércol. Seguía cayendo una lluvia fina, como pulverizada, y no se veía a nadie fuera. Pero algunas cortinas se movían. Detrás de ellas se adivinaban amojamados rostros de viejas amparados en la oscuridad de las casas.

En un extremo de la aldea, delante mismo de la cerca de un prado en el que trotaban dos caballos, había una casucha de una sola planta rematada por un tejado inclinado. Maigret se volvió, oyó los pasos del alcalde en la otra punta del pueblo, evitó llamar a la puerta y entró.

De inmediato se movió algo en el claroscuro mitigado por el resplandor del hogar: una silueta negra, la mancha blanca del gorro de una vieja.

—¿Quién es? —preguntó, acercándose a breves pasitos, con la espalda encorvada.

Hacía calor. Olía a una mezcla de paja, col y gallinero.

Unos polluelos picoteaban entre los leños.

Maigret, que tocaba casi el techo con la cabeza, vio una puerta en el fondo de la habitación, y comprendió que debía actuar con premura. Así pues, sin decir palabra, caminó hacia la puerta y la abrió. Madame Grandmaison estaba allí, escribiendo; a su lado, de pie, se hallaba Jean Martineau.

Hubo un momento de desconcierto. La mujer se levantó de su silla con asiento de anea. Nada más ver al comisario, Martineau alargó una mano hacia el papel y lo arrugó. Ambos, instintivamente, se acercaron el uno al otro.

La casucha sólo tenía dos habitaciones. Ésa era el dormitorio de la anciana. De las paredes encaladas colgaban dos retratos y estampas enmarcadas en negro y dorado. Una cama muy alta. La mesa en la que escribía Madame Grandmaison servía habitualmente de aseo, pero acababan de retirar la palangana.

—Su marido estará aquí dentro de unos minutos —dijo Maigret a modo de prólogo.

—¿Cómo ha sido usted capaz de hacer eso? —rugió Martineau.

—Cállate, Raymond.

Hablaba ella. Lo tuteaba. Y no le llamaba Jean, sino Raymond. Maigret tomó nota de esos detalles, se acercó a escuchar a la puerta y regresó hacia la pareja.

—¿Quiere entregarme esa carta que ha empezado usted a escribir?

Se miraron. Madame Grandmison estaba pálida. Tenía ojeras. Maigret la había visto ya en una ocasión, pero en el ejercicio de sus funciones más sagradas de dama de la alta burguesía, es decir, recibiendo invitados en su casa.

Había observado su perfecta educación y la trivial cordialidad con que sabía ofrecer una taza de té o contestar a un cumplido.

Había imaginado su existencia: las preocupaciones de la casa de Caen, las visitas, la educación de los hijos. Estancias dos o tres veces al año en estaciones termales o balnearios. Moderada coquetería. Mayor afán por mostrarse digna que hermosa.

Sin duda, en la mujer que tenía ahora ante sí, algo quedaba de todo aquello. Pero mezclado con otra cosa. A decir verdad, mostraba más sangre fría, más valentía que su acompañante, quien, por su parte, estaba a punto de perder los estribos.

—Dale el papel —dijo, al ver que el otro se disponía a romperlo.

Apenas había escrito nada:

Señor director:

Le ruego tenga a bien...

La letra era grande e inclinada hacia atrás, típica de las muchachas educadas en internado a comienzos de siglo.

—Esta mañana ha recibido usted dos llamadas, ¿no es así? Una de su marido, o, mejor dicho, usted le telefoneó para comunicarle que llegaba a Ouistreham. Después, una llamada de Monsieur Martineau, pidiéndole que acudiese aquí. Y él mandó una camioneta al cruce para recogerla.

Sobre la mesa, detrás del tintero, Maigret vio algo en lo que no había reparado al principio: un fajo de billetes de mil francos.

Martineau observó su mirada. ¡Demasiado tarde para intervenir! Entonces, presa de inesperada apatía, se dejó caer en el borde de la cama de la anciana, abrumado.

—¿Le ha traído usted este dinero?

Volvía a reinar la atmósfera característica de todo aquel asunto. La misma que en la casa de Ouistreham, cuando Maigret sorprendió a Grand-Louis golpeando al alcalde y ambos callaron. La misma que la noche anterior, a bordo del *Saint-Michel*, cuando los tres hombres evitaban contestarle.

¡Una inercia feroz! La más firme voluntad de no dar la menor explicación.

—Imagino que esta carta va dirigida al director de un colegio. Como su hijo está en Stanislas, es probable que la carta se relacione con él. Por lo que respecta al dinero..., ¡pues claro! Martineau debió de abandonar precipitadamente la goleta embarrancada y llegar a tierra a nado. Sin duda se dejó la cartera... y usted le ha traído dinero para... —Cambió bruscamente de tema y de tono—: ¿Y los demás, Martineau? ¿Sanos y salvos todos?

El hombre titubeó, pero no pudo evitar mover afirmativamente los párpados.

—No le pregunto dónde se ocultan. Ya sé que no me lo dirá.

—¡Cierto!

—¿Qué es cierto?

Acababa de abrirse la puerta de un empujón; era el alcalde quien había hecho la pregunta. Estaba irreconocible. La ira le hacía jadear. Apretaba los puños, dispuesto a arremeter contra su enemigo. Y sus ojos iban de su mujer a Martineau, de Martineau al fajo de billetes que seguía encima de la mesa.

Una mirada amenazante, pero que, a la par, dejaba traslucir miedo o desmoronamiento.

—¿Qué es cierto? ¿Qué ha dicho? ¿Qué nueva mentira ha contado? ¿Y ella? ¿Qué ha dicho ella?...

No podía hablar. Se ahogaba. Maigret se mantenía dispuesto a intervenir.

Se oyó corretear a la vieja por la habitación contigua, llamando a los polluelos desde la puerta y gritando:

—¡Pitos! ¡Pitos! ¡Pitos! ¡Pitos! —Y caía una lluvia de granos de maíz sobre los escalones de piedra azulada. La vieja apartó de una patada a la gallina de una vecina—. A comer a tu casa, *Negrilla*.

En el dormitorio, ¡nada! Un denso silencio. Un silencio lívido y malsano como el cielo de esa lluviosa mañana.

Gente que tenía miedo... ¡Porque tenían miedo! ¡Todos! Martineau, la mujer, el alcalde... Todos tenían miedo, cada cual por su parte, según parecía. Cada cual por distintos motivos.

En ésas, Maigret adoptó un tono solemne para proclamar lentamente, como un juez:

—Me ha encomendado el juez que descubra y detenga al asesino del capitán Joris, herido de un disparo de revólver en la cabeza y, más tarde, envenenado en su casa con estricnina. ¿Tiene alguno de ustedes algo que declarar al respecto?

Hasta entonces, nadie había reparado en que la habitación no disponía de estufa alguna. ¡Y, de súbito, todos tuvieron frío! Cada sílaba había resonado como en una iglesia. Las palabras parecían vibrar todavía en el aire: «... envenenado, estricnina...». Y sobre todo el final: «¿Tiene alguno de ustedes algo que declarar al respecto?».

Martineau fue el primero en agachar la cabeza. Madame Grandmaison, con los ojos brillantes, miró sucesivamente a su marido y al noruego.

Pero nadie contestó. Nadie se atrevía a aguantar la insostenible mirada de Maigret.

Dos, tres minutos. La vieja echaba leños en la lumbre.

Y de nuevo se oyó la voz de Maigret, deliberadamente seca, despojada de toda emoción:

—Jean Martineau, queda usted detenido en nombre de la ley.

Un grito de mujer. Madame Grandmaison había hecho un movimiento, con todo su ser, hacia Martineau, pero se había desmayado antes de consumir el gesto.



El alcalde se volvió hacia la pared con expresión torva.

Y Martineau exhaló un suspiro de cansancio, de resignación. No se atrevió a acudir en socorro de la mujer desvanecida.

Maigret se inclinó sobre ella, y luego buscó el jarro de agua a su alrededor.

—¿Tiene usted vinagre? —fue a pedir a la vieja.

Y el olor a vinagre se mezcló con el ya complejo olor de la casucha.

Madame Grandmaison volvió en sí a los pocos instantes y, tras algunas convulsiones y sollozos, cayó en un estado de casi total postración.

—¿Se ve usted capaz de caminar?

La mujer asintió. Caminó, en efecto, aunque con movimientos un tanto convulsos.

—¿Me siguen ustedes, verdad, caballeros? Espero poder contar, en esta ocasión, con su docilidad.

La vieja, estupefacta, les vio cruzar su cocina. Cuando estuvieron fuera, la vieja corrió a la puerta y gritó:

—¿Volverá usted a comer, Monsieur Raymond?

¡Raymond! Era la segunda vez que se pronunciaba ese nombre. El hombre le indicó que no regresaría.

Y los cuatro personajes reanudaron la marcha a través del pueblo. Al llegar al estanco, Martineau se detuvo, titubeando, y dijo a Maigret:

—Disculpe. Como no sé si regresaré algún día, no me gustaría dejar deudas. Debo aquí una llamada de teléfono, un grog y un paquete de cigarrillos.

Maigret pagó. Rodearon la iglesia. Al final de la cañada se toparon con el coche, que les esperaba. El comisario hizo subir a sus acompañantes y dudó sobre qué orden dar al chófer.

—A Ouistreham. Pare primero en la gendarmería.

No se pronunció una palabra durante el trayecto. La misma lluvia, el cielo uniforme, el viento que poco a poco recobraba fuerza y sacudía los árboles empapados.

Frente a la gendarmería, Maigret pidió a Martineau que bajase y dio instrucciones al gendarme.

—Téngalo en la celda de seguridad, usted responde de él. ¿Ninguna novedad por aquí?

—Ha llegado el remolcador. Están esperando a que suba más la marea.

El coche reanudó la marcha. Tenían que pasar junto al puerto y Maigret hizo detener el coche de nuevo y bajó un momento.

Eran las doce. Los escluseros estaban en su puesto, pues habían anunciado la llegada de un barco de Caen. Había menguado la franja de arena, en la playa, y las olas blancas lamían casi las dunas.

A la derecha, una multitud asistía a un espectáculo apasionante: el remolcador de Trouville estaba anclado a menos de quinientos metros de la costa. Una lancha se acercaba penosamente al *Saint-Michel*, al que el agua había casi enderezado.

A través de los cristales del coche, Maigret vio que el alcalde contemplaba también el espectáculo. El capitán Delcourt salía de la taberna.

—¿Todo irá bien? —inquirió el comisario.

—¡Creo que la sacaremos! Llevan ya dos horas quitándole lastre. Si no se rompen las amarras... —añadió mirando al cielo como quien mira un mapa, para leer en él los caprichos del viento—. Deberían acabar antes de la pleamar. —Al ver al alcalde y a su mujer en el coche, los saludó con respeto, aunque interrogó a Maigret—: ¿Alguna novedad?

—No sé.

Lucas, que se dirigía hacia ellos, sí traía novedades. Pero, antes de hablar, se llevó aparte a su jefe.

—Han atrapado a Grand-Louis.

—¿Qué?

—¡Gracias a usted! Esta mañana, los gendarmes de Dives han encontrado huellas en los campos, las de un hombre que había caminado en línea recta saltando los setos. La pista conducía al Orne, al lugar donde un pescador vara habitualmente su lancha. Y la lancha estaba en la otra orilla.

—¿Han cruzado el río los gendarmes?

—Sí. Y han llegado a la playa, casi en frente del barco embarrancado. Allá, al borde de la duna, hay...

—¡Una iglesia en ruinas!

—¿Lo sabe usted?

—La ermita de Nuestra Señora de las Dunas.

—Allí han atrapado a Grand-Louis, que estaba acurrucado, vigilando los trabajos de reflotamiento. Cuando yo llegué, Grand-Louis les suplicaba a los gendarmes que no se lo llevaran aún, que lo dejaran quedarse en la playa hasta que hubiera acabado todo. Le permití quedarse, y allí está, esposado. Da órdenes, porque tiene miedo de que le hundan el barco. ¿Quiere usted hablar con él?

—No sé. Quizá luego —dijo recordando a los otros dos, los del coche, los Grandmaison, que esperaban.

—¿Cree que acabará sabiéndose la verdad?

Al ver que Maigret no contestaba, Lucas agregó:

—Yo empiezo a pensar que no. ¡Todos mienten! Y los que no mienten callan, aunque algo saben. Cualquiera diría que todo el pueblo es responsable de la muerte de Joris.

Pero el comisario se alejó encogiéndose de hombros y rezongando:

—¡Hasta luego! —En el coche, ordenó al chófer, con gran sorpresa de éste—: ¡A casa!

Parecía que hablase de su propia casa, que fuese él el dueño.

—¿A la casa de Caen?

Lo cierto es que al comisario no se le había ocurrido. Pero eso le dio una idea:

—¡Sí, a Caen!

Grandmaison puso cara de irritación. Su mujer, por su parte, ya no reaccionaba. Parecía dejarse llevar por el hilo de los acontecimientos sin oponer la menor resistencia.

Desde la puerta de la ciudad hasta la Rue du Four, por lo menos cincuenta personas les saludaron alzando el sombrero. Todo el mundo parecía conocer el coche de Monsieur Grandmaison. Y los saludos eran respetuosos. El armador semejaba un gran señor atravesando su feudo.

—¡Una simple formalidad! —murmuró Maigret cuando el coche se detuvo por fin—. Discúlpenme que les haya traído aquí; pero, como les dije esta mañana, es necesario que esta noche todo haya acabado.

Una calle tranquila, flanqueada por esos graves palacetes que sólo se encuentran ya en provincias. Ante la casa, de piedras ennegrecidas, se

alzaba una torre. Y en la verja, una placa de cobre anunciaba:

«COMPañIA ANGLONORMANDA DE NAVEGACION».

En el patio, un letrero con una flecha: «Oficinas».

Otro letrero, otra flecha: «Caja».

Y un aviso: «Horario de oficinas: de 9 a 16 horas».

Era poco más de mediodía. Sólo habían tardado diez minutos en recorrer el trayecto desde Ouistreham. A esa hora, la mayoría de los empleados habían salido a comer, pero quedaban algunos en sus puestos. Eran locales oscuros, solemnes, de mullidas alfombras y muebles estilo Luis Felipe.

—¿Desea usted ir a su casa, señora? Quizá dentro de un rato deba conversar unos instantes con usted.

La planta baja estaba totalmente ocupada por oficinas. El vestíbulo era amplio, y lo flanqueaban lámparas de hierro forjado. Una escalera de mármol conducía al primer piso, donde tenían su vivienda los Grandmaison.

El alcalde de Ouistreham esperaba, con expresión hosca, a que Maigret tomase una decisión sobre él.

—¿Qué quiere saber? —murmuró.

Y se tapó la cara con el cuello del abrigo, calándose el sombrero para evitar que sus empleados vieran el estado en que le habían dejado los puños de Grand-Louis.

—Nada especial. Sólo le pido permiso para ir y venir, para respirar el aire de la empresa.

—¿Me necesita?

—En lo más mínimo.

—En ese caso, si no le importa, subiré a reunirme con Madame Grandmaison.

El respeto con que hablaba de su mujer contrastaba con la escena de la mañana, en la casucha de la vieja. Maigret lo vio desaparecer por la escalera; caminó hacia el fondo del pasillo y se cercioró de que la casa no tuviera más salidas.

Salió, buscó a un agente por las cercanías y le hizo montar guardia junto a la verja.

—¿Entendido? Deje salir a todo el mundo, menos al armador. ¿Lo conoce?

—¡Claro! Pero... ¿qué ha hecho? ¡Un hombre como él! ¿Sabe usted que es presidente de la Cámara de Comercio?

—¡Mejor!

Una oficina, a la derecha, en el vestíbulo: «Secretaría general». Maigret llamó, abrió la puerta, husmeó un olor a puro, pero no vio a nadie.

Más allá, un despacho: «Administrador», en el que reinaba el mismo ambiente deliberadamente grave y solemne, las mismas alfombras de color rojo oscuro, los papeles de la pared con dorados, los techos con complicadas molduras.

Daba la sensación de que allí dentro nadie se habría atrevido a hablar en voz alta. Uno podía imaginarse a caballeros muy solemnes, con chaqué y pantalón listado, conversando circunspectos y fumando gruesos puros.

Un negocio serio, estable. El viejo negocio de provincias, que se transmite de padres a hijos durante generaciones.

«¿Monsieur Grandmaison? Su firma vale oro puro».

Y aquél era su despacho, amueblado al estilo Imperio, más adecuado para un gran empresario. En las paredes colgaban fotografías de buques, estadísticas, gráficas, baremos en distintos colores.

Mientras el inspector iba y venía, con las manos en los bolsillos, se abrió una puerta y asomó la cabeza un anciano de pelo blanco, asustado.

—¿Qué...?

—¡Policía! —dejó caer Maigret lo más secamente posible, como buscando el contraste.

El anciano se agitó, presa del más absoluto espanto.

—No se inquiete. Se trata de un asunto del que me ha encargado su jefe. Usted es...

—... el cajero principal —se apresuró a afirmar el hombre.

—Usted es el que lleva ya en la casa...

—... cuarenta y dos años. Entré en vida de Monsieur Charles.

—Ya sé. Y tiene usted su despacho aquí al lado. En definitiva, ahora es usted quien lo lleva todo, ¿no es así? Al menos, eso me han dicho.

Maigret jugaba sobre seguro. Bastaba con ver las oficinas y a ese anciano para adivinarlo todo.

—Es lo natural —afirmó—. Cuando no está aquí Monsieur Ernest...

—«¿Monsieur Ernest?».

—Sí, Monsieur Grandmaison, vaya. Lo he conocido tan joven que sigo llamándolo Monsieur Ernest.

Maigret, como quien no quiere la cosa, entró en el despacho del anciano, un despacho en absoluto ostentoso, en el que era evidente que no se recibían visitas, pero en el que, en cambio, se hacinaban las carpetas.

Sobre la mesa, atestada, había unos bocadillos envueltos en papel; en la estufa, una cafeterita humeante.

—¿Come usted aquí, Monsieur...? ¡Vaya! Ya he olvidado su nombre.

—Bernardin, aunque todo el mundo me llama el tío Bernard. Como vivo solo, no me merece la pena comer en casa. Pero, dígame, ¿le ha llamado Monsieur Ernest por el pequeño robo de la semana pasada? Hubiera debido decírmelo, porque el asunto está ya zanjado: un joven que había robado dos mil francos de la caja. Ha pagado su tío, y el joven ha jurado... En fin, compréndalo usted, ¡a esa edad! Resulta que había alternado con malas compañías...

—Luego veremos eso. Pero, por favor, siga usted comiendo. En definitiva, era usted ya el hombre de confianza de Charles Grandmaison, antes de serlo de Ernest Grandmaison.

—Yo era cajero. En aquellos tiempos, todavía no había cajero principal, incluso puedo decir que el título se creó para mí...

—¿Ernest Grandmaison es hijo único?

—Hijo único, sí. Tenía una hija, casada con un industrial de Lille, pero murió de parto, al mismo tiempo que la criatura.

—Pero ¿y Raymond?

El viejo alzó la cabeza, sorprendido.

—¡Ah! ¿Le ha hablado de él Monsieur Ernest? —preguntó. Pese a todo, el tío Bernard se mostraba más reservado.

—¿No era de la familia?

—Primo. Un Grandmaison también, pero carecía de fortuna. Su padre murió en las colonias. Son cosas que se dan en todas las familias, ¿verdad?

—¡En todas! —afirmó Maigret sin pestañear.

—El padre de Monsieur Ernest lo había adoptado, por decirlo de algún modo. Quiero decir que le había hecho un hueco aquí.

Maigret necesitaba datos más precisos y dejó de usar ardidés.

—Un momento, Monsieur Bernard. Permítame usted que me aclare un poco. Charles Grandmaison fundó la Compañía Anglonormanda, ¿no es así? Charles Grandmaison tuvo un hijo que se llama Ernest, el actual propietario. —Sí.

El viejo empezaba a asustarse. Le sorprendía ese tono inquisitivo.

—¡Veamos! Charles Grandmaison tenía un hermano que murió en las colonias, dejando a su vez un hijo, Raymond Grandmaison.

—Sí. No me...

—¡Aguarde! Siga comiendo, por favor. Raymond Grandmaison, huérfano sin fortuna, es recogido aquí por su tío. Se le hace un hueco en la casa. ¿Cuál exactamente?

Cierto apuro por parte del anciano.

—Lo pusieron en el servicio del flete. Como quien dice, jefe de negociado.

—¡Conforme! Charles Grandmaison muere. Le sucede Ernest Grandmaison, y Raymond sigue en la casa.

—Sí.

—Sobreviene una ruptura y... ¡Un momento! ¿Está casado Ernest Grandmaison en el momento de esa ruptura?

—No sé si debo...

—Pues yo le aconsejo por su bien que hable, a no ser que, a sus años, quiera tener problemas con la justicia de su país.

—¡La justicia! ¿Ha vuelto Monsieur Raymond?

—Tanto da. ¿Estaba casado Ernest Grandmaison?

—No. Todavía no.

—¡Bien! Ernest Grandmaison pasa a ser el gran jefe. Su primo Raymond es jefe de negociado. ¿Qué sucede entonces?

—No sé si tengo derecho...

—Se lo concedo yo.

—Son cosas que pasan en todas las familias. Monsieur Ernest era un hombre serio, como su padre; incluso a la edad en que suelen cometerse tonterías, él ya era como es ahora.

—¿Y Raymond?

—¡Todo lo contrario!

—¿Y qué ocurrió?

—Yo soy el único que lo sabe aquí, junto con Monsieur Ernest: aparecieron irregularidades en las cuentas, irregularidades bastante importantes.

—¿Y bien?

—Monsieur Raymond desapareció. Y Monsieur Ernest, en vez de entregarlo a la justicia, le pidió que se marchara a vivir al extranjero.

—¿A Noruega?

—No lo sé. No he vuelto a oír hablar de él.

—¿Ernest Grandmaison se casó poco después de que Raymond se fuera?

—Pues sí, unos meses después.

Las paredes estaban cubiertas de archivadores de un lúgubre color verde. El anciano hombre de confianza comía sin apetito, inquieto, furioso consigo mismo por haberse dejado sonsacar tanta información.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Aguarde... Fue el año en que ensancharon el canal, hará unos quince años, quizás un poco menos.

Desde hacía unos instantes, se oía trajín de pasos encima mismo de sus cabezas.

—¿El comedor? —inquirió Maigret.

—Sí.

Y de pronto pasos precipitados, un ruido sordo, la caída de un cuerpo en el suelo.

El tío Bernard estaba más blanco que el papel que envolvía sus bocadillos.



## La casa de enfrente

Grandmaison estaba muerto. Echado de través en la alfombra, con la cabeza junto al pie de la mesa y las piernas bajo la ventana, parecía enorme. La bala había penetrado entre dos costillas, alcanzando el corazón.

Por lo que respecta al revólver, la mano del hombre lo había soltado al distenderse y había caído al suelo a pocos centímetros.

Madame Grandmaison no lloraba. Estaba de pie, apoyada en la chimenea monumental, y miraba a su marido como si todavía no comprendiera lo sucedido.

—No podemos hacer nada —se limitó a decir Maigret, incorporándose.

Un gran salón austero y triste. Cortinas oscuras y ventanas que dejaban pasar una luz verdosa.

—¿Le ha hablado?

La mujer negó con la cabeza. Luego, con un esfuerzo, acertó a balbucear:

—Desde que hemos vuelto, no paraba de pasearse de arriba abajo. Dos o tres veces se volvió hacia mí y me pareció que iba a decir algo. Luego disparó bruscamente; yo ni siquiera había visto el revólver...

Hablaba con la inflexión característica de una mujer alterada, que apenas puede seguir el hilo de sus pensamientos. Pero sus ojos permanecían secos.

Saltaba a la vista que nunca había querido a Grandmaison, o que, por lo menos, nunca había estado enamorada de él.

Era su marido. Cumplía con sus deberes de esposa. Había nacido una especie de afecto debido al hábito, a la vida en común.

Pero, ante el hombre muerto, no la sacudían esos patéticos arrebatos de dolor que reflejan la pasión.

Todo lo contrario. Con la mirada petrificada y el cuerpo transido, preguntó:

—¿Ha sido él?

—Sí, él —afirmó Maigret.

Y se hizo el silencio entorno al enorme cuerpo sobre el que caía la cruda luz del día. El comisario observaba a Madame Grandmaison. Vio que su mirada se dirigía hacia la calle, buscaba algo, enfrente, y que una sombra de nostalgia invadía sus rasgos.

—¿Me permite que le haga dos o tres preguntas antes de que esto se llene de personas?

Ella asintió.

—¿Conoció usted a Raymond antes que a su marido?

—Yo vivía enfrente. —Era una casa gris, bastante parecida a aquella. Sobre la puerta, el escudo dorado de los notarios—. Yo quería a Raymond, y él a mí. Su primo también me cortejaba, pero a su manera.

—Dos hombres muy distintos, ¿no?

—Ernest siempre fue tal como lo conoció usted: un hombre frío, sin edad. Raymond, por su parte, tenía mala reputación, porque llevaba una vida más tumultuosa de lo habitual en una ciudad pequeña. Mi padre dudaba en concederle mi mano por eso, y también porque carecía de fortuna.

Resultaban extrañas aquellas confidencias murmuradas junto a un cadáver. Era como el tétrico balance de una existencia.

—¿Fueron amantes usted y Raymond?

Parpadeo afirmativo.

—¿Y él se marchó?

—Sin avisar a nadie. Una noche. Lo supe por mi primo. Se marchó llevándose una parte de la caja.

—Y Ernest se casó con usted. Su hijo no es de él, ¿no?

—Es hijo de Raymond. Cuando él se marchó y me quedé sola, ya sabía que iba a ser madre. Y Ernest me pidió que me casara con él. Piense en las dos casas, la calle, la ciudad, donde todo el mundo se conoce...

—¿Le confesó la verdad a Ernest?

—Sí. Se casó conmigo a pesar de todo. El niño nació en Italia, donde me quedé casi un año para evitar los rumores. La actitud de mi marido se me antojaba como una especie de heroísmo.

—¿Y bien?

Madame Grandmaison volvió la cabeza, pues se había girado para contemplar el cadáver. Suspiró con despego:

—No lo sé. Creo que me quería, pero a su manera. Me deseaba. Y me tuvo, ¿comprende? Un hombre incapaz de arrebatos; de casado, siguió viviendo como antes, para sí mismo. Yo formaba parte de su casa; sí, para él yo era como un empleado de confianza. No sé si más adelante tuvo noticias de Raymond, pero un día, cuando mi hijo vio por casualidad una foto suya y le preguntó quién era, se limitó a contestar: «Un primo que acabó mal».

Maigret estaba serio. Le embargaba una sorda emoción, pues era toda una existencia la que estaba reconstruyendo. Más que una existencia, ¡la vida de toda una familia!

Aquello había durado quince años. Entretanto, se habían comprado nuevos vapores. Había habido recepciones en aquel mismo salón, partidas de *bridge* y tés, bautizos. Veranos en Ouistreham y en la montaña.

Y, ahora, Madame Grandmaison estaba tan cansada que se dejó caer en un sillón, pasándose una mano blanda por el rostro.

—No lo entiendo —balbuceó—. Ese capitán... Yo no lo había visto nunca. ¿De veras cree usted...?

Maigret aguzó el oído y fue a abrir la puerta. El anciano empleado esperaba en el pasillo, angustiado, pero era demasiado respetuoso para entrar en el salón-comedor. Interrogó con la mirada al comisario.

—Monsieur Grandmaison ha muerto —le dijo éste—. Avise usted al médico de la familia. No comunique la noticia a los empleados y a los criados hasta dentro de un rato. —Cerró la puerta, estuvo a punto de sacar la pipa del bolsillo y se encogió de hombros. Había nacido en él un curioso sentimiento de respeto y simpatía hacia esa mujer que, al verla por primera vez, se le había antojado una trivial burguesa—. ¿Fue su marido quien la mandó a París anteayer?

—Sí. Yo no sabía que Raymond estaba en Francia. Mi marido me pidió simplemente que fuera a buscar a mi hijo al Stanislas y pasase unos días

con él en el Midi. No entendí por qué debía hacer eso. Sin embargo, obedecí, pero cuando llegué al Hotel de Lutèce, Ernest me telefoneó diciéndome que regresase sin ir al colegio.

—Y, esta mañana, ¿recibió usted aquí una llamada de Raymond?

—Sí, una llamada apremiante. Me suplicó que le llevase un poco de dinero. Me juró que de ello dependía la tranquilidad de todos.

—¿No acusó de nada a su marido?

—No. Cuando nos vimos en la casucha, ni siquiera me habló de sí mismo, sino de amigos, de marineros a los que debía entregar dinero para que abandonaran el país. Dijo algo acerca de un naufragio.

Llegó el médico, un amigo de la familia que, espantado, se quedó mirando el cadáver.

—Monsieur Grandmaison se ha suicidado —dijo Maigret con firmeza—. A usted le corresponde averiguar de qué enfermedad ha muerto, ¿me entiende? De la policía me encargo yo.

Fue a inclinarse ante Madame Grandmaison, que titubeó, preguntó por fin:

—No me ha dicho usted por qué...

—Raymond se lo dirá algún día. Una última pregunta: el 16 de septiembre, su hijo estaba en Ouistreham con su marido, ¿no es así?

—Sí. Se quedó hasta el día 20.

Maigret salió caminando hacia atrás; bajó pesadamente la escalera y cruzó las oficinas con un peso en los hombros, una angustia en el pecho.

Fuera, respiró más hondo y permaneció sin cubrirse bajo la lluvia, como para refrescarse, para disipar el tremendo ambiente de la casa.

Una última mirada a las ventanas. Una mirada a las de enfrente, donde transcurriera la infancia de Madame Grandmaison.

Un suspiro.

—¡Venga usted!

Maigret había abierto la puerta del cuarto desnudo en que habían encerrado a Raymond. Le indicó que lo siguiera, y luego le precedió en la calle, y en la carretera que llevaba al puerto.

El otro caminaba sorprendido y vagamente inquieto de esa extraña liberación.

—¿No tiene nada que decirme? —masculló Maigret con aparente malhumor.

—¡Nada!

—¿Se dejará usted condenar?

—¡Repetiré ante los jueces que yo no he matado a nadie!

—Pese a todo, ¿no les dirá la verdad?

Raymond agachó la cabeza. Comenzaba a avistarse el mar. Se oían los pitidos del remolcador que avanzaba hacia las escolleras, arrastrando al *Saint-Michel* con un cable de acero.

Entonces, con desgana, Maigret comentó, como si fuese la cosa más natural del mundo:

—Grandmaison ha muerto.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? —El otro le había asido del brazo, apretándoselo febrilmente—. ¿Qué ha...?

—Hace aproximadamente una hora que se suicidó en su casa.

—¿Ha hablado?

—No. Se paseó por el salón durante un cuarto de hora, y luego disparó. ¡Eso fue todo!

Dieron unos pasos más. A lo lejos, sobre los muros de la esclusa, se veía hormiguar a la multitud, que contemplaba las labores de reflotamiento.

—Ahora puede usted decirme la verdad, Raymond Grandmaison. Además, más o menos, ya la sé. Usted quiso recobrar a su hijo, ¿no es así?

No hubo respuesta.

—Pidió ayuda, entre otros al capitán Joris. Y por desgracia...

—¡Cállese! Si usted supiera...

—Venga por aquí; hay menos gente. —Un sendero conducía a la playa desierta, asaltada por las olas—. ¿De veras huyó usted con la caja, hace años?

—¿Se lo ha dicho Hélène? —La voz cobró un tono amargo—. Sí. Ernest debió de contarle a Hélène los acontecimientos a su manera. Yo no digo que yo haya sido un santo..., ¡al revés! Me divertía, como suele decirse. Y sobre todo, durante un tiempo, me invadió la pasión por el juego.

Gané, perdí... Un día, en efecto, utilicé dinero de la empresa y mi primo se enteró. Prometí devolverlo poco a poco, y le supliqué que no montara un escándalo. Sólo me puso una condición, porque estaba decidido a denunciarme: ¡que me marchase al extranjero! ¡Que no volviese a poner los pies en Francia! ¿Comprende usted? ¡Quería a Hélène! ¡Y la tuvo! — Raymond sonrió dolorosamente, y permaneció un rato silencioso antes de proseguir—: Otros marchan hacia el Sur o a Oriente. A mí me atrajo el Norte y me instalé en Noruega. No tenía ninguna noticia de Francia. Hélène no respondía a mis cartas y desde ayer sé que nunca las recibió. Escribí también a mi primo, sin más éxito.

»No quiero hacerme mejor de lo que soy, ni buscar su compasión relatándole unos amores desdichados. ¡No! Al principio, no pensaba mucho en ello. ¡Ya ve usted que soy sincero! Trabajaba. Y tenía problemas de toda índole, pero por la noche me atenazaba una sorda nostalgia. Tuve sinsabores. Monté una sociedad que fue por mal camino. Fueron años llenos de altibajos, y en un país que no era el mío. Allá había cambiado de nombre. Para poder dedicarme al comercio en mejores condiciones, me había naturalizado. De vez en cuando recibía a oficiales de algún barco francés, y así supe que tenía un hijo. Aunque no acababa de estar seguro. Pero ataba cabos y... estaba conmocionado. Escribí a Ernest; le supliqué que me dijese la verdad, que me dejase regresar a Francia, siquiera unos días. Me contestó con un telegrama: “Arresto frontera”.

»Y pasó el tiempo. Me dediqué en cuerpo y alma a ganar dinero. Resulta aburrido contarlo. Sólo le diré que tenía como un vacío en el pecho. En Tromsø, hay tres meses de noche total al año; se agudizan las nostalgias, a veces me acometían auténticos ataques de ira. Me tracé una meta, para engañarme a mí mismo: hacerme tan rico como mi primo. ¡Y así fue! Lo logré con la raba de bacalao. Pero precisamente entonces me sentí más desdichado. Así que volví bruscamente. Estaba decidido a actuar. ¡Sí, después de quince años! Merodeé por aquí, vi a mi hijo, en la playa; vi a Hélène, de lejos. Y me pregunté cómo había podido vivir hasta entonces sin mi hijo. ¿Comprende usted?

»Compré un barco. Si hubiera actuado abiertamente, mi primo no habría dudado en hacerme detener: ¡Seguía conservando pruebas! Usted ha

conocido a mis hombres; son buena gente, pese a las apariencias. Y, juntos, lo preparamos todo. Ernest Grandmaison estaba solo en su casa aquella noche, con el chiquillo. Para tener la certeza de triunfar, para tener todas las bazas a mi favor, pedí ayuda al capitán Joris, a quien había conocido en Noruega, cuando él todavía navegaba. El alcalde lo conocía. Joris acudiría a visitarle con cualquier pretexto y lo distraería mientras Grand-Louis y yo nos llevábamos a mi hijo.

»Desgraciadamente, eso fue lo que provocó la tragedia.

Joris estaba con mi primo en el despacho. Nosotros, que habíamos entrado por la parte trasera, tuvimos la mala suerte de tropezar con una escoba en el pasillo. Grandmaison lo oyó y creyó que le atacaban. Cogió el revólver del cajón...

»¿El resto? No lo sé. Un desastre. Joris siguió a Grandmaison por el pasillo, no había luz, se oyó un disparo. ¡Y el azar quiso que Joris recibiese la bala!

»Yo estaba loco de angustia. No quería ningún escándalo, sobre todo por Hélène. ¿Podía contarle toda esa historia a la policía? Grand-Louis y yo habíamos subido al herido a bordo del *Saint-Michel*. Teníamos que llevarlo a que lo atendieran en algún lugar adecuado. Pusimos rumbo a Inglaterra, adonde tardamos unas horas en llegar. Por desgracia, era imposible desembarcar sin pasaporte. Y había policía vigilando en el puerto. En mi juventud yo había hecho algunos estudios de medicina, y curé a Joris como pude, en el barco, pero resultaba insuficiente. Ordené zarpar hacia Holanda. Allí trepanaron al herido; sin embargo, no podían tenerlo más tiempo en la clínica sin dar aviso a las autoridades. ¡Un viaje atroz! Imagínenos a bordo, con el pobre Joris agonizante. Precisaba un mes de descanso, de cuidados. Estuve a punto de poner rumbo a Noruega. Pero no fue necesario, pues el azar nos hizo tropezarnos con otra goleta que se dirigía a las islas Lofoden. Me embarqué con Joris. Estábamos más seguros en mar que en tierra. Luego se quedó unas semanas en mi casa. Pero allí la gente empezó a preguntarse quién era aquel misterioso huésped, y tuvimos que marcharnos. Copenhague, Hamburgo... Joris se encontraba mejor. La herida había cicatrizado, pero había perdido la razón y el habla.

»Ya me dirá usted qué podía hacer yo con él. ¿No tenía más posibilidades de recobrar la razón en su casa, en un ambiente familiar, que corriendo mundo? Quise asegurarme, al menos, de que no pasaría problemas económicos. Mandé trescientos mil francos a su banco, firmando con su nombre. ¡Quedaba el regreso! Si hubiese venido a Ouistreham con él, habría resultado demasiado arriesgado. Abandonándolo en París, ¿no acabaría encontrándolo inevitablemente la policía, que terminaría por identificarlo y devolverlo a su hogar? Eso ocurrió. Sólo había una cosa que yo no podía prever: que mi primo, asustado ante la idea de que Joris pudiese denunciarle, lo asesinase cobardemente.

Porque fue él quien echó estricnina en el vaso de agua. Le bastó entrar en la casa por detrás, mientras iba a cazar patos...

—¡Y usted siguió luchando! —dijo lentamente Maigret.

—No podía obrar de otra manera. ¡Quería a mi hijo! Sólo que el otro estaba sobre aviso. El muchacho había regresado al Stanislas, donde no me lo dejaban ver.

Maigret ya sabía todo eso. Y ahora, contemplando aquel paisaje que se le había hecho familiar, comprendía mejor el valor de aquel combate que se había entablado entre los dos hombres, sin que nadie lo advirtiera.

No sólo un combate entre ellos dos, sino un combate contra él, Maigret.

La policía no debía intervenir. Ni uno ni otro podían contar la verdad.

—Vine con el *Saint-Michel*.

—¡Lo sé! Y mandó usted a Grand-Louis a casa del alcalde.

A su pesar, Raymond no pudo contener una sonrisa mientras el comisario proseguía:

—¡Un Grand-Louis feroz, que se vengó de sus pasados sinsabores! ¡Podía pegar, porque sabía que su víctima no se atrevería a hablar por nada del mundo! ¡Y disfrutó de lo lindo! Mediante amenazas, debió de obtener una carta autorizándole a usted a llevarse al niño del colegio.

—Sí. Yo estaba detrás de la casa, con el agente al que usted había ordenado que me vigilara pisándome los talones. Grand-Louis dejó la carta en un lugar que habíamos convenido, y yo me zafé de mi perseguidor. Cogí una bicicleta; en Caen, compré un coche. Había que actuar con rapidez. Mientras iba a buscar a mi hijo, Grand-Louis se quedó en casa del alcalde



para evitar que diese una contraorden. Esfuerzo inútil, por lo demás, ya que había mandado a Hélène a recoger al niño antes de que yo...

»Entonces me mandó usted detener. La lucha había concluido. Ya no era posible proseguirla, pues usted se había empeñado en descubrir la verdad. Sólo quedaba huir. Si nos quedábamos, por fuerza acabaríamos averiguándolo todo. De ahí los episodios de la noche pasada. La mala suerte se cebó en nosotros. La goleta embarrancó; a duras penas logramos alcanzar tierra a nado, y la desgracia quiso que yo perdiese la cartera.

»¡Sin un céntimo! ¡La gendarmería pisándonos los talones! Sólo me quedaba un recurso: telefonar a Hélène, pedirle algunos miles de francos que nos permitiesen a los cuatro alcanzar la frontera. En Noruega habría podido indemnizar a mis compañeros.

—Hélène acudió.

—¡Pero también usted! Usted, con quien nos topábamos a cada instante. ¡Usted, que nos perseguía obstinadamente y a quien no podíamos decir nada, a quien tampoco iba yo a gritarle que podía provocar nuevas tragedias! —Cruzó de pronto por sus ojos una sombra de inquietud y, con voz alterada, preguntó—: ¿De veras se ha suicidado mi primo?

¿No le habría mentido el comisario para hacerle hablar?

—Se suicidó, sí, cuando comprendió que la verdad era imparable. Y lo comprendió cuando le detuve a usted. Adivinó que yo le había detenido a fin de darle tiempo para que meditara.

Habían seguido caminando y, de súbito, se detuvieron ambos a la vez. Habían llegado a la escollera. El *Saint-Michel* pasaba lentamente, pilotado por un viejo pescador que manejaba orgulloso el timón.

Un hombre llegó corriendo, empujando a los mirones, y fue el primero en saltar a la cubierta de la goleta.

¡Grand-Louis!

¡Había dejado plantados a los gendarmes, tras romper la cadena de las esposas! Apartó al pescador y tomó él mismo el timón.

—¡No tan aprisa, demonio! ¡Se va a romper el cable! —gritó a los del remolcador.

—¿Y los otros dos? —preguntó Maigret a su acompañante.

—Esta mañana los tenía usted a menos de un metro. Están escondidos los dos en el cobertizo de la leña, en casa de la vieja.

Lucas, sorprendido, abriéndose paso entre la multitud, se acercó a Maigret.

—¿Sabe usted? ¡Ya los tenemos!

—¿A quién?

—A Lannec y a Célestin.

—¿Están aquí?

—Acaban de traerlos los gendarmes de Dives.

—Pues díles que los suelten. Y que se presenten los dos en el puerto.

Enfrente se veía la casita del capitán Joris y su jardín, cuyas últimas rosas había deshojado la tormenta de la noche. Tras una cortina, una figura: Julie, preguntándose si era su hermano el que divisaba en el barco.

En la esclusa, los hombres del puerto se agrupaban alrededor del capitán Delcourt.

—¡El trabajo que me han dado con sus respuestas evasivas! —suspiró Maigret.

Raymond sonrió.

—¡Son marineros!

—¡Ya lo sé! ¡Y a los marineros no les gusta que alguien de tierra adentro, como yo, se meta en sus asuntos!

Llenaba la pipa asestándole golpecitos con el dedo índice. Una vez encendida, murmuró, con el ceño ensombrecido:

—¿Qué les diremos?

Ernest Grandmaison estaba muerto. ¿Tenía algún objeto revelar que era un asesino?

—Tal vez podríamos... —comenzó a decir Raymond.

—... sí, decirles que se trata de una vieja venganza, un marinero forastero que se ha escapado...

Los hombres del remolcador se dirigían pesadamente hacia la taberna, indicando a los escluseros que los siguieran.

Y Grand-Louis iba y venía por su barco, lo palpaba todo como hubiera palpado a un perro recobrado, para cerciorarse de que no estaba herido.

—¡Escucha! —le gritó Maigret.

El otro se sobresaltó y dudó en acercarse, o más bien en abandonar de nuevo su goleta. Pero, al ver a Raymond en libertad, se quedó estupefacto, como poco antes le había sucedido a Lucas.

—¿Qué?

—¿Cuándo podrá hacerse a la mar el *Saint-Michel*?

—¡Ahora mismo, si hace falta! ¡No tiene nada roto! Un barco estupendo, se lo juro.

Sus ojos interrogaban a Raymond, que dejó caer:

—En ese caso, tómate un descanso con Lannec y Célestin.

—¿Están aquí?

—Llegarán de un momento a otro. Un descanso de unas semanas, bastante lejos, hasta que deje de hablarse del *Saint-Michel* por estos parajes.

—¡Ah! Podría llevarme a mi hermana para hacer la comida. A Julie, ¿sabe usted?, no le da miedo...

Aun así, se sentía incómodo ante Maigret. Recordaba los acontecimientos de la noche anterior. Todavía no sabía si podía sonreír o no.

—¿Pasó usted mucho frío?

Estaba al borde de la dársena, adonde lo mandó a chapotear Maigret de un empujón.

—Creo que tengo un tren a las seis —dijo luego el comisario.

No se decidía a marcharse. Miraba a su alrededor con un asomo de nostalgia, como si el puertecito le hubiera robado el corazón.

¿Acaso no lo conocía ya en todos sus recovecos, bajo todos sus aspectos, bajo el sol helado de la mañana y en medio de la tempestad, barrido por la lluvia o sumergido en la niebla?

—¿Va usted a Caen? —preguntó a Raymond, que seguía junto a él.

—En seguida no. Creo que es mejor así. Hay que dejar...

—Ya, que pase el tiempo.

Cuando, un cuarto de hora después, Lucas regresó y preguntó por Maigret, le señalaron La Buvette de la Marine, cuyas luces acababan de encenderse.

Vio al comisario a través de los cristales empañados.

Un Maigret bien acomodado en su silla de anea, con la pipa en la boca y un vaso de cerveza al alcance de la mano, escuchando las historias que, a su

alrededor, contaban unos hombres con botas de caucho y gorra de marinero.

Y, en el tren, hacia las diez de la noche, el mismo Maigret suspiró:

—Ahora estarán los tres en el camarote, bien calentitos.

—¿Qué camarote?

—El del *Saint-Michel*. Con la lámpara de cardan, la mesa llena de hendiduras, los vasos esos tan grandes y la botella de *schiedam*. Y el zumbido de la estufa. ¡Anda, dame fuego!

FIN

Última revisión por UMDN: 6 de abril de 2022

